

HILANDO RESISTENCIAS:

*crónicas para
una paz grande*



COMISION DE LA
VERDAD



HEINRICH BÖLL STIFTUNG
BOGOTÁ
Colombia

**HILANDO
RESISTENCIAS:**

*crónicas para
una paz grande*

HILANDO RESISTENCIAS: CRÓNICAS PARA UNA PAZ GRANDE

Primera edición, julio de 2022

ISBN

978-958-52753-9-3

EQUIPO COMISIÓN PARA EL ESCLARECIMIENTO DE LA VERDAD (GEV):

Audes Estella Jiménez González

Coordinadora Territorial Atlántico,
norte de Bolívar y San Andrés

Edwin José Corena Puentes

Analista de Investigación, Territorial
Atlántico, norte de Bolívar y San Andrés

Luisa Fernanda Guerra Carrera

Analista de Diálogo Social, Territorial
Atlántico, norte de Bolívar y San Andrés

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL CARIBE (UAC)

Rafael Pabón Correa

Profesor del programa
de Com. Social

Álvaro Ortiz Cera

Estudiante de Com. Social

Laura Llanos Rivera

Estudiante de Com. Social

Dannia Delgado Cardona

Estudiante de Com. Social

Angiee Romero

Estudiante de Com. Social

Karolain Caballero

Estudiante de Com. Social

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLÍVAR (UTB)

Pablo Abitbol Piñeiro

Profesor del programa de Ciencia Política
y Rel. Internacionales

María José Martínez Castro

Egresada de Psicología

Alejandra Peñata Theus

Egresada de Psicología

Violeta Ferrer Vanegas

Estudiante de Ciencia Política
y Rel. Internacionales

Selene Sequea Valencia

Estudiante de Ciencia Política
y Rel. Internacionales

Shelsey Álvarez Ramos

Estudiante de Ciencia Política
y Rel. Internacionales

UNIVERSIDAD POPULAR DEL CESAR (UPC)

Libia Alvis Barranco

Jefe de Departamento,
programa de Psicología

Mónica Pérez Gómez

Coordinadora del Centro de Atención
e Investigación en Psicología CAP_I

Cristian Concha Mendoza

Docente supervisor

Alba Tulia Murcia Bello

Docente supervisor

Leidys Riveira González

Estudiante de Psicología

Marinell Arzuaga Damian

Estudiante de Psicología

Laura Cáceres Chinchilla

Estudiante de Psicología

Karen Vásquez Ramírez

Estudiante de Psicología

Angélica Meneses Beltrán

Estudiante de Psicología

Danis Chávez Cárdenas

Estudiante de Psicología

María Elisa Jaramillo Castro

Estudiante de Psicología



Bogotá, Colombia

Esta obra está bajo la licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

EDICIÓN

Comisión para el Esclarecimiento
de la Verdad, la Convivencia
y la No Repetición (CEV)

Fundación Heinrich Böll,
Oficina Bogotá Colombia

REVISIÓN DEL TEXTO

Sabina Ojeda

ILUSTRACIONES

tutuk muntu

DISEÑO EDITORIAL

Guillermo Solano

IMPRESIÓN

AF Impresores S.A.S

Citar como:

Díaz, M. E., Martínez, M., Ferrer, V., Guerra, L.,
Ortiz, A., Pabón, R., Llanos, L., Caballero, K.,
Delgado, D., Corena, E., Sequea, S., Álvarez,
S., Romero, A. y Peñata, A. (2022). Hilando
resistencias: crónicas para una paz grande.
Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad,
la Convivencia y la No Repetición (CEV) -
Fundación Heinrich Böll- Oficina Bogotá,
Colombia.

ÍNDICE

6	PRÓLOGO
8	PRESENTACIÓN
11	INTRODUCCIÓN
16	UN SOLO DOLOR
28	“A MI HIJO SE LO LLEVARON”
40	BETTY GARCÍA: LAS CICATRICES INCURABLES DE LA DESAPARICIÓN FORZADA
47	EL FIN DEL SILENCIO: LA HISTORIA DE ESTEBANA ROA
55	SADITH ROMERO: LA VOZ DE LAS SILENCIADAS
61	VIVIR PARA LA COMUNIDAD, EL “PECADO” DE MARIBEL HENRÍQUEZ

67

EVA ROLONG

74

LA PERSECUCIÓN QUE NUNCA ACABÓ

85

**JULIETH GUZMÁN: MUJER
EMPODERADA, LIDERESA TENAZ**

100

**LA ROSA MÁS FUERTE:
UNA LUCHA CONTRA EL FLAGELO
DE LA DESAPARICIÓN FORZADA**

107

**ANA ROSA PEREA: CUANDO EL DOLOR
SE TRANSFORMA EN RESISTENCIA**

116

**MELVIS ARIZA: “SER LÍDER
SOCIAL ES ALGO QUE SE LLEVA
EN LA SANGRE”**

123

**LEOVIGILDO VIVANCO:
“POR LA VIDA HAY QUE DAR
HASTA LA VIDA MISMA”**

131

**DAYRO CARRASQUILLA:
MANDELERO POR DETERMINACIÓN,
ARTISTA POR VOCACIÓN**

PRÓLOGO

La verdad no solo es una virtud de los sistemas de pensamiento, también debe ser una virtud –como la justicia– de las instituciones sociales, pues las esferas del conocimiento y del poder gravitan entrelazadas, a modo de un sistema de estrellas binarias. La necesidad del equilibrio exige elevar voces tanto como requerir escuchas y reconocer que lo que pasó es tan importante como lo que cada quien recuerda que pasó. La fragilidad de la memoria humana podría llevarnos a temer que lo uno nunca coincida con lo otro, pero la memoria colectiva no tiene por qué ser homogénea. Aun así, abrir espacios y propiciar momentos de deliberación e interacción que materialicen el ideal de la comprensión empática puede acercarnos a la construcción colectiva de una realidad compartida.

Las universidades estamos comprendiendo que, al estar históricamente situadas en esta coyuntura determinante del “pasado que seremos”, tenemos la responsabilidad de crear procesos, espacios y momentos de aprendizaje colectivo. Procesos fascinantes, profundos y transformadores, dolorosos y liberadores, como lo fue la coescritura de las crónicas que se presentan en este volumen. No hay manera más bella y provechosa de conectar a la universidad con su territorio que sacando a los estudiantes del aula y llevando a su interior a las comunidades. Debemos crear, de múltiples nuevas maneras, un verdadero diálogo de saberes y una educación realmente deliberativa.

Ahora, atender la convocatoria que extiende la *Declaración de la Comisión de la Verdad* para construir una

Paz Grande invita a cada una y uno de nosotros a asumir el compromiso personal de participar en un cambio cultural profundo que nos lleve a “reconocer al Otro y a la Otra como seres humanos de igual dignidad”. Para ello será necesario —y muy emocionante— estudiar, ponderar en el ámbito de la razón pública y expandir el cúmulo de hechos, narraciones y narrativas que emergieron gracias a la encomiable labor de la Comisión de la Verdad y de todas las personas que contribuyeron al proceso de construcción de su *Informe Final*.

Pablo Abitbol

*Profesor de Ciencia Política y
coordinador del Grupo Regional de
Memoria Histórica de la Universidad
Tecnológica de Bolívar (Cartagena).*

PRESENTACIÓN

Hilando Resistencias, Crónicas para una Paz Grande

es la segunda pieza escrita en la Territorial Atlántico, norte de Bolívar y San Andrés de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV), tras la primera edición publicada en octubre de 2021.

Si ya se han escrito tantas historias sobre el conflicto armado interno, ¿para qué escribir más crónicas? Para reconocer la dignidad de las víctimas, porque nunca será suficiente nada de lo que se haga para limpiar sus nombres, reconocer su coraje y honrar su memoria. Para que la palabra narrada ayude a estas vidas a sanar, ya que las y los sobrevivientes participantes se permiten espacios para recordar su pasado con los momentos de horror que atravesaron y así entender qué fue lo que pasó, cómo lo resistieron, y también fijarse metas que les ayuden a recuperar sus vidas en los ámbitos personal, familiar y comunitario.

Hilando Resistencias, Crónicas para una Paz Grande es una herramienta para la no repetición del conflicto armado interno, para que cese el uso de la violencia contra las mujeres y las comunidades negras, afrodescendientes, raizales y palenqueras, y también contra las comunidades, los sectores poblacionales y los pueblos étnicos en general del Caribe colombiano. Es fruto del trabajo colaborativo de la CEV, la Heinrich Böll Stiftung (HBS), las universidades Autónoma del Caribe, Tecnológica de Bolívar y Popular del Cesar, y de 14 sobrevivientes del conflicto armado interno (sus nombres se encuentran en cada una de las crónicas).

Esta publicación tiene el propósito de continuar difundiendo una parte del legado de la CEV, en especial los diálogos sociales de Ágora de Mujeres y Ruta del Cimarronaje, y también el diálogo social desarrollado con la Asociación de Familias Unidas por un Solo Dolor (AFUSODO).

Con la consulta y el uso de esta publicación, además de visibilizar las problemáticas sociales, económicas, políticas, ambientales y culturales, y los impactos del conflicto armado en las mujeres y poblaciones étnicas, negras, afrodescendientes, palenqueras y raizales, se busca que los espacios educativos formales e informales del Caribe se apropien de estas conmovedoras e inspiradoras crónicas. Esto con el fin de que propicien la reflexión y el diálogo dentro de las comunidades educativas y, en especial, que puedan contribuir a la incidencia de organizaciones sociales para la materialización de las recomendaciones emitidas por la CEV relacionadas con los hechos victimizantes que aquí se relatan:

Estamos convencidos/as de que hay un futuro para construir juntos en medio de nuestras legítimas diferencias. No podemos aceptar la alternativa de seguir acumulando vidas despedazadas, desaparecidas, excluidas y exiliadas. No podemos seguir en el conflicto armado que se transforma todos los días y nos devora. No podemos postergar, como ya hicimos después de millones de víctimas, el día en que 'la paz sea un deber y un derecho de obligatorio cumplimiento', como lo expresa nuestra Constitución.

En este contexto, la Fundación Heinrich Böll resalta la importancia de transmitir el legado de la CEV por todos los medios posibles y de encontrar diferentes vías para que las palabras, las voces y los sentires de quienes vivieron de primera mano el conflicto armado sean leídos, escuchados y replicados, como una forma de dignificar a las víctimas y de aportar al esclarecimiento de la verdad en el Caribe colombiano y el país. Estas crónicas son un puente para que el Estado, las organizaciones, las comunidades y, en general, la sociedad civil puedan reconocer experiencias de dolor, resistencia, lucha y resiliencia de mujeres, madres, lideresas y líderes sociales y de comunidades étnicas que enfrentaron la desaparición forzada, el exilio, la violencia sexual, la persecución política, las ejecuciones extrajudiciales y otras expresiones de la violencia. Además, esta publicación es un esfuerzo para contribuir a sanar las cicatrices de la guerra y producir conocimiento para la no repetición, la protección de los derechos humanos y la construcción de la paz en Colombia.

INTRODUCCIÓN

Esta obra es el resultado de un trabajo colaborativo desarrollado gracias al vital aporte de 14 sobrevivientes del conflicto armado (sus nombres se hallan en las crónicas), la CEV y las entidades aliadas: la Fundación Heinrich Böll, las universidades Autónoma del Caribe, Tecnológica de Bolívar y Popular del Cesar, el Instituto Colombo-Alemán para la Paz (CAPAZ) y la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en Colombia, en el marco de los diálogos sociales denominados Ágora de Mujeres, Ruta del Cimarronaje y Desaparición Forzada-AFUSODO.

Este trabajo conjunto fue articulado por la gestión de la CEV, la cual fue creada conforme al Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, firmado entre el Estado colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) en noviembre de 2016. Así, forma parte del Sistema Integral para la Paz (SIP), junto con la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) y la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas (UBPD). Las 3 entidades constituyen una unidad: mientras la CEV pone las bases de la verdad para conducir a la no repetición, la JEP trabaja para que no haya impunidad y la UBPD responde por las personas desaparecidas, uno de los motivos de dolor más profundos para muchas familias a causa de la guerra en los territorios.

EL PROCESO

Al finalizar los espacios de escucha del Ágora de Mujeres, la Ruta del Cimarronaje y AFUSODO, en junio de 2021 se identificó, junto con 50 participantes de estos espacios, la necesidad de profundizar en los testimonios y de publicarlos para generar reflexión sobre las afectaciones y resistencias de las comunidades en la región Caribe.

Desde la CEV se realizó un proceso de consulta con algunas de las entidades aliadas al proceso de cumplimiento de su misión en el Caribe y así se concretaron los apoyos con las universidades, la Fundación Heinrich Böll, el Instituto CAPAZ y la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en Colombia.

Es importante resaltar que para el trabajo con universidades se desarrolló un proceso de preparación con docentes y estudiantes. Desde la CEV se llevaron a cabo talleres en los que se mostraron los lineamientos metodológicos de la institución con énfasis en los enfoques étnicos, de género y psicosocial. Además, se introdujo un debate alrededor de la centralidad de tener una mirada interseccional que permitiera entender cómo se expresa la multiplicidad de violencias sobre un mismo cuerpo. Por su parte, el equipo de la Territorial presentó a los estudiantes que iban a escribir las crónicas los contextos históricos de la región. Se buscaba que este ejercicio permitiera entrelazar las trayectorias personales de las víctimas con los procesos y momentos del conflicto armado en el Caribe colombiano.

1. Asimismo, la Universidad Autónoma del Caribe, desde la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, realizó un taller de escritura. Esta misma institución y

la Universidad Tecnológica de Bolívar participaron de manera directa en la escritura de las crónicas. Cada una lo hizo a través de 1 docente y 5 estudiantes. En el caso de la Autónoma del Caribe fueron estudiantes y docentes del programa de Comunicación Social; en el de la Tecnológica de Bolívar fueron estudiantes de los programas de Ciencia Política y Psicología.

2. En simultáneo, la Universidad Popular del Cesar, mediante su programa de Psicología, apoyó el proceso con el acompañamiento psicosocial en las sesiones de profundización de escucha entre el o la protagonista de la historia y el estudiante a cargo de su elaboración.

3. En una primera etapa se hizo la presentación entre estudiantes y víctimas/protagonistas de las historias. En la segunda sesión se realizaron la toma del consentimiento informado y un espacio de profundización de la escucha. Posteriormente, los estudiantes y el docente procedieron con la elaboración de las crónicas. Luego hubo una etapa de socialización de las crónicas entre estudiantes y protagonistas. En todas las etapas el equipo territorial de la CEV dio su acompañamiento y apoyo. Después, cuando se tuvo el visto bueno del protagonista, se procedió a la corrección de estilo.

4. Vale la pena aclarar que frente a las crónicas sobre violencia sexual la organización Casa de la Mujer de Bogotá apoyó y reforzó el acompañamiento psicosocial en la etapa de profundización de escucha.

5. Según las personas escuchadas, las crónicas representan un reconocimiento a sus luchas y procesos por parte de una entidad del Estado (esto lo mencionó Dayro Carrasquilla). A lo largo de sus procesos, estas

personas han sido reconocidas por organizaciones de la sociedad civil; en el caso de Dayro, por museos, pero nunca una entidad del Estado había reconocido su trabajo artístico a modo de un mecanismo de resistencia, como lo ha hecho la CEV.

Para la CEV fue un ejercicio interesante promover el diálogo entre víctimas y estudiantes universitarios. El proceso permitió ver cómo los/las jóvenes estudiantes asumieron e interpretaron las historias y cómo las plasmaron en las crónicas. En adelante eso será un aprendizaje y un objetivo: que las actuales generaciones interesadas, sensibilizadas y dispuestas a ser parte activa del proceso de no repetición del conflicto armado interno dialoguen de forma sensible y propositiva con las vivencias que nunca debieron haber sucedido. Esto para que nunca más la historia se repita, para que se ondee en alto la bandera del reconocimiento de la dignidad de aquellas y aquellos que han sobrevivido y enseñan con su vida y su sonrisa desde los territorios que nunca se fueron que es posible creer en la Paz Grande en Colombia.



PLANO GENERAL DE BARRANQUILLA

BARRIO CHIQUINQUIRÁ

UN SOLO DOLOR

Por Martha Elena Díaz y María José Martínez

Mi nombre es Martha Elena Díaz, nací en el año 1959 en la ciudad de Medellín. Recuerdo mi niñez a través de momentos muy difíciles en los que experimenté el dolor. Tuve un padre maltratador y abusador. Esto provocó que, desde muy pequeña, desde los 12 años para ser más exacta, viajara constantemente a Barranquilla a casa de una de mis tías. Ella me crio y siempre quiso lo mejor para mí.

35 años después, esa misma ciudad sería el escenario de mi dolor. Las lágrimas se abren paso y la voz se me quiebra al recordar momentos tan duros. Al instante, la tristeza, la rabia y el dolor surgen envolviendo mi relato.

Cuando estaba cursando séptimo grado dejé el colegio. En esa época estudiar en este país era casi que imposible, las oportunidades eran escasas y las necesidades no se hacían esperar. A los 15 partí a Venezuela con quien sería el papá de mis peñaos, tuve 3: Martha Fabiola, la mayor, Douglas y Jaime.

Al cabo de un tiempo la relación con mi compañero se tornó violenta, él nos maltrataba. Lo denuncié, pero me amenazó con matarme si no le quitaba la denuncia. En ese momento no contaba con la experiencia que hoy tengo, estaba asustada, así que decidí quedarme callada y continuar con la relación. Un día salí a hacer unas compras y lo dejé al cuidado de los niños, pero como tenía temor le pedí a la vecina que estuviera pendiente de ellos mientras yo no estaba en casa. Al regresar, noté que Martha tenía dificultad para caminar. Al preguntarle a la vecina, me dijo que el papá le había pegado con un cable, me angustié mucho por su salud, así que la llevé al hospital, pero la niña falleció. Salí a buscarlo con la policía de allá, pero no lo encontramos. Al día siguiente se entregó, me amenazó, me dijo que si no le quitaba el denuncia, nos iba a matar, así que me tocó dejar todo botado en ese país y regresar a Colombia.

Llegué a Barranquilla con mis 2 hijos a continuar con mi vida, a enfrentarme sola a su crianza. Aunque sabía que podían esperarme

situaciones complicadas, me armé de mucho valor para sacar a mis hijos adelante.

Como mamá quería darle una mejor calidad de vida a Douglas y a Jaime, así que en 1988, con dolor en el alma y el corazón roto, tomé la decisión de dejarlos al cuidado de mi hermano e irme a Estados Unidos a trabajar y ahorrar para poder sostenerlos. Fue muy difícil para mí. El amor de madre hace que a una se le arrugue el pecho, no tenía tranquilidad estando tan lejos de ellos y esperaba con ansias el día que pudiese tenerlos nuevamente entre mis brazos.

Allá duré 4 años y me casé por la iglesia, fue una relación tranquila en la que él me colaboraba con lo que podía. Mientras estaba haciendo el papeleo para llevarme a Douglas y a Jaime a Estados Unidos, asesinaron a mi hermano. Alias “la Gata” lo mandó a matar porque no quiso hacer arreglos con ella, entonces debí regresar. Cuando llegué, me enteré de 2 cosas más que me llenaron de mucha tristeza. La primera, que mis hijos sufrieron mientras yo no estaba para cuidarlos: mi hermano los dejaba en la calle, aún no entiendo por qué lo hacía, y la segunda, que Douglas estaba metido en la droga.

Al enterarme del rumbo que le estaba dando Douglas a su vida y de lo que habían tenido que pasar mis peñaos, pensé en quedarme, pero mi esposo me propuso que nos regresáramos. Él no estaba acostumbrado al entorno, por lo que quería volver a la vida que teníamos antes. Entonces les pregunté a mis hijos si querían irse con nosotros, pero dijeron que no. Él insistió para que me fuera otra vez, pero yo le dije que no me podía ir y que prefería quedarme acá con mis peñaos a hacerle frente a su crianza. Así fue, él partió de regreso e hizo el proceso de divorcio allá y yo me quedé.

Estando en Barranquilla me dediqué a iniciar la rehabilitación de mi hijo mayor. Lo ingresé al Cari, un hospital de la ciudad con atención en salud mental, donde después de unos estudios descubrieron que tenía problemas psicológicos y una abertura en el cráneo desde el nacimiento. Como si de un rompecabezas se tratase, varias cosas del pasado relacionadas al comportamiento de Douglas encajaron, por eso había repetido varios años en la primaria y no le iba muy bien en los estudios.

A Douglas lo echaron del colegio por darle comida a unos muchachos de la calle, tenía un corazón muy noble y no reparaba en ayudar a los demás si estaba a su alcance, aunque esto pudiera generarle problemas. En el barrio, si alguien necesitaba un favor, él siempre estaba dispuesto a ayudarlo, no

tenía problemas con nadie, todo el que lo conocía lo saludaba, ese carisma y actitud hicieron que mucha gente lo quisiera.

A pesar del inicio de su rehabilitación, con los años Douglas aumentó el consumo de drogas. Para entonces se ganaba la vida trabajando en oficios varios. Me preocupaba mucho que algo pudiera sucederle, así que le daba 20.000 o 30.000 pesos para que no hiciera nada malo, sino para que tuviera su droga.

El 28 de marzo de 2006, a las 2:00 de la tarde, Douglas se fue. En la mañana habíamos peleado porque él quería que le diera 50.000 pesos. Como no se los di, se llenó de mucha ira y salió al parque del Cementerio Universal, aquí en Chiquinquirá, a jugar fútbol con otros amigos. Yo me fui a trabajar, me desempeñaba como vendedora estacionaria y tenía 2 chazas en la Plaza de Bolívar. En la noche, cuando regresé a la casa, una persona de la calle me dijo:

—Se llevaron a Douglas.

—¿Qué se van a llevar a Douglas?, él es de por aquí —le contesté.

—Sí, se lo llevaron a trabajar.

Yo no le creí. Después vino el hermano, Jaime, y confirmó lo que me habían contado: “Douglas se fue a trabajar y se lo llevaron en una camioneta blanca. Le dieron plata para que comprara ropa y drogas, y no regresará a la casa”.

Oré toda la noche y a la mañana siguiente me fui a trabajar muy preocupada. En la noche, a eso de las 8:00, recibí una llamada. Era él, me dijo que estaba bien, que había pensado mucho en que me hacía sufrir, que se saldría de la droga y que se fue a coger algodón en Valledupar. Me preguntó:

—¿Tienes la copia de mi cédula?

—Sí, yo la tengo.

—Alguien va a recogerla.

—¿Quién?

—...

Colgaron el teléfono. Después de eso no volví a saber nada más de mi hijo.

Ahí iniciamos la búsqueda. Lo busqué por todos lados, pero no aparecía. Pusimos la denuncia en la Fiscalía y siempre íbamos para saber si habían encontrado algo, pero no nos daban respuesta sobre su paradero. Una mañana mi pareja fue a preguntar. Cuando llegó, quien lo atendió le pidió el número de cédula de Douglas, él se lo dio y se lo quedaron mirando: “Necesito que mañana venga la mamá”. Yo estaba cansada de tanto ir allá y

que no pasara nada. “Te necesitan mañana”, me dijo cuando llegó. “¡Ah! ¿Pa’ lo mismo? Yo no voy a ir”.

A eso de las 5:00 de la tarde, me llamó la fiscal a preguntarme por qué no había ido, que tenía algo importante que hablar conmigo: “Necesito que se presente mañana a las 9:00 de la mañana”. Así fue, al día siguiente llegué a las 8:00, a las 9:00 me atendió.

—¿Su hijo tenía un tatuaje y una cicatriz en la mano?

—Sí, ¿por qué?

—Su hijo fue abatido en combate porque era un guerrillero del Frente 59 de las FARC.

—¿Cómo?!

Mi expresión fue de asombro, no lo podía creer. “Ya mismo me voy para Valledupar”. Al verme tan desesperada me pidió que me calmara: “Yo le averiguo todo para que llegue a donde tiene que llegar”. Entonces regresé a mi casa, ese día no pude dormir, lloré toda la noche.

Al día siguiente la fiscal me llamó y me dijo que estaba en el juzgado 21. Me fui enseguida. Llegué al Batallón La Popa, pero me dijeron que debía llevar un abogado para que me dieran información. Me tocó regresar y conseguir un abogado al que le pagué 500.000 pesos para que sacara el expediente de allá. Pusieron muchos problemas para entregarme la información. Mi esposo me insistía: “No pelees, Martha, que nos pueden matar”, pero a mí eso no me importaba, ya habían matado a mi hijo.

El combate donde supuestamente murió fue en Guamachal, una vereda de San Juan del Cesar, La Guajira. Una investigadora del CTI me dijo:

Yo hice el levantamiento de su hijo, era igualito a usted. Ahí se veía que no era normal lo que estaba pasando, pero cómo uno podía decir algo si éramos 3 y ellos eran un montón, no se puede hacer nada. No diga nada, vaya y luche, luche por su hijo.

En 2007 conocí a Rosario Montoya por una persona de la gobernación. Ella, junto con otras organizaciones, como el Comité de Presos Políticos, Asociación Pro-Desarrollo de Familias (APRODEFA), Foro Infancia Feliz y Foro Atlántico, nos dieron apoyo y formación para crear AFUSODO: Asociación de Familias Unidas por un Solo Dolor. Nos constituimos formalmente en 2008.

Iniciamos pocas, pero nos fuimos juntando en el camino. En las oficinas de los periódicos de Barranquilla y en la Fiscalía ya se habían aprendido mi nombre, así que cuando llegaban personas en la misma situación que yo les daban mi contacto, les decían que hablaran conmigo, que ya yo sabría cómo ayudarlas. Ellas me llamaban y así nos íbamos conociendo. Me contaban sobre sus casos, el estado judicial de estos y sus vidas, yo también les contaba sobre mí. Así fue como iniciamos a luchar y resistir de la mano. Ya no estábamos solas, nos teníamos para acompañarnos.

Actualmente soy presidenta y representante legal de la organización. AFUSODO, más que una organización, es una red de apoyo. Somos, como indica nuestro nombre, un grupo de familias unidas por una misma causa, por una misma esperanza y deseo de justicia.

Para reclamar a nuestros familiares, la Fiscalía nos exigió que tuviéramos nichos. Marisol Ariza, que trabajaba en ese momento en la entrega de restos en Bogotá y que conocí cuando fui a esa ciudad, colaboró para conseguirlos. Entre 2010 y 2012, con la Alcaldía de Barranquilla logramos que nos entregaran 28 nichos, ya estaba todo para que nos regresaran a nuestros familiares.

Sin embargo, cuando fui a buscar los restos de mi hijo a Medicina Legal, no me los dieron: me tocó esperar 5 días porque estaban en una capacitación. Recibí la misma respuesta de cuando todo inició, Douglas no aparecía. Lo que sí me dieron fue un acta en la que decía que me lo habían entregado, pero no era cierto, así que tuve que interponer una tutela que en 2012 falló a mi favor. Les hicieron pruebas de ADN a más de 59 restos en San Juan del Cesar hasta que dieron con él. Después de 6 largos años desde su desaparición, por fin me entregaron a Douglas, junto con él nos dieron los restos de 4 muchachos más de la organización.

Ya con los restos de nuestros hijos en las manos decidimos hacerles una ceremonia de despedida, queríamos darles el último adiós como nos habían enseñado, que fuera un momento tranquilo en honor a su memoria y el amor que sentíamos. Para ese momento en el país era muy sonado el tema de los falsos positivos, posteriormente denominados ejecuciones extrajudiciales, en los que estaban involucrados altos mandos de las fuerzas militares y entidades del Estado. El mismo día de la misa recibí una llamada de un número desconocido diciéndome que iba a correr con la misma suerte de mi hijo. 3 compañeros de la organización y el cura que daría la misa

también fueron amenazados. Luego nos dimos cuenta de que estábamos siendo amedrentados por el GAULA, sin embargo, era tanto el anhelo de honrar a nuestros seres queridos que decidimos continuar: nos metimos a la brava y pudimos llevar a cabo la ceremonia. Dejamos los restos en el cementerio y sentimos alivio al saber que a nuestros hijos se les había dado santa sepultura y que estaban cerca de su familia.

Posterior a la entrega de los restos inició la batalla legal. Asistimos a audiencias, escuchamos declaraciones, preguntamos, protestamos, insistimos para conocer la verdad y hacer justicia. Pero cuando íbamos a las instituciones nos decían: “¿Qué podemos hacer, Martha, si ustedes están en contra del Estado?”. No nos decían que el Estado nos había causado daño, sino que estábamos en contra de él, que ahí no se podía hacer nada.

Las últimas investigaciones han dado cuenta de que para cometer las ejecuciones extrajudiciales fueron usados automóviles de alta gama. En varias regiones del país, a los vehículos que estaban al servicio de actores armados e instituciones del Estado para cometer este tipo de delitos se les conocía como “la última lágrima” o “la camioneta blanca”. Los nombres se debían a que las personas que montaban en estos carros no vivían para echar el cuento. “La última lágrima” se paseaba por los vecindarios de las comunidades o poblados más vulnerables y por aquellos donde se vivió de forma directa el conflicto armado. Abordaban a la gente, jóvenes en su mayoría, los engañaban prometiéndoles trabajo para llevárselos. A los días siguientes eran asesinados y sus cuerpos abandonados en ríos, zonas rurales o lugares de importancia para ciertas comunidades. Todo esto para hacerlos pasar como bajas en combate. Para ellos solo eran cifras.

La operación en la que lo asesinaron se llamaba Minusa, fue ejecutada por los escuadrones antiguerrilla Bomba 3, al mando del subteniente Wilmer Acosta Vela, y Cobalto 2, al mando del subteniente Yamid Díaz Tovar, por orden del mayor Julio César Parga Rivas, quien en ese momento se encontraba al mando de la Fuerza de Reacción Divisoria (FURED). El objetivo era darlos de baja y relacionarlos como guerrilleros muertos en combate para aumentar el número de bajas y el gasto de municiones de ambos escuadrones. 4 jóvenes cayeron en esa operación: Douglas, Dannis, ambos casos de AFUSODO, y 2 personas en situación de indigencia que no pudieron ser identificadas.

En los intentos más actuales del Estado con la sociedad colombiana, el expresidente y exministro de Defensa Juan Manuel Santos Calderón ha reconocido ante la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad la existencia y puesta en marcha de la política nefasta de los falsos positivos. Esto supone un avance en términos de verdad y reconocimiento de los hechos atroces del pasado, pero aún falta mucho camino por recorrer. Queremos que el expresidente Santos sea llamado ante la JEP como tercero, que esclarezca sus afirmaciones sobre nuestros hijos como narcoguerrilleros, que nos dé la cara y diga qué iban a investigar en 2008 cuando estaba como ministro de Defensa si no escucharon a quienes estábamos denunciando el asesinato de nuestros hijos por parte del Estado.

Como país aún no estamos preparados para asumir nuestra corresponsabilidad en el homicidio de inocentes. Muchas personas hoy siguen con la convicción de que las ejecuciones extrajudiciales no existieron y que son un invento de las víctimas, lo cual da cuenta de las profundas heridas que este flagelo nos ha dejado. La historia de engaño fue tan bien contada que a muchos les cuesta quitar la venda de sus ojos.

En el caso de mi hijo, todos los demás acusados le echaban la culpa al mayor Parga Rivas, pero el expresidente Álvaro Uribe lo había extraditado a Estados Unidos por narcotráfico. En 2008 vino el relator, también tuvimos la oportunidad de conseguir que el Comité de Presos Políticos me llevara a Bogotá para hablar con él, le dije:

¿Ustedes qué vienen a hablar de derechos humanos si solo les importa el narcotráfico?, no les importa, sino la plata que sale del narcotráfico, no les importa el ser humano. Allá tienen a una persona con falsos positivos a cuestas.

Me miró con intriga y preguntó: “¿Cómo?”, entonces yo empecé a contarle qué había pasado con Parga Rivas y nuestros hijos. Tuvimos la suerte de que a Parga lo trasladaran de nuevo para Colombia, lo pudimos ver en una audiencia en la que solo guardaba silencio. José Humberto Torres, defensor de derechos humanos, dijo que haría el “papel del diablo” y empezó a sacarle información sobre la operación en la que habían asesinado a los 4 pelaos, incluido mi hijo, pero él no quería aceptar que había dado la orden.

Para el año 2009 el Juzgado Promiscuo del Circuito de San Juan del Cesar, La Guajira, resolvió condenar en sentencia anticipada (anticipadamente) a Yamid Díaz Tovar, Orley Gutiérrez Cabrera, Wilmer Rafael Ramos Cantillo, Jonatan Martínez Ospino, Pedro Manuel Contreras Ricardo, Gilberto Carlos Rosado Rosado y Wilmer Acosta Vela por los delitos de homicidio agravado en concurso con desaparición forzada y falsedad ideológica en documento público, perpetrados contra Douglas Alberto Vera Díaz, Dannis Díaz Sarmiento y 2 personas más no identificadas. En 2013, el Juzgado Penal del Circuito Especializado Adjunto de Montería profirió sentencia condenatoria anticipada a Parga Rivas por los delitos de homicidio agravado, concierto para delinquir agravado, peculado por apropiación, falsedad ideológica en documento público y favorecimiento.

Para las víctimas puede no haber descanso absoluto, algunas sienten un alivio moral al saber que la lucha no ha sido en vano, que en términos de justicia y verdad se les va a permitir transitar por el camino de la resiliencia. Hay parte de tranquilidad al saber que hicieron lo posible por encontrar a los responsables de los actos violentos que les arrebataron a sus seres queridos y esclarecer los hechos en los que fueron asesinados, sobre todo en este tipo de delito, en el que, valiéndose de las necesidades y las condiciones de desigualdad, se recreaba un engaño en la realidad para asesinar a jóvenes y ponerlos como botín de guerra.

Gracias a la gestión que hemos venido realizando desde AFUSODO, logramos que nos entregaran 38 restos y que algunos de los casos de la organización pasaran a la justicia ordinaria. También conseguimos que el Comité de Presos Políticos nos ayudara con la realización del informe para enviarlo a la JEP.

Actualmente, tenemos 85 casos de ejecuciones extrajudiciales y 50 de desapariciones forzadas. Algunos de los casos de desapariciones de AFUSODO han resultado ser ejecuciones extrajudiciales, por lo que creemos que es posible que algunos de los que ahora corresponden a desaparición terminen siendo ejecuciones extrajudiciales, pero aún no tenemos certeza. En tal caso, queremos que se reconozcan como ejecuciones extrajudiciales y que haya justicia para las víctimas.

Lastimosamente, el nivel de avance de los procesos judiciales es muy poco; en AFUSODO solo ha habido 4 sentencias. Sucede que los procesos

de investigación de las ejecuciones extrajudiciales son llevados a la Justicia Penal Militar, debido a que los hechos son producto de “conductas en servicio”, lo cual hace que sea más fácil manipular y entorpecer los casos. Sobre esto, la Corte Interamericana de Derechos Humanos ha dicho que la justicia militar no es una jurisdicción idónea para investigar, juzgar y sancionar este tipo de hechos, ya que no garantiza que los procesos gocen de imparcialidad e independencia.

Además, todavía hay restos sin encontrar porque la Fiscalía no los protegió y los echaron en fosas comunes. Ahora, por las declaraciones que hemos escuchado, sabemos que esta entidad también estaba con ellos. Con la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas el avance ha sido poco, hemos tenido algunas reuniones, pero aún no concretamos nada.

La batalla ha sido dura, yo desde que empecé fui clara y dije: “Somos unas hormigas peleando contra un elefante, pero como somos tantas hormigas podemos comernos al elefante”. Ahí poco a poco vamos, hasta lograr que se reconozca que esto fue una política de gobierno. Eso es lo que queremos, porque a todos los muchachos que se llevaron les ofrecieron trabajo. Aquí en Barranquilla, que uno sabe, hubo 150 personas que desaparecieron, ¿y los que no denunciaron? Muchos de los que se llevaron eran gente pobre, personas del sur que no sabían defenderse. Barrios como Chiquinquirá y Villa del Carmen fueron focos de esta dinámica.

Hay gente que tiene mucho miedo, que no se quiso enfrentar al Ejército y prefirió callar, pero el *modus operandi* fue igual en todo el país: ofrecerles trabajo, llevárselos, matarlos y hacerlos pasar como muertos en combate. Todo fue planeado porque varios muchachos asesinados habían prestado el servicio militar y no tenían trabajo, por lo que eran un blanco fácil. Eso debe quedar claro en el informe de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, que no fueron casos aislados, sino que fue un patrón, que hubo muchas consecuencias físicas y emocionales para las familias, que aún existen casos sin aclarar y que hay un sinsabor con respecto a la justicia.

A partir de lo que pasó con su hermano, Jaime comenzó a consumir drogas. Antes no lo hacía, de hecho, detestaba a los drogadictos; él se la pasaba con Douglas porque metía drogas y, como yo me descuidé tanto, porque no le puse mucho cuidado a él, sino que me dediqué por completo a saber la verdad sobre mi otro hijo, perdí mi hogar, perdí a mi hijo, se acabó

todo. Cada que Jaime viene le abro las puertas, no se las cierro en ningún momento. Mi hijo dice que quiere que lo maten, desde que asesinaron a su hermano quedó acabado.

No hubo acompañamiento que permitiera hacer frente a estas situaciones. El Estado colombiano ha evadido la responsabilidad de reparar y cobijar a quienes pasaron por situaciones traumáticas provocadas en medio del conflicto por los actores armados ilegales y del mismo Estado, aquel cuyo deber en medio de la guerra debía ser cuidar a sus ciudadanos, no asesinarlos. El desamparo, la desigualdad social, el pasado lleno de recuerdos grises y la ausencia de verdad, justicia, reparación y reconocimiento de los hechos continúan causando estragos en la salud física y mental de las personas. Hay rabia, dolor, tristeza, vacíos acumulados por años que afloran e impiden vislumbrar otras posibilidades.

Esta historia me ha traído consecuencias físicas y emocionales. Actualmente sufro de la presión; tengo un dolor en la columna, dice el médico que se debe a que al principio no dormía, sino que me la pasaba en una silla, a veces me quedaba dormida en la mesa donde tenía el computador y eso me fregó la columna; tengo hongo en un pie, cuando estoy estresada sale, eso no se ha curado nunca; en ocasiones tengo que tomar pastillas para dormir; a veces quiero quitarme la vida, me deprimó y no me dan ganas de saber nada de nadie.

Lo que me da vida es AFUSODO, ellas me llaman y ahí empezamos. Eso me da aliento, vuelvo a respirar. Creo que Douglas es cada uno de los muchachos de la organización, eso me lo regaló él y me da la fuerza, así como la inteligencia para poder sacar adelante los casos y superar cada reto.

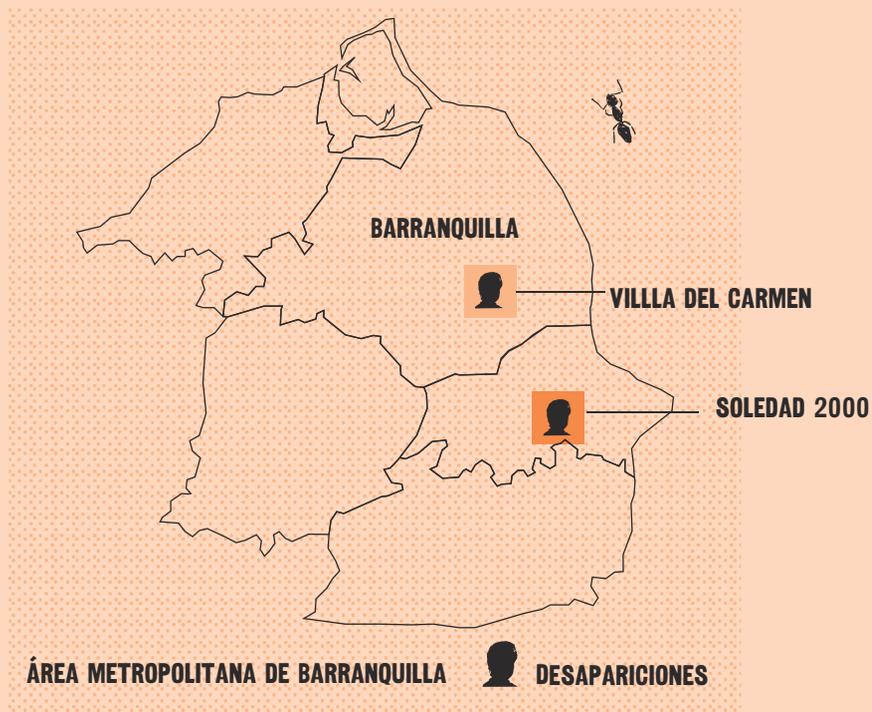
Si no hubiese conocido a esas mujeres, yo a lo mejor no estuviese aquí, creo que ya estuviera muerta, porque esto es lo único que me da ganas de seguir luchando, mujeres que a pesar de todo estuvieron y están ahí, gente que cree en mí, que sabe que yo voy a lo correcto, que hago todo por amor, porque esto me llena, porque me siento satisfecha todos los días al hacer algo por cada una de ellas y creo que ellas también se sienten muy satisfechas de cómo he sorteado esto: dejar mi casa para volcarme solamente a la búsqueda de nuestros restos, a la búsqueda de la verdad. Yo he recibido apoyo de cada una, así como ellas lo han recibido de mí. Somos una familia, no somos unas desconocidas, lo que le pasa a una nos duele a todas. AFUSODO es muy bonito a nivel interno.

Quiero enviar un mensaje al país: hay que cuidar mucho a nuestros hijos e hijas, así cometan errores. Debemos cuidar colectivamente a nuestros jóvenes. Aunque no sean perfectos, hay que cuidarlos, estar pendiente, darles mucho amor, protegerlos, prevenirlos sobre las situaciones de riesgo a las que pueden enfrentarse y enseñarles a cuidar de sí mismos. También quiero agradecer a la Comisión por acompañarnos y visibilizar nuestros casos. Como organización nos complace recibir el reconocimiento por parte de esta entidad a nuestra trayectoria por el esclarecimiento de la verdad, la consecución de justicia, la reparación y la no repetición de los hechos.



Martha Elena Díaz
Protagonista.

María José Martínez
*Psicóloga de la Universidad Tecnológica de Bolívar,
Cartagena.*



6.402

"A MI HIJO SE LO LLEVARON"

Por Violeta Ferrer Vanegas y Luisa Fernanda Guerra Carrera

La Puerta de Oro de Colombia, la mágica arenosa, esa ciudad que encanta con su brillo, que vibra con su flauta de millo, es para muchos el mejor vivero de la región Caribe y, por qué no, del país. Nada puede ser mejor que recorrer la ribera del Magdalena a punta de un raspao en ese malecón que invita a tardear, que invita a disfrutar de la tranquilidad y la calma que ofrece la ciudad. La casa de la Selección es, por ende, la casa de todos los colombianos. Es la cuna de grandes personalidades que han sabido poner el nombre del país en lo más alto, así como también lo es de Joselito, la marimonda y los demás personajes que hacen del carnaval la gran fiesta de Colombia.

En esa misma ciudad, en Barranquilla, existen zonas donde esa tranquilidad no se respira. De hecho, respirar se vuelve una terapia en momentos de ansiedad, cuando la única salida es mantener la esperanza. Esa esperanza, con el pasar de los días, pareciera desvanecerse, pero en el corazón de una madre permanece intacta y se alimenta de recuerdos. Se alimenta de la necesidad de certezas. Barrios como Villa del Carmen, Soledad 2000 y Rebolo, pertenecientes al área metropolitana de Barranquilla, son solo 3 de estos focos donde algunos, muchos jóvenes, un día salieron de su casa y nunca más volvieron.

"EN ESTA MISMA CASA LO ESPERO"

Eran cerca de las 11:30 a. m., Dilia Rodríguez terminaba de preparar el almuerzo. Como de costumbre, se lo dejaría guardado a su hijo Pedro Rafael Morales Rodríguez para cuando regresara. Ese día Pedro fue donde su papá a hacerle un trabajo que le había pedido; sin embargo, el almuerzo tuvo que

quedarse guardado por mucho más tiempo del esperado en la nevera de su casa en Villa del Carmen.

Dilia no recuerda con exactitud el año de lo ocurrido. Muy probablemente, el inmenso dolor fue lo que su memoria selectiva utilizó para perder esa precisión. Cree que pudo ser entre 2001 y 2003. En todo caso, para ella, la ausencia de su hijo no se mide en años. Lo eterno de su ausencia radica en la soledad de las noches, la irrestricta espera en su ventana y la necesidad como madre de saber si algún día podrá ver a su hijo vivo o muerto.

Ese mismo día, a Dilia le dijeron que se habían llevado a un grupo de muchachos del barrio Soledad 2000. En principio esto no le decía nada y fue hasta la mañana del día siguiente que salió, junto con su hija, a buscar algo que la llevara al paradero de Pedro. En su búsqueda, la única respuesta que recibieron fue que a los muchachos se los habían llevado en unos camiones.

Con ese único indicio, tuvo que esperar 3 meses más para poder escuchar algo relacionado con la desaparición de su hijo. Le dijeron que un joven al que le decían "Chema", de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), se lo había llevado. En su esfuerzo por hacer justicia para Pedro y poder saber algo de él, interpuso una denuncia ante la SIJIN. Sin embargo, en ese trance, se dio cuenta de que ya estaba privado de la libertad. Al poco tiempo, Chema murió. A pesar de haber avanzado, Dilia otra vez estaba como al principio. La única posibilidad que tenía hasta el momento para saber algo de su hijo se desvanecía ante ella al no poder confirmar, siquiera, si aquella información que le dieron era cierta.

Como si no fuera suficiente, a los pocos meses, cuando todavía intentaba asimilar lo que ocurría en torno a la desaparición de Pedro, en el corregimiento de Mingueo (departamento de La Guajira) era asesinado otro de sus hijos que recién salía de prestarle su servicio militar al país. Ese fue, sin lugar a dudas, el peor año de su vida. Sin embargo, era al mismo tiempo solo el inicio del calvario que empezaba para Dilia.

Cuando nada podía ser peor, cuando el laberinto parecía no tener salida, ese mismo laberinto la condujo hacia AFUSODO: la Asociación de Familias Unidas por un Solo Dolor, fundada y liderada por Martha Díaz, madre de un desaparecido. A través de esta ha podido visibilizar el caso de Pedro en entidades competentes de los ámbitos local y nacional. Gracias a ella también ha podido tejer una importante red de apoyo en la que se reúne con otras

madres y familias que, como ella, padecen todas las consecuencias de lo que significa tener un hijo desaparecido.

Son varias las veces en las que Dilia se ha escapado de su casa, de su rutina, para hablar con sus compañeras. Al hacerlo no puede evitar el brote de sus lágrimas, es una especie de catarsis. Cuando la certeza de la muerte de un hijo llega a alguna de ellas, el dolor se asume como propio, la empatía florece. Es un sufrimiento compartido, es un mismo sentimiento.

Dilia sigue viviendo en el mismo barrio, en la misma casa, acompañada de sus otros 2 hijos y de sus nietos. Ahí esperará el momento en que Dios la llame a su presencia con él. Esa casa representa su historia, la historia a la que está anclada. Esa casa representa también sus esperanzas. Dilia no duerme porque, cuando siente el ruido de cualquier carro, enseguida corre a asomarse a la ventana esperando que su hijo regrese. En esa misma casa lo seguirá esperando.

Después de una pérdida, una desaparición y todo lo que ambas implican, esta mujer ha padecido en carne propia la trascendencia física y psicológica de la irrupción en lo que algunos llaman ley de la vida. Esa supuesta ley según la cual los seres humanos nacen, crecen, se reproducen, mueren y son los hijos los que deberían enterrar a sus padres. A Dilia le tiemblan constantemente las piernas. Le tiemblan como resultado de complicaciones físicas que todo esto le ha dejado, pero le tiemblan también por cuadros de ansiedad y crisis de nervios desencadenados por el hecho de ver imágenes de su hijo desaparecido. La depresión es una constante y por ello ansía poder ser vista por un profesional.

Frente a la denuncia mencionada, los avances han sido nulos. Cuando se acerca a la Fiscalía a hacer el correspondiente seguimiento, los mismos funcionarios le preguntan qué ha averiguado ella. A pesar de la iniciativa de AFUSODO, la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas (UBPD), que es una entidad del Estado, tampoco ha iniciado el seguimiento de su caso. Pese a ello, la lucha de Dilia sigue vigente, aun con sus dolores físicos y emocionales. Bajar la guardia no es una opción, ella quiere dar con el paradero de Pedro. Su lucha seguirá hasta que encuentre a su hijo vivo o hasta que halle sus restos y pueda sepultarlo.

“MI HIJO NO LLEGÓ, A MI HIJO SE LO LLEVARON”

Simultáneamente a lo que vivía Dilia, en el mismo barrio, en la misma ciudad de los brazos abiertos, se encontraba Verena Guerrero Morales. Esta mujer, madre cabeza de hogar, tiene clavado en su mente aquel 16 de junio de 2003 cuando, como todos los días, llegó de trabajar a su casa a las 6:00 p.m., pero el almuerzo que le había dejado a su hijo aún estaba intacto. David Bustamante Guerrero, un joven de 22 años, salió ese día a eso de la 1:00 p.m.; Verena recuerda exactamente la pantaloneta *beige*, el suéter gris con puño rojo y las chancletas rojas que vestía.

Hace 1 año, su hijo había regresado de prestar el servicio militar y, para ella, no es casualidad su desaparición. No es casualidad porque sentía cómo le venían haciendo seguimiento a causa de su desempleo. Las palabras de David retumban en su mente: “Vieja, yo no estoy trabajando. Me van a llevar a trabajar en unos camiones”. Esas palabras, hasta ese momento, no le significaban nada raro, eran la constante en un joven que buscaba una oportunidad laboral para poder liberar a su madre de cargas económicas. Una madre que sufría de artrosis, artritis y los consecuentes dolores en sus piernas. Verena, como varias madres como ella, aún no conocía las prácticas que se daban en medio del conflicto sobre civiles, especialmente sobre jóvenes como David.

Al día siguiente no fue a trabajar, Verena salió sin rumbo fijo a buscar a su hijo. No sabía a dónde ir, no había ningún indicio de su paradero. Lo único que le dijeron fue que a su hijo se lo habían llevado y lo traerían a los 6 meses. Su hijo no llegó, a su hijo se lo habían llevado. Ese semestre se venció y las noticias nunca llegaron. Con todo esto, Verena asumió nuevas rutinas asociadas a su profundo dolor. Sus noches se convirtieron en un momento para escuchar alabanzas. En medio de todo, estas le significaron un bálsamo para su alma.

En las noches, esta madre se sienta a esperar a su hijo en la reja de su casa. Por ello, noche tras noche, la deja sin candado esperando que un hombre de 40 años cruce por la puerta dándole un abrazo que equivalga a casi 20 años de ausencia. Sus esperanzas siguen en presente, hablar en pasado no está en su discurso. Para ella su hijo está vivo.

Han sido ya varias las veces que ha tenido que entrar a un quirófano a causa de sus padecimientos físicos. Estos mismos le han imposibilitado

seguir trabajando a medida que pasan los años. Sus pies poco le responden. Sin embargo, el dolor de la herida de 18 años que tiene su corazón es más profundo que cualquiera de sus dolores físicos.

A principios de 2020, gracias a su amiga Dilia, Verena conoció AFUSODO. Allí se encontró con otras madres que estaban pasando por la misma situación. Una compañera llamada Cecilia la comunicó con Martha Díaz y desde entonces la organización se convirtió en una fuente de motivación para seguir adelante en la búsqueda, así como le ha servido de red de apoyo. Cada llamada de Martha es una ilusión. Sus reuniones le significan un momento de desahogo en el que las une un mismo sentir.

A través de la asociación pudo contactar a la UBPD, hace unos cuantos meses, y la ficha fue llenada en octubre de 2020. Otras entidades han sido contactadas a través de AFUSODO para investigar el caso, como la Defensoría del Pueblo e incluso Medicina Legal, con la esperanza de que por medio de huellas dactilares se pueda buscar en las bases de datos de otros departamentos.

Sus denuncias no han trascendido, las denuncias por desaparición forzada han quedado estancadas. Mediante el trabajo organizativo, han podido evidenciar que, incluso, se ha saboteado la información al hacer uso de las cédulas de los desaparecidos para afiliaciones médicas y procesos electorales, por esto se han dado a la tarea de dirigirse a la Registraduría para dar de baja las cédulas.

La historia de Verena, al igual que la de Dilia, se encuentra estancada debido al poco avance en materia de investigaciones. Aún no ha sido posible determinar si se trata de un caso de ejecución extrajudicial. Sin embargo, el interés de Verena va más allá del nombre que se le asigne a la ausencia de su hijo. Para ella, la prioridad es poder encontrarse con él, independientemente de la manera que sea.

“ÉL VUELVE... MI ESPERANZA ERA QUE ESTABA TRABAJANDO”

4 años más tarde de la desaparición de David, en el mismo Villa del Carmen, específicamente el 30 de noviembre de 2007, Cielo Inés Ortega de Vallejo

vio por última vez a su hijo Juan Carlos Vallejo Ortega. Como todos los días, Cielo salió muy temprano al retal donde trabajaba cosiendo. Ese día, al regresar a su casa, su hermana la recibió con la noticia de que a su bebé se lo habían llevado. Así se refería a él, nunca ha dejado de serlo. En ese momento, lo primero que hizo Cielo fue correr al cuarto de su hijo, se dio cuenta de que su ropa estaba allí intacta. Instantáneamente pensó: "Él vuelve", su esperanza era que estaba trabajando.

Era tal su esperanza porque en ese punto ya sabía que a él le habían dicho que un carro que merodeaba la zona estaba buscando jóvenes para trabajar. De hecho, antes de irse, Juan Carlos le había dejado razón a su mamá: apenas le pagaran, le enviaría dinero. Pero nada. Con la esperanza que trae cada diciembre, Cielo esperó durante ese mes la llegada de su hijo. Nunca llegó.

Fue su hermana quien le dio la noticia. Fue su hermana quien representó un apoyo emocional ante la ausencia de su hijo. Fue su hermana su confidente y su bastón. Sin embargo, al poco tiempo de la desaparición de Juan Carlos, su hermana falleció. Fue ese mismo año. Cielo recibió 2 golpes que le cambiaron la vida en muy poco tiempo.

Cargando sola con esta cruz a cuestas, fue hasta febrero de 2008 que recibió un documento de la Fiscalía en el cual la citaban. ¿Por qué la citaba la Fiscalía? ¿Qué habría podido hacer una mujer como ella en una situación como la suya para que la Fiscalía la citara? Cielo estaba sorprendida, asustada. No sabía qué esperar de esa citación. Fue tal el susto que uno de sus hijos se dirigió a la entidad para averiguar el motivo de la citación; sin embargo, la respuesta fue que esa información debían dársela directamente a ella.

Fue así como Cielo se dirigió a la Fiscalía. Ese fue, quizá, el día más difícil de su vida. Al llegar ahí, escuchó lo inimaginable. Su hijo había muerto en medio de un enfrentamiento militar. Lo acusaban de ser paramilitar. En medio del *shock* del momento, los funcionarios se abalanzaron a preguntarle qué hacía su hijo, a qué se dedicaba, con quién andaba. Era demasiado para ella. En ese mismo momento le mostraron fotos del cadáver. Por la hinchazón, Cielo se negaba a reconocer que se trataba de su hijo. Fue gracias a los tatuajes con las iniciales de los nombres de sus sobrinos y el nombre de su abuela que finalmente pudo reconocerlo.

Ese mismo febrero tuvo que ir a Valledupar para hacer el reconocimiento formal. Allá estaba el cuerpo de su hijo. Allá le mostraron su ropa

y la dirigieron al batallón donde le habían dicho que su hijo tuvo el enfrentamiento. Allí también le hicieron las mismas preguntas y recibió las mismas acusaciones que en la Fiscalía de Barranquilla. Donde llegaba, le decían que su hijo era un paraco. Era de no creer. Su hijo nunca había tenido un revólver en su mano. Su hijo no sabía cómo accionarlo.

Estando allá y al preguntar quiénes eran los culpables de su fallecimiento, en primera instancia la fiscal encargada se limitó a decir que habían sido los paramilitares. Para Cielo, esta no era una respuesta satisfactoria, sentía que estaban irrespetando a su familia y la memoria de su hijo. Ante la insistencia de esta madre desconsolada, la funcionaria reconoció que se había tratado del Ejército y procedió a presentarle sus disculpas, diciéndole que ese era el trabajo que debían hacer. En ese momento, a Cielo le quedó la sensación de cómo, desde la misma entidad, desde arriba, se daba la orden de no admitir quiénes cometían estos homicidios.

Tuvieron que pasar más de 10 años para que a esta mujer le entregaran los restos de su hijo. Se los entregaron en 2019. No se los dieron enseguida porque siempre le decían que estaban adelantando investigaciones. Siempre le decían lo mismo. La entrega fue el resultado de todo tipo de maniobras, peticiones, diligencias y procesos que adelantó con el apoyo de AFUSODO y sus compañeros y compañeras de la organización.

Esta organización llegó a su vida en 2008. Tras pasar todo un día buscando respuestas ante las autoridades por el paradero de su hijo y oír múltiples acusaciones, se encontró con un grupo de manifestantes que protestaban frente a las pocas respuestas del Estado sobre las desapariciones de los hijos de muchas personas. Era una protesta promovida por AFUSODO. Desde entonces la asociación ha liderado el trámite de los procesos legales y diligencias necesarias para exigirle a la justicia respuestas por la desaparición de su hijo.

Con el apoyo de la asociación ha interpuesto derechos de petición y todos los procesos legales necesarios, ya que el caso estaba en el Ejército y no en la justicia ordinaria. Cielo ha tenido que enfrentar diversos atropellos por parte de la justicia. Desde un principio no le dieron el registro de defunción de su hijo, sino el acta de defunción. Incluso en la Fiscalía le decían que ella no era víctima y hasta el día de hoy no la han registrado como tal. Ya van 3 años desde que se está luchando por eso.

Actualmente, pese a que el caso ya pasó a la justicia ordinaria, como todos estos casos pasaron de la Fiscalía a la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). Sin embargo, los trámites no han trascendido como lo esperan. Cielo pide justicia. Cielo pide que se respete la memoria de su hijo. Cielo pide que limpien el nombre de su hijo.

“SU MISIÓN ERA TRAER A SU HERMANO”

Un par de años antes de la desaparición del hijo de Cielo, Margarita Padilla y Rubén Darío Villa, padres de un núcleo familiar víctima de 2 hechos victimizantes del conflicto armado, pasaron por la misma desesperación en su barrio Urbanización Moderna en Barranquilla. El día 7 de febrero de 2006, su hijo Darío José, de 19 años, fue víctima de desaparición forzada y 1 año después, el 19 de noviembre de 2007, otro de sus hijos, Rubén Junior, de 22 años, fue secuestrado y luego ejecutado extrajudicialmente.

Aquel 7 de febrero, Darío, quien trabajaba manejando un bicicoche, pasó por su casa a entregarle a su padre un dinero como lo hacía diariamente. Tras dejarle el encargo a su papá, se marchó para continuar laborando y desde entonces no se ha vuelto a saber de él. Al ver que su hijo no aparecía, inmediatamente interpusieron una denuncia ante el CTI de la Fiscalía, frente a la cual no han tenido respuesta alguna.

Ante la desaparición de su hijo, Rubén sospecha de un señor al que le decían “el Viejo”. Sospecha de él porque trabajaba con su esposa y, cuando su hijo desapareció, fue donde él averiguando por Darío. Ellos le decían que tenían días sin verlo. Su sospecha se funda en que su hijo iba todos los días a entregar la tarifa allá. De hecho, una vecina lo vio el día que desapareció tomando esa vía.

A pesar de la sospecha, de la búsqueda y de la denuncia interpuesta, ya han pasado 15 años desde que perdieron el rastro de su hijo. Esta pareja tenía 9 hijos. Indudablemente la desaparición de Darío impactó a sus hermanos, quizás más de lo que hubieran esperado. Uno de ellos, Jorge Luis, empezó a tomar alcohol en grandes cantidades. Y Rubén Junior se decidió a hacer todo lo posible para traer de regreso a su hermano. A razón de ese deseo, sus padres sospechan que quienes se lo llevaron debieron haberle prometido ayuda o información sobre el paradero de Darío.

Rubén recuerda cómo su hijo le decía que tenía que traer a su hermano, esa era su misión. Rubén Junior había prestado recientemente el servicio militar y trabajaba en una ebanistería. El día que desapareció era la mañana siguiente a un quinceañero de la cuadra. Su padre, el señor Rubén, había amanecido con algunos amigos y su hijo Junior lo acompañó esa mañana en el agasajo. Al dejar el lugar fue la última vez que sus padres lo vieron. Solo volvieron a saber de él al año siguiente cuando hallaron su cuerpo.

Se enteraron del hallazgo del cuerpo en primera instancia a través de una vecina, quien oyó la información en la emisora Minuto de Dios. Enseguida se dirigieron a la emisora y ahí les dijeron que la persona encargada de esa noticia no estaba ahí. Luego fueron al CTI a averiguar. Estando allí, el CTI les dijo que eso no podía haber sido de esa forma porque ellos tenían carta difundida en todos los departamentos y no habían recibido información.

Pocos días después, en el periódico *Q'hubo* vieron un anuncio: "Familia de Rubén Junior Villa Padilla favor presentarse a Medicina Legal en Barranquilla". Rubén se dirigió a averiguar y ahí les dijeron que Rubén Junior había sido asesinado en Plato, Magdalena. No le dieron más información y le dijeron que si quería más aclaraciones, debía dirigirse al mismo Plato.

Ya había transcurrido 1 año de su muerte. Rubén y Margarita no contaban con dinero suficiente en el momento y solo pudieron viajar a Plato a los 2 o 3 meses. Estando allá, en Medicina Legal les dijeron que su hijo había muerto en combate y que, como el suyo, había más casos allí. Además de las vagas respuestas, en ese viaje a Plato pudieron obtener la foto del cuerpo de su hijo.

De regreso en Barranquilla, Rubén se dirigió al CTI buscando respuestas y justicia ante lo que le pasó a su hijo, pero le dijeron que ya su caso estaba cerrado porque lo habían encontrado. Le comunicaron que en el piso de abajo se encontraba Martha Díaz, quien tenía un caso similar, y le sugirieron que hablara con ella. Fue así como en 2008 se conoció con Martha. De hecho, esta pareja hace parte de los fundadores de AFUSODO. El inicio de la organización fue difícil, ya que contaban con muy poco respaldo. Solo tuvieron el apoyo de pocos, como el Comité de Solidaridad con los Presos Políticos (CSPP).

La odisea para Margarita y Rubén no terminó con saber el paradero de su hijo. La entrega de su cuerpo constituyó todo un camino de hostilidades. En primera instancia en el batallón les entregaron un documento que nada les resultó útil para la entrega del cuerpo. Fue gracias a Alfonso, un joven de la

organización Infancia Feliz en Plato, Magdalena, que pudieron adelantar los trámites necesarios en Medicina Legal para tal fin.

Sin embargo, al momento de la exhumación, sacaron un cuerpo que no correspondía al de Rubén Junior. Su padre se dio cuenta inmediatamente. Su hijo era un muchacho rubio. El cuerpo que le mostraban no era así. Por supuesto, enseguida realizó la correspondiente reclamación y el médico responsable le dio la razón. Tuvieron que pasar 4 años, hasta el 11 de septiembre de 2011, para que les entregaran los restos de su hijo.

Tras este acontecimiento, decidieron celebrar una eucaristía en conjunto para 5 personas, cuyos restos fueron entregados por esa fecha. Sin embargo, un hecho inesperado ocurrió ante la eucaristía. El GAULA, presuntamente, había amenazado por teléfono contra el sacerdote para que no se llevara a cabo la ceremonia. Como consecuencia, este se negó a celebrarla. La presión ejercida por parte de las familias afectadas fue tal que, apoyada por la Policía Metropolitana de Barranquilla y los medios, la ceremonia se llevó a cabo. El respaldo tuvo tanta magnitud que en la procesión se vieron escoltados por una cadena de honor realizada por los policías.

Los avances han sido muy pocos. Al ser asumido su caso por la JEP, la Fiscalía no ha dado continuidad a las investigaciones correspondientes a pesar de las sentencias proferidas. Su caso continúa impune. En las audiencias citadas por la JEP, la inasistencia de los comparecientes y de los abogados son una constante. Así se ha dilatado su proceso. Por la vía de la justicia ordinaria tampoco han tenido resultados. Pese a los derechos de petición y denuncias, los presuntos responsables fueron liberados por vencimiento de términos.

Con el caso de Rubén, dicen estar decididos a seguir haciendo ruido sin importar las consecuencias. Estos padres desean que haya justicia, que se sepa la verdad del asesinato de su hijo Rubén y que Darío aparezca, vivo o muerto, pero que aparezca. La lucha continúa vigente.

LA LUCHA SIGUE VIGENTE

Curramba, la bella, ha sido testigo de decenas de carnavales, pero también de decenas de desapariciones en las calles de sus barrios más vulnerables. Decenas de jóvenes salieron de sus casas con la promesa de oportunidades

laborales, jamás regresaron. 5 fueron las historias aquí mencionadas. 5, una cifra. Detrás de cada dígito hay una historia, un nombre, una familia. Pedro Rafael Morales Rodríguez, David Bustamante Guerrero, Juan Carlos Vallejo Ortega, Darío José Villa Padilla y Rubén Junior Villa Padilla, cada uno con un proyecto de vida, un hogar. No son solo cifras, son vidas.

Estas familias guardan la esperanza de algún día ver justicia frente al caso de sus hijos. Dicha justicia empieza por reconocer las ejecuciones extrajudiciales como una política de Estado. Sus derechos como víctimas no son negociables y el punto 5 de los acuerdos de paz los ubican como eje central. Estas familias, unidas en un solo dolor, continúan en pie de lucha. La lucha por la justicia sigue vigente.



Violeta Ferrer Vanegas

Estudiante de quinto semestre del programa de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Tecnológica de Bolívar, Cartagena (2021).

Luisa Fernanda Guerra Carrera

Analista de la Territorial Atlántico, norte de Bolívar y San Andrés de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad.



BETTY GARCÍA: LAS CICATRICES INCURABLES DE LA DESAPARICIÓN FORZADA

Por Álvaro Ortiz y Rafael Pabón

Desde niña, esta barranquillera tuvo que vivir los rigores de un Estado disfuncional y de la falta de apoyo familiar. Cuando encontró un lugar en el que sentirse en paz, los paramilitares le arrebataron a su hijo.

“¡César!, ¡Diego!”, era lo que Betty Isabel García Barreto gritaba afanosamente el lunes 30 de noviembre de 2001. Estaba en una loma cercana a la finca en Ponedera, Atlántico, donde se suponía que debían estar su esposo, César Augusto Barrios De la Rosa, y su hijo, Diego Armando, de 15 años. Ambos completaban 2 días desaparecidos, sin embargo, Betty conservaba la esperanza de que le contestaran del otro lado. Nadie lo hizo.

Betty no quería darse por vencida, gritaba una y otra vez, cada vez con mayor frustración, queriendo obtener alguna respuesta, pero sus familiares no parecían estar ahí. Quien sí apareció fue un pescador que llevaba varios días en su faena; él le dijo que en esa finca no había nadie, pero que le prestaba su canoa para que se acercara.

“Ahí no había nada. Su comida estaba intacta tal cual como yo se la había mandado”, comenta Betty al recordar las escenas de esa fecha. No pudo encontrar rastro alguno de su marido ni de su hijo, solo sus efectos personales. Aparte de la comida, en un rincón de la finca estaban las botas de su esposo, las chanclas de su hijo y todas las demás cosas que se habían llevado.

Las preguntas crecían, mientras también lo hacía la intranquilidad, ¿por qué desaparecieron César y Diego?, ¿por qué?...

“UNA NIÑEZ MUY FEA...”

Betty, nacida en Barranquilla en el año 1965, en el barrio Galán, sabía desde pequeña lo que era ver a un familiar cercano desaparecer. Su hermano mayor, Pedro “Pelly” García Barreto, murió a los 13 años, producto de las repetidas convulsiones que sufrió luego de tener una caída. Sin embargo, en aquella ocasión al menos supo lo que había pasado, con César y Diego la vida no le daba ni el beneficio de la certeza.

“Yo viví una niñez muy fea”, esa certeza la vida sí se había dignado a dejársela bien clara. A los 10 años, sus padres y ella se fueron a Caracas, Venezuela, para intentar huirle a la pobreza, pero sus esfuerzos fueron fútiles. Apenas a los 12 años, Betty tuvo que volver a despedirse de otro familiar: su madre, quien murió de una enfermedad estomacal. Betty quedaba al cuidado de su papá.

Pero su papá era adicto a las drogas y el alcohol, y muy pronto empezó a inducirla a ella a consumir: “Mi papá me daba droga, me emborrachaba”. A los 13 años, en medio del trance de las sustancias psicoactivas, su padre abusó sexualmente de ella y esto se volvió un hecho recurrente. Betty se convirtió en una adicta a las drogas y su papá en su abusador.

Sin haber cumplido la mayoría de edad, el mundo ya le había fallado completamente. Le falló la red de seguridad del Estado, ineficiente o de pleno inexistente, que no le aseguró ni una tercera parte de la calidad de vida mínima que todo ser humano merece al momento de llegar a este mundo. Y le falló la red de seguridad familiar con la que tantos colombianos intentan suplir lo que el Estado no garantiza. Betty es el retrato encarnado del fracaso de Colombia como nación, la corrupción, el clientelismo, las malas decisiones políticas, la desigualdad, que tienen consecuencias en individuos reales, con sufrimientos reales.

Ya tiempo después, como adulta, mientras buscaba a su esposo y su hijo por todas partes en Ponedera, el mismo fracaso del Estado colombiano se le apoyaba sobre el hombro, ahora en otra de sus facetas: la del conflicto armado interno, esa guerra civil sempiterna que jamás se apaga en el país. “¿No has visto a César?”, preguntaba a todos los pescadores que venían de la ciénaga El Uvero, pero solo recibía negativas. Quizá porque de verdad no lo habían visto, quizá porque era probable que los paramilitares lo hubieran desaparecido...

EL SECRETO DE CÉSAR

Betty conoció a César Augusto Barrios De la Rosa mientras ella vendía pescados, poco después de separarse de su primer esposo, quien la maltrataba físicamente y con el que tuvo 4 hijos: Diego Armando, John Jairo, Rubén Darío e Iván David. “César me planteó algo bueno”, cuenta Betty sobre su segundo esposo. Se la llevó al Guáimaro, corregimiento de Salamina, Magdalena, y se encargó de cuidar a sus hijos, mientras juntos cultivaban verduras.

Lo que Betty no sabía era que a César Augusto lo buscaban las autodefensas, porque él era el líder de un grupo de personas reclamantes de unos terrenos baldíos en el mismo corregimiento en que estaban residiendo. De hecho, a su anterior esposa la habían asesinado 4 años antes de que la conociera a ella...

En 2001 en Salamina, y gran parte del Magdalena, las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) ejercían control territorial en la zona en la que César vivía, a través del Bloque Norte. Apenas 1 año antes, en mayo de 2000, habían asesinado a varios pescadores y campesinos precisamente en Salamina, para amedrentarlos y poder despojarlos de sus tierras, tierras como las que el compañero de Betty reclamaba. No eran tiempos seguros para perseguir justicia y la violencia estaba a la orden del día. Sobre todo en una zona en la que, incluso antes de que los paramilitares se consolidaran, el desplazamiento de campesinos era una práctica habitual que, entre otras cosas, había llevado a la deforestación progresiva del piedemonte magdalenense.

Betty tardó 4 meses en enterarse de la situación en la que estaba metido su compañero. Se enteró cuando ya vivían juntos, por medio de los comentarios de personas cercanas. Quizá César era un buen hombre, quizá no era su culpa, sino la de un país sin justicia, quizá... pero el miedo ante la situación que se gestaba en el Magdalena pudo más y Betty decidió devolverse a Ponedera sin decirle nada. Aun así, su segundo compañero quiso poder más que lo malo, y por amor decidió ir a buscarla 15 días más tarde. “Él no me quería dejar, me quería mucho”.

Decidieron que seguirían juntos, pero en Ponedera, ya no en Guáimaro, donde los paramilitares acechaban. Allí, César empezó a trabajar la tierra en inmediaciones de la ciénaga El Uvero, sembraba yuca y maíz, y por las noches pescaba con ayuda de Diego Armando, el hijo de Betty. Uno de esos

días en que César araba la tierra, Filadelfo Daza, un hombre que trabajaba en una de las fincas cercanas, le dijo que “le diera su hoja de vida para darle un trabajo fijo”. El esposo de Betty, e incluso ella misma, mandaron los papeles ilusionados.

César empezó a laborar en la finca en la que trabajaba Filadelfo, pero a Betty algo no le terminaba de convencer. “En esa finca había mucha gente armada”, recuerda, sin embargo, no le dio mayor importancia porque, como ella misma dice: “El que nada debe, nada teme”. César siempre le dijo que Filadelfo era buena gente, que ellos hablaban, tratando de tranquilizarla por el miedo que le infundían los hombres armados en la finca.

El problema es que Ponedera no estaba muy lejos de Salamina, por el contrario, si se trazara una línea recta entre ambas poblaciones, la distancia sería de escasos 15 kilómetros. Aunque la presencia paramilitar en el Atlántico no llegó a ejercer los niveles de control territorial que sí ejerció en el Magdalena, donde prácticamente reemplazó al Estado, lo cierto es que esta población ribereña no ofrecía las condiciones adecuadas para escapar al influjo de las autodefensas, que establecieron pactos y alianzas con parte de la clase política del departamento atlanticense.

Así llegó el 28 de noviembre de 2001, 2 días antes de la búsqueda desesperada por toda Ponedera que recuerda con tristeza. César y Diego Armando fueron a llevarle un mercado a Filadelfo para que tuviera algo con que alimentarse, debían regresar ese sábado, pero no aparecieron. A César y Diego se los había tragado la tierra.

Cuando desaparecieron, Filadelfo le facilitó a la policía unos caballos para que los buscaran porque a donde iban el terreno empantanado no permitía motos ni carros. Sin embargo, como Betty asegura, “la policía no hizo el intento. Ellos no buscaron, la que busqué fui yo. Yo fui la que se metió al agua, al monte”. Se apersonó de la búsqueda, pero resultaba infructuosa porque parecía que, entre más tiempo duraban desaparecidos, también desaparecían con ellos sus recuerdos en la memoria de la gente.

El 2 de diciembre de 2001, 4 días después de su desaparición, el cuerpo de César Barrios fue encontrado en las inmediaciones del municipio de Sabanagrande, a 19 kilómetros de Ponedera. La desesperación que embargaba a Betty García empezó a transmutarse en luto, pero a medias: aunque debía manejar el dolor de que su pareja estuviera muerta, de Diego Armando no sabía nada.

UNA HERIDA QUE NO CIERRA

Hoy, 20 años después de que Diego llevara el mercado a la finca donde trabajaba Filadelfo Daza, Betty sigue sin saber nada. Han sido 20 años en los que la nostalgia mantiene viva la esperanza de que algún día Diego Armando atraviese la puerta de su casa y diga: “Mami, aquí estoy”. No se ha detenido en su lucha incansable por dar con su hijo. Frecuenta los sitios por donde su hijo andaba y pregunta de vez en cuando si hay noticias de su paradero, pero la respuesta no cambia. “Nadie dice nada”, asegura. A veces hay rumores de que está vivo, de que se lo llevaron; otras, de que está muerto. Eso solo la atormenta más, no saber qué hacer o a quién creerle.

Durante estos años, aun sin algún indicio de dónde puede estar su hijo, ha acudido a la Fiscalía, a la Cruz Roja, a la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), a la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad (CEV), a medios de comunicación, siempre denunciando la desaparición de su ser querido y haciendo preguntas para las que no hay respuestas. “Mi vida no va a descansar hasta que yo no sepa de mi muchacho”, sostiene.

Desde 2018 hace parte del Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice), donde ha recibido apoyo sicosocial, un poco de alivio para intentar lidiar con tantos años de sufrimiento. “He sido una mujer fuerte, luchadora”, asegura Betty con la serenidad de quien señala un hecho evidente.

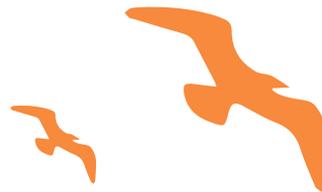
“El pecado más grande es no saber dónde está, qué lo hicieron, si está vivo, si está muerto, si está amarrado, si está amenazado”. La desaparición forzada, quizá como ningún otro hecho victimizante del conflicto armado, se agarra con fuerza al alma de sus víctimas y no las deja descansar. La esperanza de volver a ver al ser querido de nuevo, por pequeña que sea, atraviesa el corazón de lado a lado y se queda clavada, impidiendo cualquier proceso de clausura.

Para sobrevivir, Betty acude a sus otros hijos, que la ayudan. Algunas veces, también ella recoge yuca, maíz o cualquier cosa en la que pueda ganar algo de dinero. En su modesta casa, hecha en retazos de madera, a veces pinta jarrones de barro, teje mochilas o hace artesanías en calabazo como forma de desahogo de sus pesares. “Tratando de olvidar, pero uno no olvida nunca”.

Solo ruega una cosa: “Yo quiero que ellos se pongan la mano en el corazón y digan dónde está, por qué lo hicieron, por qué actuaron de esa

forma”. Betty no se logra explicar para qué querían a su hijo, que tan solo tenía 15 años, si al que buscaban los paramilitares era a César. “No veo justo que a ese niño no lo hayan dejado conocer la vida”, y tiene razón.

Aunque el mundo le ha fallado, en su soledad humilde ella guarda, junto al hueco que la esperanza le dejó en el alma, la dignidad invaluable de nunca haber hecho daño a nadie. Que es más de lo que muchos en este país podrán decir de sí mismos cuando se vayan. Que es suficiente para que su hijo, donde sea que su alma hoy se encuentre, se pueda sentir orgulloso de quien intentó cuidarlo, pero no pudo, no por falta de ganas, sino de oportunidades.



Álvaro Ortiz
*Estudiante de Comunicación Social de la
Universidad Autónoma del Caribe, Barranquilla.*

Rafael Pabón
*Docente del programa de Comunicación Social de
la Universidad Autónoma del Caribe, Barranquilla.*



EL FIN DEL SILENCIO: LA HISTORIA DE ESTEBANA ROA

Por Laura Llanos Rivera

Durante más de 2 décadas, esta líder social, nacida en Necoclí, Antioquia, calló su historia de violencia sexual en medio del conflicto. Hoy en día, contar su experiencia la ha llenado de fuerza para evitar que otras mujeres pasen por algo similar.

A orillas del mar Caribe, entre 14 volcanes de lodo, se encuentra Necoclí, un municipio de Antioquia en el que, en 1958, nació Estebana Roa. A través de su lucha de vida personal, Estebana se convirtió, 30 años después, en la defensora de muchas otras mujeres víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado en Colombia.

Mujer de ojos café, cabello oscuro, autorreconocida como negra y llena de sueños. A los 3 meses de edad fue llevada a Acandí, Chocó, a vivir con su abuela, allí experimentó la indolencia del mundo. En su colegio sufría acoso escolar por ser de bajos recursos y querer participar en iniciativas extracurriculares. Producto de ello, fue rechazada tanto por profesores como por alumnos. “Yo iba al colegio y era una de las niñas que más humilde se vestía, y por eso las otras compañeras me hacían mucho *bullying*, recuerdo que me decían mojón de puerco, porque era negra”, relata Estebana al recordar que su abuela, muchas veces, no tenía para comprarle zapatos o el uniforme. Sin embargo, ella insistía en hacerse sentir y que su nombre fuera recordado, así se dio cuenta de que le gustaba el liderazgo.

Además de su difícil situación en el colegio, Estebana también sufrió maltratos en su hogar, todo este dolor combinado que vivió a lo largo de su infancia la hizo querer huir de ella y a los 16 años decidió irse a Apartadó.

Pero no lo hizo sola, se fue acompañada de la persona con la que compartía una relación en esos momentos, un joven con el que acababa de tener a su primer hijo. Esa relación, como muchas otras en su vida, no duró mucho, pues de él también recibió maltratos que la llevarían a tomar la decisión de dejarlo.

El mundo que conoció a su llegada al municipio del Urabá antioqueño —inicios de la década de los 80— era más bien apacible, como la calma antes de la tormenta. En aquel momento los grupos paramilitares de extrema derecha no habían surgido en la forma que, más tarde, catalizaría mucho la violencia en Colombia a finales de la década de los 90. Hacían acto de presencia las guerrillas comunistas, FARC y EPL, sin embargo, no enfrentaban una competencia armada significativa, por lo que la violencia no alcanzaba niveles de alta intensidad.

Como Estebana misma recuerda, en aquellos momentos, por ejemplo, no había limitaciones para salir por las noches —algo que se volvería típico del control insurgente más adelante—. Los guerrilleros proporcionaban el sistema de justicia ahí donde el Estado no alcanzaba a llegar. Eso sí, cada 6 meses, más o menos, estos grupos hacían “limpiezas sociales” en las que ajusticiaban a los criminales y bandidos, ya que había muchos robos en la zona.

Estaba a la orden del día la manipulación política como mecanismo para ejercer presión ante el Gobierno. “Una vez hubo una manifestación muy grande en Urabá, que salimos hasta Apartadó a protestar. El Ejército se enfrentó con los de la protesta y mataron a varias personas”, relata esta lideresa. Las razones eran claras, por esa época las guerrillas negociaban un cese al fuego con el Gobierno de Belisario Betancur, que se concretaría en los llamados Acuerdos de La Uribe en 1984, los cuales terminaron fracasando, entre otras cosas, por el genocidio de la Unión Patriótica.

A la par que el país seguía su rumbo, en una espiral de conflicto interminable, también seguía Estebana recorriendo los caminos de su vida. Como diría el nobel de literatura Elías Canetti: “Nadie conoce toda la amargura de lo que aguarda en el futuro. Y si de pronto apareciera como en un sueño, lo negaríamos apartando los ojos de ella. A esto le llamamos esperanza”. La lideresa tuvo 5 hijos con 5 hombres diferentes, a todos se acercó con esperanzas que al final se derrumbaron.

Muchos años siguió en Apartadó trabajando en las fincas bananeras que han sido tan importantes históricamente para la economía del Urabá. Las guerrillas eran la ley y el orden, y, como ella misma dice, “yo vivía

intranquila, porque siempre estaba sobresaltada, uno no sabía en qué momento lo podían parar”, recuerda Estebana sobre aquellos años.

Lo cierto es que los grupos armados irregulares recorrían la zona desde muy temprano en la historia del conflicto armado, ya por la década de los 70. Hay que entender que el Urabá es una zona de especial importancia estratégica para los grupos armados irregulares. Su geografía accidentada y selvática es especialmente idónea para permitir el desarrollo de las actividades típicas de las guerras irregulares como la que ha vivido Colombia. En sus densos parajes los insurgentes encuentran cobijo, que es facilitado por la histórica ausencia estatal.

La salida al mar es, en todo caso, uno de los principales puntos responsables de la histórica y trágica relación del Urabá con la guerra. A esta salida, que da tanto al Pacífico como al Atlántico, en una zona tan difícil de controlar como lo es la frontera con Panamá, la han convertido en, prácticamente, una parada obligada para la salida de la droga del país hacia otros destinos. Finalmente, el eje bananero y la abundancia ganadera fueron, sobre todo al inicio del conflicto armado, una rica fuente de ingresos para los grupos armados, que se enriquecieron a través de la extorsión y del secuestro.

Precisamente, todo esto, en conjunto, entró en juego a finales de los 80, cuando el modelo paramilitar empezó a consolidarse, auspiciado por la bonanza del narcotráfico. En el Urabá, la Unión Patriótica había sido una fuerza política extremadamente fuerte que, de la mano con los movimientos sindicales y campesinos de la zona, planteaba una alternativa electoral importante para ocupar los nuevos cargos locales de elección popular que se estrenaron en la vida democrática del país con el Acto Legislativo 1 de 1986.

Entonces sería esta región, incluido el municipio de Apartadó, donde Estebana vivía, una de las que más fuerte sentirían la arremetida de las autodefensas en su afán por arrebatar el control territorial a las guerrillas. En 1990, un miércoles cualquiera del mes de noviembre, Estebana se encontraba repartiendo volantes en el sector, con el fin de poder formar un sindicato para velar por los derechos de las mujeres, como parte de las labores de liderazgo social que tanto le apasionaban. En ese momento, sin embargo, paramilitares armados tomaron un “chivero” en el que iba junto a 3 personas más. Los hombres los bajaron a todos y los llevaron a una finca, allí, sin miramientos, abusaron sexualmente de ella y de otra mujer que

también había sido llevada al lugar. “Me partieron la cara, tengo una cicatriz en mi nariz... y fui amenazada”.

En medio de sangre, lágrimas y desesperación, subió en un carro que la llevó a un centro médico cercano. Las amenazas y el temor no le permitieron contar lo sucedido y maquilló la violación en forma de asalto. Desde allí su sonrisa y su voz fueron apagadas. Tristemente, nadie conoce el dolor ajeno, sería imposible expresar la magnitud que un hecho como este tiene en la vida de una persona. Solo quien lo vive es capaz de comprender la situación y el dolor que dentro del cuerpo agobia.

Ese mismo año, 4 paramilitares llegaron a buscarla a la finca bananera donde trabajaba, pero fue advertida por sus compañeros con anticipación, por lo que huyó de ese lugar hacia otra finca, donde se encontró con sus hijos. Estebana subió al primer camión de bananos que iba saliendo del pueblo, rumbo a Cartagena, no por alguna razón en particular, sino por azar, el mismo que le impuso la pesada carga de haber sido ultrajada, sufrir el conflicto y tener que dejar atrás todo lo que conocía. “Esos hombres que me habían ido a buscar eran los mismos que me violaron”, cuenta Estebana en medio de suspiros y temor al recordar lo sucedido.

Desplazada por la violencia, llegó a Cartagena con sus hijos a una dirección que le dio un amigo en Urabá. Tenía solo 5000 pesos que le regaló el conductor del camión en el que iba. Llegó donde Agustina, la abuela del conocido que le había dado la dirección, quien la recibió en su casa por un tiempo, un lugar totalmente desconocido para ella.

Durante sus días en aquella vivienda tuvo que enfrentar muchas dificultades, pero, sin duda, los días marcados por la sombra del hambre son lo que más recuerda. El problema no era tanto el hambre que debilitaba su cuerpo, exasperante de por sí, sino el que invadía el cuerpo de sus hijos y que no podía combatir. Es la realidad de los desplazados, compartida por tantos colombianos y, paradójicamente, entendida por muy pocos.

Al mes de estar allí no soportó más las situaciones que estaba llevando, pues el fantasma de la violación corría sin cesar detrás de ella, alcanzando su presente y causando estragos en su futuro. Por esto decidió marcharse. En busca de empleo, una de las hijas de Agustina, quien era dueña de un prostíbulo, le ofreció trabajo a cambio de alimento. Ese momento fue el inicio de su vida en la prostitución.

“Yo sabía a lo que iba, sabía que me iba a prostituir”, expresa Estebana con ironía. Lo que comenzó por el ultraje a su cuerpo terminó llevándola a tener que vivir de venderlo.

No es que ya no le importara nada, por el contrario, como ella misma dice: “Yo les cobraba a los hombres, pero yo no quería estar con ellos”. Sin embargo, por sacar a sus hijos adelante, enfrentaba una dinámica en la que, lamentablemente, estaba siendo revictimizada.

Su paso por aquel lugar duró menos de lo pensado, pues Estebana sentía vivir un calvario. A pocos días de estar allí, tuvo una fuerte discusión con la propietaria, quien, en estado de embriaguez, le reclamó un dinero que ella ya había entregado. Por esta razón, tuvo que abandonar con sus hijos aquel sitio a altas horas de la madrugada y sin dinero para poder conseguir un espacio en el que dormir. Al final, un hombre que estaba bebiendo le regaló una noche en un motel en frente del prostíbulo.

Ese no sería el fin de su vida en la prostitución. Lina, una mujer que había trabajado con ella en el prostíbulo del que tuvo que salir corriendo, le ofreció vivienda por un tiempo y, de paso, llevarla al bar donde trabajaba para que la contrataran. Sin embargo, en ese lugar se reencontró con el viejo racismo que ya había conocido cuando estaba en el colegio. El dueño de aquel lugar le dijo: “Estás buena, pero nosotros solo trabajamos con una negra y ya la tenemos”. “Yo me quedé en las calles, prostituyéndome, pasando trabajo con mis hijos”, cuenta Estebana.

Su vida en Cartagena significó profundos cambios. Drogas, prostitución e incluso una nueva vida. Quedó embarazada, un embarazo producto de su trabajo... un acontecimiento inesperado. Así, trajo a un pequeño más a este mundo. No obstante, Estebana es enfática al decir que este hecho, que para algunas personas podría parecer un castigo, fue para ella una luz en medio de la penumbra.

En el año 1994 Estebana decidió regresar a Acandí, el pueblo que la vio crecer; no obstante, la angustia e incertidumbre que sentía luego de su experiencia traumática la persiguieron allá también. Durante años se cuestionó su forma de vestir, se reprochaba una y otra vez si la culpa había sido de ella. Dejó de vestirse como hubiera querido, porque temía que le hicieran daño; el miedo que dominaba su cuerpo y mente era tan grande que no le permitía salir a las calles con tranquilidad. “No podíamos ver carros paralizados, porque creíamos que nos iban a disparar. Vivíamos con muchas

zozobras”, relata. Pero ese miedo poco a poco fue saliendo de su cuerpo, pues luego de un largo proceso de sanación logró vencer los fantasmas que durante años la persiguieron y recuperar el control de su vida. No hay mal que dure 100 años.

En medio de tales sensaciones regresó a Cartagena, con la intención de dejar esa vida en el pasado de una vez por todas. Así, en 1998 tomó la decisión de alejarse de la prostitución para siempre y comenzar a administrar una cantina que habían dejado a su disposición.

Algo le quedó claro de toda su experiencia: jamás permitiría que otras mujeres pasaran por lo mismo que ella, por esto, en 2005 se unió a la Liga de Mujeres Desplazadas, donde hizo un diplomado en Misión Política. En ese momento comenzó a involucrarse en talleres y organizaciones en busca de orientación y de los testimonios de muchas mujeres. Empezó a sentir la necesidad de hablar, se acercó a una de las líderes de la Liga a contarle su vida y fue ella quien la impulsó a denunciar su experiencia de desplazamiento forzado ante la Defensoría del Pueblo en 2013.

Sin embargo, había un secreto que seguía silenciado: Estebana jamás le contó a nadie su experiencia de violencia sexual. Entonces se cruzó en su vida la Asociación Santa Rita para la Educación y Promoción (FUNSAREP), que le brindó ayuda para resistir y salir adelante, así, decidió denunciar la violencia sexual. En total fueron 24 largos años, 24 años en los que fue silenciada, amenazada, despojada de sus raíces y cultura. Tuvieron que pasar más de 2 décadas para que decidiera hablar y contar su historia.

Después de atreverse a denunciar, vinieron muchas labores de liderazgo en las que Estebana participó de manera activa. Especialmente relevante fue el debate en el Congreso, en el que, junto con otras mujeres, fue pionera en el Auto 009 de 2015, con exactitud en el anexo reservado, donde se priorizó y favoreció a las víctimas de violencia sexual. Además, ayudó a iniciar la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales. Todo con el fin de prepararse y poder convertirse en la mujer que es hoy en día.

“En Cartagena tenemos 5 colegios donde hacemos taller de prevención contra la violencia sexual y, junto con los estudiantes, ayudamos a jóvenes a usar su voz para ayudar a quienes lo necesiten”, relata Estebana, quien asegura que nunca se imaginó que llegaría a ser la presidenta y representante legal de la Red de Mujeres Víctimas, cargos que tiene en la actualidad.

Sin duda alguna, la violación marcó su vida y le dio un giro de 180 grados, pero nunca tan grande como el dolor de perder a sus hijos. “Cuando uno sabe que sus hijos son buenos, que los quiere la gente, uno nunca espera que te los puedan matar, eso es como que le arrancaran las entrañas a uno”, recuerda Estebana con aflicción, pues, hacia 1993, a su segundo hijo lo mataron en la empresa en la que trabajaba. “Mi hijo no murió, a mi hijo me lo mataron. Él tenía un tiro del lado derecho y él era izquierdo”. Así mismo, en 1998 murió su hijo mayor, mientras prestaba el servicio militar.

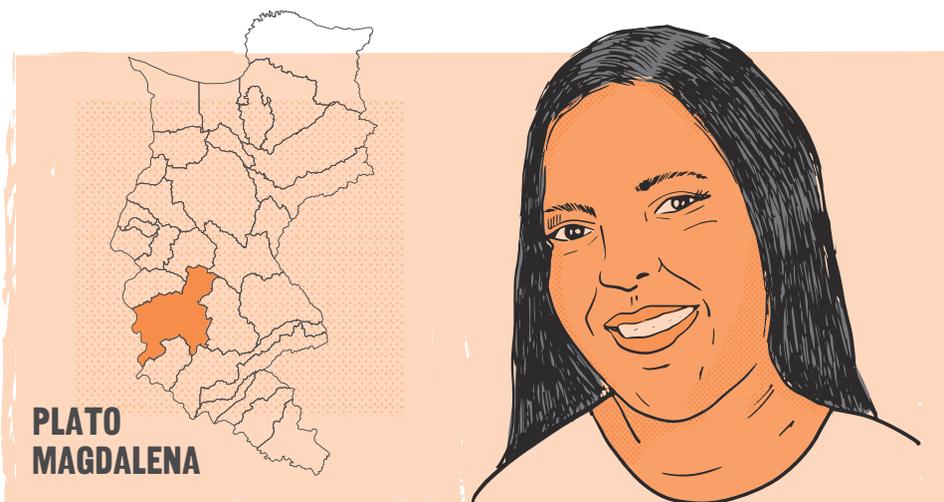
Estebana es digna de admiración, es una mujer que nunca ha renegado de lo que es, siempre ha dejado en alto sus raíces y trabaja día a día por llevar un mensaje a las mujeres de esta sociedad: “Hay que apoyar a las personas víctimas, ya que no es justo que por hacer lo que le toca al Gobierno las estén matando y amenazando”. Estebana guarda la esperanza de vivir en un país donde no haya guerra y donde no los metan en el juego sucio de la politiquería.

“Yo me metí a la prostitución, a la drogadicción, tomaba demasiado, peleaba con todo el mundo. No podía permitir que otras mujeres que han pasado por el mismo hecho llegaran a la misma escala que yo llegué”, dice Estebana con fuerza en la voz, asegurando que ya no le da vergüenza contar su historia. “Antes sentía mucha pena de decir que me habían violado, pero ahora a donde voy y donde me paro digo: ‘Soy víctima de violencia sexual’”, cuenta con orgullo.

Su mensaje para todas las mujeres es claro: “No se queden calladas, porque el silencio hace daño, hay que hablar para poder liberarse y perdonar. De esa forma te estás perdonando y así estás sanando”. Cuando decidió romper su silencio, Estebana liberó su alma, un alma cautiva durante más de 24 años.



Laura Llanos Rivera
*Estudiante de Comunicación Social de la
Universidad Autónoma del Caribe, Barranquilla.*



SADITH ROMERO: LA VOZ DE LAS SILENCIADAS

Por: Karolain Caballero

Esta magdalenense sobrevivió a uno de los episodios más difíciles de contar de la historia de Colombia: la violencia sexual en el marco del conflicto armado. Como ella, se calcula que hay otras más de 15.000 víctimas en el país, quienes luchan por transformar su historia en una narración de resiliencia.

Cuando Sadith Romero Saumeth fue violada por paramilitares su vida se detuvo. “Ellos entraron, amarraron a mi tío y nos llevaron a todas. Nos pusieron capucha y nos llevaron. Nos tuvieron allá como por tres/cuatro días y allá fue donde hicieron con nosotras lo que quisieron”, Sadith arroja las palabras mirando al vacío. Son hechos tan horrorosos que al cerrar sus ojos los sigue viendo; una parte de ella aún agoniza en aquella selva oscura. De alguna manera, el fantasma de la violación la persigue desde entonces.

Magdalenense, nacida y criada en Plato, es una mujer ‘berraca’ y humilde, de esas personas que proyectan tanta bondad que resulta inimaginable querer herirlas. Hay una ambivalencia en su rostro, además, que resulta difícil pasar por alto, mientras su piel morena muestra la tez de una mujer joven de 41 años, sus ojos parecen haber vivido más de un siglo. Un par de ojos negros e infinitos, como el agua de un pozo, enmarcados por la piel ajada por las huellas de un sufrimiento imborrable.

Veinte años atrás, en abril de 2001, Sadith era administradora de un establecimiento de venta de comidas, bebidas y licores a la orilla de la carretera en Plato. Era un quiosco al aire libre hecho en madera y palma, sin suelo, un espacio con aire campestre fuera del pueblo al que muchos habitantes de Plato se referían, simplemente, como “allá”.

“Era un sitio que lo frecuentaban mucho los paramilitares. Un día llegó la persona que hizo lo que hizo conmigo y con mis primas. Él se empecinó

en mí”, narra Sadith. El pueblo donde Sadith vivía tenía de todo, menos memoria. No hubo un antes y un después de los paramilitares, pues parecía que hubiesen estado allí desde siempre, que hubiesen nacido con el lugar. Algunos días ocultos en las sombras de las Marías, y otras noches en las carreteras matando gente. Si alguna vez fue diferente, hoy nadie vive para contarlo.

Uno de ellos, cuyo físico aún sigue distorsionado en su mente, llegaba todos los días al estanco y la acosaba. La invitaba a salir, le enviaba regalos con las compañeras de Sadith que también trabajaban en el lugar, le expresaba constantemente su deseo por ella de manera morbosa, pero Sadith nunca lo aceptó. Tanta era la presión, y tan mal recibido el rechazo, que, por miedo, tuvo que renunciar a ese trabajo. Sin embargo, el agresor no se dio por vencido. “Él le manifestó a mis compañeras con las que yo compartía horas laborales que, si no me tenía a las buenas, me tenía a las malas. Que en cualquier momento venía y me llevaba”, cuenta Sadith con dolor e indignación.

Comenzó a trabajar en un SAI, aquellas papelerías con servicio de internet también llamadas *hormiguitas*. De allí salía a altas horas de la noche, a las 10:00 p.m. para ser más precisos, esto, sumado a las amenazas de su acosador, hacía que su abuelo tuviera que ir a recogerla a diario. Pese a todo, Sadith pudo notar que alguien la seguía... Cuando el sujeto se enteró de dónde quedaba su nuevo trabajo, empezó a hacer rondas. En otras ocasiones, se sentaba frente a su casa por largas horas, vigilando, quizá estudiando cómo entrar, imaginando el mejor escenario para secuestrarla.

El 3 de mayo de 2001, los abuelos de Sadith partieron a Maicao para traer mercancía, dejando a las niñas con su tío. Ese día, por alguna razón inexplicable, Sadith sabía que algo malo pasaría. La noche cayó más oscura, más larga, más pesada y, llegadas las 11:00 p.m., el estruendoso chirrido de las llantas de un carro sobre la arena le puso los pelos de punta a todos dentro de la casa. Él, junto con otros hombres de la misma organización paramilitar, llegaron armados y tumbaron a patadas las puertas. Mientras irrumpían, los gritos desgarradores dentro de la casa se abrieron camino hacia la calle, pero en ese momento nadie en el pueblo veía, ni escuchaba, ni hablaba. Nadie que quisiera seguir vivo podía meterse en lo que sucedía.

En la casa solo estaba el tío, su hermana menor y tres primas. Aunque, probablemente, habían ido solo por Sadith, aprovecharon la ‘oferta’ de

tomar cinco mujeres -o más bien niñas- por una. Sadith era la única mayor de edad, tenía 21 años cuando se la llevaron. Las edades de las demás oscilaban entre los 14 y 17 años.

Amarraron al tío, las amarraron a ellas, les pusieron capucha y las montaron al carro. Luego de eso todo pasó muy lento, el camino hasta el lugar pareció más largo de lo que en verdad fue, los tres o cuatro días que las tuvieron prisioneras se sintieron como meses. Sadith sentía que iba a morir en ese momento o, más bien, rogaba por que pasara.

“Nos golpearon, nos violentaron física, mental y verbalmente a cada una de manera independiente. Cuando llegamos allá nos separaron y no las volví a ver hasta que nos soltaron en el último día”, recuerda Sadith. Después de tantos años ha logrado encontrar la manera de contar los hechos que vivió con una suerte de paz impresionante, reconstruye cómo fue violada, ultrajada, marcada para siempre por el fantasma de una guerra absurda. Parece humanamente inconcebible que no haya ni una sola gota de rencor en sus palabras, porque no la hay. Si la hubiera, muy seguramente Sadith no sería la líder que hoy es, sino un títere más en un mundo de sombras, otra pieza de un tablero llamado Colombia, en el que un ojo solo se paga con otro ojo.

Después de esos tres días donde las violaron y abusaron de ellas varias veces, las tiraron en la orilla de la carretera, por Apure. Al final, el violador le dijo a Sadith unas palabras que solo en una mente enferma pueden sonar compasivas: “Les perdono la vida, pero si nos llegamos a enterar que ustedes hablan o denuncian algo las matamos. Vamos, las buscamos y las matamos”. Luego de que las soltaron, Sadith se sentía quebrada, sucia, débil e incluso culpable, al sentir que su hermana y primas fueron violadas “por culpa de ella”. Con todo esto en la cabeza, Sadith sacó fuerzas de donde no tenía, paró un carro de los que viajan de Apure a su pueblo, se montaron y volvieron.

Después de la tormenta no viene la calma, viene el trabajo. Recoger todo el desastre que otros causaron, retirar la basura que quedó y reparar lo que se quebró para intentar, ahí sí, recuperar la tan anhelada calma. Psicológicamente, por ejemplo, una de las primas de Sadith quedó gravemente afectada: se arrancaba el cabello con sus propias manos. Científicamente, esa alteración tiene por nombre tricotilomanía y es un trastorno psiquiátrico severo que se asocia con problemas de depresión, ansiedad y baja autoestima, producidos, en este caso, por un episodio de violación física, psicológica y sexual traumático.

Asimismo, su hermana menor sufrió durante muchos años de enfermedades de transmisión sexual e infecciones vaginales, entonces no solo el recuerdo las torturaba, sino también las enfermedades: “En mi vagina también hubo brotes, flujos, cosas que tuve que curar de enfermedades, pero gracias a Dios eso ya se pudo sanar”, detalla. Otra de las primas, que tenía casi la misma edad que Sadith, quedó imposibilitada para concebir. No pudo tener los hijos que algún día quiso, debido a los traumas irreparables que le ocasionó la violación a nivel psicológico y reproductivo.

La violencia sexual en el marco del conflicto armado, según el informe de Memoria Histórica con Víctimas de Violencia Sexual publicado por el Centro Nacional de Memoria Histórica en el 2018, es un delito internacional de lesa humanidad, una infracción al derecho internacional humanitario y un crimen de guerra. Hay diferentes tipos de violencia sexual que surgen en el marco del conflicto armado colombiano: está la violación, la explotación sexual, la coerción de tipo sexual, los actos carnales y las violaciones sexuales que restringen derechos sexuales y reproductivos.

Así como Sadith, y las otras mujeres violentadas de su familia, hay miles en Colombia que han pasado o están pasando por un episodio de violación similar: son 15.738 las víctimas de violencia sexual registradas en el país entre 1958 y 2018. Significa que hay otros miles de mujeres sin registrar que nunca han tenido la posibilidad de pedir apoyo por diferentes circunstancias, sean territorio, pobreza extrema, hambruna o falta de preparación y valor para reconocerse víctimas.

Sadith ocultó por un largo tiempo que fue violada. Y es que este tipo de abusos se reconocen por esa característica de lo indecible, pues hacerse a la idea de ser víctima demanda una fortaleza mental y espiritual que no es fácil de recuperar, además de que involucra valor para tener que lidiar con los estigmas de la sociedad y el escarnio público. “Siempre ocultamos que fuimos violadas, a nadie le contamos nada. Cuando íbamos al médico por las infecciones y enfermedades que nos dejaron, solo llegábamos con el problema e inventábamos la causa”, narra Sadith.

Sadith Romero no volvió a ser la misma después de eso. Todo cambió, ella cambió...

Como estaban amenazadas de muerte, sus abuelos vieron prudente enviarlas a la ciudad: a Sadith la enviaron a vivir con su mamá en

Barranquilla y a las demás las mandaron a Cartagena. “Muchos años duró ese proceso de volver a ser yo”, dice con sabiduría. Sadith tuvo que dejar atrás muchas cosas a raíz de lo sucedido, entre esas sus estudios universitarios de psicología y su proyecto personal de vida. En cambio, tomó caminos distintos de recuperación, sanación y liberación que le han permitido reconocerse como una, en sus propias palabras, “líderesa innata”.

“A mí me pasaron cosas que yo creía, en aquel momento, era lo peor que a una mujer le podía pasar, pero he visto casos que han sido más grandes, quizá con más secuelas. Fue precisamente eso, narrar los hechos, lo que me permitió sanar, comenzar a visibilizarme como víctima sobreviviente. Igual ya el Señor ha hecho en mí una sanación interna”, cuenta. A ella ya no le duele, no lo olvidará nunca, claro está, pero las cicatrices ya no duelen, ya no sangran, solo cuentan la historia con el fin de que nadie más pase por lo mismo sola.

Cuando Sadith se enteró que mataron a muchos paramilitares que se habían reinsertado, volvió a Plato luego de cuatro años. Allí se refugió en Dios y pudo al fin alzar su frente, pudo desprenderse de erróneos sentimientos de culpa y vergüenza para darle paso a una nueva relación con ella misma. Conoció al que ella describe como su primer amor, su apoyo, su soporte y quien es su actual esposo. Tuvo su primer hijo a los 25 años (casi cinco años después de la violación) y poco a poco, a mediados del 2015, inició su proceso de participación como víctima con diversas instituciones.

“La vida me ha permitido ir creciendo como líder. Me fui empoderando de mis derechos y los derechos de las demás mujeres y víctimas en general. Pude conocer otras mujeres víctimas que son como un espejo. En ese círculo de mujeres nos apoyamos, nos volvemos más fuertes”, asegura Sadith con orgullo. Hoy, ella es una sobreviviente de esta guerra que vivimos a diario donde las mujeres pagan con sus vidas la crueldad de otros. Hoy, Sadith, víctima de la guerra y líderesa, está en pie de lucha por el restablecimiento de nuestros derechos, siendo la voz de quien no habla, la voz de quien ha sido silenciada.



Karolain Caballero
*Estudiante de Comunicación Social de la
Universidad Autónoma del Caribe, Barranquilla*



VIVIR PARA LA COMUNIDAD, EL "PECADO" DE MARIBEL HENRÍQUEZ

Por Dannia Delgado Cardona

A sus 57 años esta barranquillera, víctima de violencia política y hoy exiliada en Canadá, resalta la valentía y el peligro al que se exponen los líderes innatos en Colombia, al trabajar por las comunidades y procurar un mejor país.

A mediados de octubre de 2002, la terraza de la vivienda de Maribel Esther Henríquez Lara empezó a llenarse de coronas fúnebres con cintas moradas marcadas con su nombre. La lideresa social barranquillera, docente de profesión, vivía sus días como la crónica de una muerte anunciada. A su madre le llegaban llamadas para darle el sentido pésame por la muerte de esta lideresa, como augurio de un funesto futuro; personajes desconocidos y de apariencia extraña preguntaban en su residencia, ubicada en el sur de Barranquilla, si "todavía estaba viva". Finalmente, las cosas alcanzaron su culmen cuando su casa fue atacada a balas, en un atentado en el que, por fortuna, nadie salió herido.

Las intimidaciones que recibía no eran nuevas para ella. Ya por allá en los años 90 le habían mandado panfletos amenazantes a la institución educativa en la que trabajaba adelantando proyectos de alfabetización y ayudando a reubicar a desplazados y víctimas de la violencia del conflicto armado. "Lo único que hacíamos era brindar un proceso de formación educativa a los niños y jóvenes de esas zonas vulnerables", relata sobre su trabajo en ese lugar, ubicado en el sur de Barranquilla. Sin embargo, pensar en comunidad parece ser un pecado en Colombia y, por segunda vez, le estaba pasando factura.

Ahora la causa parecía ser su interés por incursionar en la política, de hecho, había logrado ser elegida edila. Junto a otros líderes innatos,

había empezado a darle nuevos aires a los cargos de elección popular en Barranquilla, además de un fuerte escrutinio político a las administraciones en turno, hecho que, según relata, empezó a incomodar a los mandatarios y clanes políticos de ese entonces. Este tipo de situaciones no se presentaban solo en el Atlántico, no había un solo rincón de Colombia en el que el panorama no fuese igual, quizás el objetivo era evitar que hubiera un cambio real en el país, la historia de siempre.

Maribel denunció ante los organismos del Estado buscando refugio y ayuda. Así, le otorgaron un esquema de seguridad, con patrullajes por los alrededores de su casa y acompañamiento a los lugares donde debía trasladarse. Además, le fue asignado un agente del CTI para que investigara su caso, con el objetivo de dar con los responsables de los ataques hacia ella; pero este fue asesinado por sicarios, quienes le arrebataron la vida en la misma cuadra donde estaban la líder y su familia. Esto representó un golpe significativo para ella luego de haber perdido, poco menos de 1 mes antes, a su compañero de lucha Hermes de Ávila, quien fue asesinado saliendo de la institución educativa Miguel Ángel Builes, en el sector Carrizal, donde laboraba. Allí fue consciente de la dimensión de la situación.

El miércoles 6 de noviembre de 2002, la situación había alcanzado un nivel de tensión insoportable. En unos panfletos repartidos por el sur de la ciudad y, especialmente, en las instituciones educativas distritales, aparecían los nombres de la docente Maribel Henríquez Lara y de su compañero Hermes Mercado Fernández —apoyo por largo tiempo en proyectos de desarrollo comunitario— indicando, textualmente, que serían asesinados ese día a las 6:00 de la tarde.

LA VIDA LE CAMBIÓ POR COMPLETO

La jornada laboral de la docente barranquillera iniciaba muy temprano. Desde el mediodía había empezado a sentir un sinsabor y desespero que no la dejaba concentrarse en sus actividades. Aunque la líder no vio los panfletos directamente, las llamadas de sus compañeros y conocidos la alertaron. En una corta visita a un amigo, Maribel fue recibida con abrazos y lágrimas, como si se tratara de una despedida, todos le decían que debía salir de la ciudad de inmediato porque la iban a matar.

Una cita acordada a las 6:00 de la tarde de ese miércoles con su amigo Hermes Mercado Fernández sería el escenario aprovechado por los criminales para poder silenciarlos. A diferencia de Maribel, que no asistió al lugar de la reunión por temor, el docente y abogado Hermes Mercado Fernández sí lo hizo, y allí esa voz que luchaba por la garantía de los derechos de los más vulnerables fue silenciada para siempre.

Al relatar lo sucedido, las lágrimas caen por las mejillas de Maribel, agarra sus manos y las lleva a sus labios para tratar de calmarse. Respira profundo, pero no puede dejar de llorar. Esos momentos angustiantes, que vivió hace 19 años, siguen presentes en su memoria. Aunque aprendió a lidiar con ellos, cuando los evoca tienden a causarle este efecto. “Apenas pasó lo de Hermes yo entré en pánico, pero como pude fui hasta el colegio, todo estaba conmocionado. De inmediato me hicieron una cadena de protección y me sacaron de ahí para el aeropuerto”. La lideresa no pudo, siquiera, despedirse de sus 6 hijos o su esposo, le tocó irse para Bogotá con lo que tenía puesto.

No tenía más opciones, era salir de Barranquilla o morir en manos de sus verdugos. En la fría Bogotá fue recibida por un grupo de docentes que pertenecían a la Federación Colombiana de Educadores (Fecode) y a la Central Unitaria de Trabajadores (CUT). Entendiendo la situación, e intentando brindarle la seguridad y calma que Maribel necesitaba en ese momento, la hospedaron en un hotel.

Durante varios meses su familia vivió dividida, ellos en La Guajira, ella en Bogotá, sorteando la soledad. Finalmente lograron reencontrarse: “El sindicato y los organismos de vigilancia me los regresaron y me pude reencontrar con ellos”, asegura. Cuando las aguas parecían empezar a calmarse, reapareció el fantasma de la persecución, el castigo por su deseo de organizar a los más vulnerables, por pedir, exigir y construir. Los criminales alternaron los blancos, en más de una ocasión intentaron ir tras sus 6 hijos y, en otra, atacaron a bala el apartamento en el que residía.

Dadas las circunstancias, organismos internacionales y las directivas de Fecode recomendaron la salida inmediata del país de Maribel y su familia, pues sus vidas estaban en un riesgo inminente. Ante la abrumadora presión del terror, la lideresa no pudo hacer más que aceptar. Hasta el final, la violencia del país le recordó el peso de su “pecado”: al salir de la sede de Fecode —tras firmar su solicitud de exilio—, un hombre armado le disparó indiscriminadamente mientras ella se encontraba junto a su esposo y una

amiga que también estaba a punto de exiliarse. Aunque lograron refugiarse en una tienda, este fue el punto final de la situación, en tiempo récord la familia de Maribel partió hacia Canadá.

CANADÁ, LUGAR DE NUEVOS COMIENZOS

Sherbrooke, en la provincia canadiense de Quebec, se convirtió en su nuevo hogar, donde obtuvo lo que tanto anhelaba en ese momento y que Colombia no le ofrecía: tranquilidad y seguridad. No fue fácil adaptarse a este país ni olvidar las experiencias vividas. “El primer día que llegamos a Montreal era una noche fría de otoño. Cuando nos ubicaron en un hotel en Sherbrooke y mis hijos y mi esposo estaban dormidos, yo me encerré en el baño a llorar para que ellos no me vieran”. En medio del agotamiento, Maribel no podía evitar preguntarse por qué le pasaba todo esto si ella no le había hecho daño a nadie.

En su relato, la lideresa se permite unos minutos de silencio, acompañados con las lágrimas que le brotan de los ojos. Un momento de respiro para su difícil historia. Mantiene vivo el paso a paso de lo que fue “echar” raíz en este país que la acogió, aun cuando dentro de su proceso de adaptación lo más difícil fue empezar de nuevo.

Luego de establecerse en esta provincia, la barranquillera y su familia tuvieron que recibir ayuda psicológica para superar los traumas que la violencia les había dejado, pues el miedo y la ansiedad por el futuro los estaba desestabilizando. El proceso de adaptación no fue fácil y les tomó cierto tiempo, no obstante, la generosidad de los pobladores de Sherbrooke les fue de gran ayuda.

Lo peor es que su caso está lejos de ser el único. Un informe de la Defensoría del Pueblo, publicado en febrero de 2021, indica que 753 líderes sociales fueron asesinados en Colombia entre 2016 y 2020, siendo el año anterior el más violento contra los defensores de derechos humanos, con 182 crímenes. Estas cifras alarmantes no muestran la cara de todos aquellos que, si bien se salvaron de ser asesinados, debieron abandonar todo lo que amaban y conocían.

Con su don de gente y calidez humana, Maribel se fue dando a conocer en su hogar adoptivo. Como en sus inicios de líder social en la Ciudadela

20 de Julio en Barranquilla, empezó a unir a la comunidad por medio del arte y la danza. Además, junto a su esposo, quien también es licenciado en Matemáticas y Física, logró entrar a estudiar a la Universidad de Sherbrooke, lo que les ha permitido obtener la estabilidad laboral que tanto anhelaban y un panorama lleno de esperanzas. De todos estos nuevos sueños el mayor reflejo es, quizá, la llegada de su séptima hija, nacida en tierras canadienses.

Hoy por hoy, Maribel goza de plena tranquilidad en este país, pero los líderes sociales que viven en Colombia atraviesan un calvario similar al que tuvo que pasar ella hace más de una década. El mencionado informe de la Defensoría señala que entre 2016 y 2020 hubo 4281 conductas vulneradoras contra líderes sociales, entre estas, 3184 amenazas, 193 atentados, 31 desplazamientos forzados, 26 detenciones arbitrarias, 13 desapariciones forzadas y 13 secuestros.

Maribel apoya desde lejos, como puede, los procesos de lucha social en Colombia. En mayo de 2021 organizó un plantón como acompañamiento al paro nacional que se vivió en el país desde el 28 de marzo. Si algo tiene claro es que la diferencia entre el panorama sociopolítico colombiano que la obligó a abandonar su tierra y el de la actualidad es nula, pues siguen asesinando a líderes. Para el 17 de junio de 2021, el número ya alcanzaba la escabrosa cifra de 74 vidas arrebatadas.

Con tono nostálgico, la lideresa barranquillera sentencia en una frase la verdad que nunca cambia en este país: "Colombia necesita un cambio". Allí habla la docente, la lideresa exiliada que mantiene su firmeza ante la necesidad de que el Estado colombiano reconozca su labor realizada como tal. Maribel es víctima de Estado y todo lo que ello implica ha afectado su salud emocional. A pesar de encontrarse lejos de su país, alberga la esperanza de la definición de su caso. Para ella, reconocer es dignificar y no revictimizar.



Dannia Delgado Cardona
*Estudiante de Comunicación Social de la
Universidad Autónoma del Caribe, Barranquilla
(2021).*



EVA ROLONG

Por Edwin José Corena Puentes

LUGAR

Eva Rolong teje sentada en la sala de una casa a medio construir en la zona rural de Galapa. Una gallina se acerca desde la puerta del patio y deja un cacareo largo que se mezcla con el sonido que produce la lima sobre el machete que afila Jaime, su esposo, quien se alista para una jornada de trabajo y ahora nos mira desde otro lugar de la sala. Hace fresco y la luz ingresa tímida por la apertura de las ventanas hechas de palos sin pulir. Eva Rolong sigue tejiendo con la habilidad de quien ha gobernado sobre un oficio durante décadas, mientras empieza a responder a las primeras preguntas que le hago:

—¿Cómo empezó su liderazgo?

—La lucha empezó en Tubará, que era el pueblo de mis padres y mis abuelos. Un pueblo con una larga historia. De acá es la india Catalina. Hasta acá llegó Pedro de Heredia, entró por el puerto de Oca y se la robó. Eso era lo que decían en mi pueblo. Lo decían mi padre y la gente. También se robaban los patos de oro y las agujas de oro de nuestros ancestros. Era Tubará indígena y fue saqueada. Pero déjeme le cuento que yo nací fue un 26 de diciembre de 1947 y eran las 9:00 de la mañana cuando eso ocurrió. Mi papá, que era un buen recordador, mantuvo en su mente la hora en que nací. En cambio, mi omblogo, lo tiraron a la hornilla de la casa.

Eva continúa:

—Para ser feliz en ese pueblo yo caminaba y caminaba mucho. Tubará es un pueblo alto, es el más alto del departamento del Atlántico y eso lo supe un día en que nos fuimos hasta el cerro Cunuco. Íbamos con otros niños y entonces nos asomamos, o se asomó el mar ante nosotros. Era todo el mar el que se veía. Allá la playa de Santa Verónica, Puerto Caimán, y era un mar hermoso. Luego regresamos a casa. Madre me reprendió, y lo hizo porque yo

era traviesa. Cuando no me iba al cerro, era meternos a los arroyos, a todos los arroyos que había en el pueblo.

Era esa vida así, me sigue contando Eva Rolong:

—La otra vida empezó en el colegio. Yo tenía 12 años cuando descubrí que era líder. Empecé a protestar porque no había un comedor escolar. Mi papá me apoyaba, él también era líder y me siguió apoyando. El trabajo para tener el comedor del colegio fue largo. Casi todo ese año estuvimos en eso. Luego vino el trabajo con la comunidad de Tubará. Me involucré con la Acción Comunal y se ganó fuerza rápido. Unos 6 años haciendo acompañamientos a otros líderes en el pueblo. Fue una lucha por embellecer el pueblo. Éramos como 20 líderes, solo 2 mujeres, y trabajábamos por pavimentar las vías. Las primeras vías que tuvo el pueblo fueron esas, esas que nosotros ayudamos a construir. Es un orgullo, un trabajo de todos. Una lucha.

Eva sigue tejiendo. En la cocina su sobrina prepara el almuerzo. Jaime ha desaparecido con su machete afilado. De pronto, un gato se sube a la mesa que está junto a la ventana. El gato mira sin ansiedad y Eva Rolong entonces me explica que antes de aprender a luchar aprendió a tejer. Primero fueron la aguja y la lana, luego vinieron la voz y la gente. “Para tejer —se entusiasma a explicar—, primero hay que aprender a mover la mano”, y enseguida empieza a moverla. Se hacen cadenetas y eso le da más movimiento a la mano. “Y para ser líder también uno tiene que aprender a moverse. Uno mueve a la gente con su voz, también la mueve porque primero a uno se le mueve el corazón. Ser líder es mover corazones. El de uno y el de la comunidad”, apunta.

—¿Y qué pasó con ese liderazgo en Tubará?

—Que era visible y yo era llamada por toda la comunidad. Me uní a la ANUC y allí empezamos a organizarnos para hacer tomas de tierra y para movilizarnos por defender una parcela para el campesinado. En esos años empecé a viajar y supe entonces que también tenía que apoyar a las mujeres a organizarse. Yo tenía una voz y era líder, pero había muchas mujeres que no hablaban. Si estaban en una reunión, no hablaban. Y si estaba su esposo, menos hablaban. Y no. Eso no podía seguir siendo así. La mujer marginada siempre. Callada siempre. Ahí empezó el trabajo, otra lucha. Pero era una lucha que lo hacía de una manera especial. Yo tenía con mis otras compañeras que aprender a conquistar el corazón de las mujeres

campesinas. Conquistar su voluntad. Había que despertar y se empezó a despertar. Fue largo esto.

Eva Rolong hace una pausa, se levanta y camina hasta la mesa de la sala. El gato salta del piso a la mesa. Ella deja caer en el piso lo que será en diciembre un tapete. Enseguida pone la aguja junto al carrito sobre el tapete y se va hasta la habitación principal. Regresa y Eva Rolong se sienta, queda con unos álbumes fotográficos en su regazo y me entrega una foto.

“Mira —me dice—, estas éramos las mujeres cuando nos capacitábamos”.

Las imágenes de las fotografías le desencadenan los recuerdos. “Mira esta —dice—, una toma de tierra, y esta otra, una reunión con líderes de todo el departamento del Atlántico”. Hay fotos y más fotos de una vida pública y comunitaria, pero también de una vida que ha estado en momentos difíciles.

—¿Y entonces se fue de Tubará? ¿Por qué?

—Me amenazan. Era verme en la calle organizando eventos y se acercaba gente de la fuerza pública y me decían que yo era guerrillera. Sentí que me estaban persiguiendo de una manera insistente. Mira —y cambia el tono de su voz—: yo no le tengo miedo a las balas ni a las armas, le tengo miedo es a quien las porta. Pero ser líder es lo mío y llegué a Baranoa y allá seguí mi lucha. Hacia finales de los 80 nos dan la personería jurídica de la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia (ANMUCIC), con esto empiezo a recorrer todo el departamento del Atlántico. Cada uno de los municipios, sí, los 22. Sin contar Barranquilla. Iba a cada uno hasta 5 veces para reunirme con las mujeres y proponer proyectos productivos. Del Incora me prestaban un carro los fines de semanas y los festivos. Me iba entonces con el chofer a buscar a la gente. Fue como 1 año en eso. 1 año de muchos kilómetros. Yo viajaba y me daba cuenta de lo hermoso del país. Era un paisaje maravilloso. Cuando iba por la carretera oriental, veía los calabazuelos alzarse a lado y lado. Y cuando me iba por la parte occidental del departamento, por Piojó, Tubará, Juan de Acosta, yo veía el mar otra vez, veía las olas y era como estar en otro mundo. Paisajes bonitos de muchos árboles. Yo veía el guayacán y el árbol de carito, y el roble y las acacias con sus flores rojas cayendo sobre la carretera. De todo ese tiempo quedaron en mí esos paisajes y quedó esa satisfacción: conquistar a 5000 campesinas para que hicieran parte de la organización. Esa, esa fue mi lucha.

AMAR

—Dígame, ¿cómo es su historia de amor con Jaime?

Eva Rolong se ríe, se sonríe. Su voz se distiende:

—Yo fui la que le tiré el ojo. Lo vi allá en Baranoa. Éramos vecinos. Jaime tenía una tienda. Era pequeña la tienda y como que se desocupaba rápido o no le gustaba mucho ese negocio, porque yo lo veía siempre en la terraza, mirando lejos, como cogiendo el tiempo a no sé qué. Yo le decía a uno de mis hijos —me recuerda Eva haberme dicho que tiene 4 hijos— que ese hombre era como flojo o como que perdía el tiempo. Así empezó eso. Un día él le dice a mi hijo Walter que si sabe de alguien que le pueda prestar unas tierras para sembrar sus matas. Él dice matas a los cultivos de pancoger, es su forma de hablar. Él es hijo de palenqueros y vivió en Caracolcito antes. Era líder de ANUC y lo desplazaron. Así que él era antes que nada un campesino, así como yo. Entonces mi hijo me dice eso, lo de las tierras para prestar, y yo al principio no estaba muy convencida. Le decía que sí lo llevaría a mi parcela, pero lo dejaba esperando. Hasta que un día me ganó de mano, como dicen. Era temprano, la brisa era fresca, casi que no había luz y Jaime se me apareció en la puerta de mi casa y tocó irme con él. Ya me gustaba. Era alto y callado, y muy educado. Y ese día allá en la parcela cuando ese hombre empezó a cultivar sus matas, a hacer la “roza”, quedé prendada. Me terminé de conquistar la forma hermosa en que le quedó esa “roza”. De verdad que era hermosa, se ve que era lo suyo, ser un campesino, era y es su saber.

Eva Rolong rebusca entre el manojito de fotografías que tiene en su regazo. Saca una y me dice: “Mira, esto fue cuando nos casamos”. Pero antes de seguirle preguntando, ella se adelanta y afirma: “Eso no fue enseguida, déjeme y le cuento”. Y empieza:

—Entonces Jaime comenzó a venir más seguido a cuidar su roza. Luego empezó a quedarse en la parcela. Pero él se quedaba en su cuarto y yo en el mío. En esas estuvimos 1 año. Un día le dije a Jaime que me indicara cómo era el camino para llegar a su pueblo, que yo quería conocerlo. Jaime no creía que yo me iba al pueblo, sin embargo, me indicó. Me fui para Caracolcito y me estoy bajando del bus cuando su madre y otros familiares me reciben. Yo ese día caminé por el pueblo y llegué a casa de varios vecinos de Jaime. Y la gente me hablaba de él. Fue algo raro, todos me hablaron bien de él. Que era honesto, que trabajador, que bien todo. Si alguien me dice algo

distinto, yo no me animo a nada con ese hombre. Regresé a la parcela, hablé con Jaime, le dije a Jaime que sí, que nos casáramos, que ya yo no estaba para ser querida de nadie. Si se quería casar, entonces sí, si no, pues que se fuera a peinar una morrocuya. El Jaime dijo que sí enseguida y, bueno, nos casamos y vino gente de todos lados. Toda esa gente que me había conocido en las organizaciones sociales. Jaime ese día estaba bonito y yo también. Y mis hijos lo aceptaron. Alguien ese día empezó a cantar y cantó esa canción que a mí tanto me ha gustado y que me recuerda a Jaime:

Tú eres mi hermano del alma, realmente un amigo,
y en todo camino y jornada estás siempre conmigo.
Aunque eres un hombre aún tienes alma de niño,
aquel que me da su amistad, su respeto y cariño.

Y así fue ese día, el día de mi matrimonio. Y fue el tiempo de amar, antes había sido el tiempo de sobrevivir. Casi de morir. En Baranoa, para regresarme a lo que le digo, empecé a ser amenazada en los primeros años de 2000. Aparecí en un panfleto y nada, luego vino lo de mi hijo, que sufrió un atentado un 1.º de mayo. Un carro lo atropelló durante una marcha. Fueron días en que sentí que todo se venía encima. Por ese tiempo también asesinaron a la líder de Acción Comunal de Baranoa, Yomaira Gaviria. Me fui entonces a Bogotá. Y en Bogotá, usted sabe, el trabajo es duro. Sobreviví y luché. Estuve entre 2003 y 2006 en la capital. Y vendí de todo: tamales, bollos, sancochos. No me fue mal. Me dediqué a hacer más y más actividades. Era esta la vida.

EN LA PARCELA

Eva Rolong toma aire, se levanta y se dirige a los jardines colgantes. Me ha dicho que sabe de botánica. La aprendió en el colegio y de sus padres, y jamás se le ha olvidado. Se acerca y me dice: “Esta es una albahaca. Este —y lo toca—: un tomillo. Allá —y estira su brazo— hay una flor de Jamaica y allá, esas que brillan, son las amapolas, y esas, esas son las begonias”. Eva Rolong sigue caminando, alza la vista y mira el cielo. Ha llovido en los últimos días y hoy las nubes aminoran el resplandor en esta tierra del Caribe. Jaime ha

regresado a la casa. Se ha quitado la camisa y la ha puesto en el espaldar de una silla de madera. Es callado, pareciera estar siempre meditando. Eva Rolong lo divisa con sus ojos marrones y nos acercamos otra vez a la casa. Pregunto por las parcelas que hay en esta zona. Jaime interviene: “Son 1632 hectáreas que le adjudicaron a 198 familias y eso fue en el año 1998 o 1997”. Jaime advierte que en las hectáreas que tienen poco se puede hacer. No hay agua, es escasa, y las vías terciarias no sirven. Eva me había dicho que quería vender la parcela. Dijo que ya no están para cultivar. La luz ahora rompe las nubes y se acerca al jardín colgante, y la luz también ha llegado hasta los pies campesinos de Eva Rolong.



Edwin José Corena Puentes

*Analista de Investigación en la Territorial Atlántico,
norte de Bolívar y San Andrés. Comisión para el
Esclarecimiento de la Verdad (CEV).*



LA PERSECUCIÓN QUE NUNCA ACABÓ

Por Selene Sequea Valencia

Mi nombre es Liney Paternina Mendoza, nací en Montería hace 66 años. Soy la segunda de 8 hijos de una pareja muy humilde. Mi padre, un conservador de cuna, se envolvía conmigo en debates y discusiones alrededor de los mandatos presidenciales de turno a pesar de mi corta edad. Esto ayudó a forjar mi carácter y a ser lo que soy hoy: una mujer que conoce y ha sido partícipe de hechos muy dolorosos que nunca alcancé a imaginar que viviría con 18 años.

Una vez finalicé el bachillerato, a los 18 años, conocí al que sería mi compañero de vida, Alfonso Cujavante Acevedo. En ese tiempo se desempeñaba como profesor de idiomas, los cuales había aprendido por sí solo. Sin embargo, Alfonso tenía aspiraciones de estudiar Derecho. Para ello validó su bachillerato y nos marchamos a Bogotá en busca de sus sueños. Al llegar a Bogotá, Alfonso ingresó en la Universidad Autónoma de Colombia. Jaime Pardo Leal era uno de sus profesores de cátedra. Se convirtió en un gran amigo para ambos. Ello gracias a que yo siempre asistía con Alfonso a todos los encuentros y clases. Por esto me describían como una compañera fiel, nunca me le despedaba por ningún motivo. Éramos él y yo.

Entre tantas necesidades que atravesamos en Bogotá, dada nuestra corta edad e inexperiencia, recuerdo con mucha nostalgia la gripa que me dio por no poseer ropa de frío, el tener que aguantar hambre y, por supuesto, la pérdida de 2 embarazos por dichas circunstancias. A pesar de todas estas experiencias, Alfonso nunca desistió. Siguió firme en su universidad y gracias a eso se graduó con honores, fue increíble. No obstante, las necesidades parecían colapsarnos, por lo que decidimos volver a Montería. Yo estaba embarazada, por tercera vez, y esperaba a mi primer hijo: Sergio Cujavante Paternina.

Al regresar a Montería, nos ubicamos donde mi familia. Para ese momento, Alfonso había hecho parte de la Juventud Comunista Colombiana (JUCO), caracterizándose por haber sido bastante entregado a esta. Sin embargo, él nunca quiso arrastrarme a pertenecer a esta organización, a pesar de que en cada reunión clandestina yo me hallaba a su lado. Mientras él y sus compañeros ingresaban a un cuarto a conversar, yo me sentaba a las afueras a esperar por él. Así mismo sucedió al momento de su ingreso al Partido Comunista. En sus reuniones, mucho más clandestinas que las de la JUCO, yo era su soporte y compañera fiel a pesar del miedo que se experimentaba en esa época. Si alguien se enteraba de quiénes eran los militantes del partido, estos eran inmediatamente encarcelados y judicializados.

Ese miedo era parte de nuestro día a día. Luego de cada reunión, cuando nos encontrábamos en camino a la casa, siempre teníamos ese presentimiento de ser seguidos, de que en algún momento nos detendrían y seríamos encarcelados. Era una incertidumbre que nos agobiaba siempre. Al ubicarnos en Montería, creíamos que mucha de esa inseguridad se evaporaría por el respeto que Alfonso iba acumulando a medida que iba ganando experiencia en el litigio. Sus escritos tenían muchísima validez en los juzgados debido a su gran inteligencia y dedicación.

En su recorrido como abogado, la clientela se empezó a hacer sentir, era del pueblo. Alfonso, en su humildad, no cobraba honorarios a pesar de que atravesábamos una situación económica difícil. La satisfacción de ayudar y ser sinónimo de esperanza nos llenaba el corazón. Aún más con la situación que se vivía en ese entonces —desde 1981 hasta 1983—, cuando había muchas invasiones, las cuales eran constantemente quemadas por los terratenientes. Estos últimos atacaban con allanamientos y persecuciones hacia nosotros. Para mí esto significó poder forjar mi carácter, perder el temor ante cualquier tipo de agresión.

Ante todo lo que atravesé con Alfonso, el estigma siempre fue parte de nuestra vida. Incluso, en la actualidad, ese mismo estigma se adhiere a mis entrañas y ha hecho tanto de mi vida política como personal un verdadero desafío. Un desafío en el que satisfactoriamente siempre he ganado con la frente en alto y orgullosa de cada paso que he realizado. No me ha sido impedimento en nada, aunque se me desprecie con argumentos relacionados con mis afinidades políticas. Mi vida ha sido una constante lucha.

Continuando con mi relato, en 1985, luego de la aparición de la Unión Patriótica y nuestra consecuente militancia en esta, la persecución se vio en aumento obligándonos siempre a tomar diversas decisiones para salvaguardar nuestras vidas. La constante estigmatización como guerrilleros por parte de la gente nunca nos detuvo. Al contrario, nos impulsó a seguir en nuestra batalla, en la cual Alfonso hacía pública su campaña por la Asamblea. A pesar de los intentos de censura, cada que podíamos hacíamos las actividades de campaña.

A pesar de la perseverancia, en cada acto que organizábamos, cuando mi esposo tenía la intención de postularse al Concejo, el miedo se hacía paso con más velocidad. Ya para ese entonces mucha gente sabía quiénes éramos y, en vísperas de campaña, esta se vio interrumpida por la amenaza que se avecinaba. El nombre de Alfonso había salido a relucir en febrero de 1988 en una lista exclusiva por parte del Ejército. Estos anunciaban su muerte y fue la Unión Patriótica quien nos lo comunicó de inmediato. Su orden era clara: parar la campaña e irnos de inmediato. No solo el nombre de Alfonso aparecía en esa lista, sino que la encabezaba.

Recuerdo perfectamente la noche que nos fuimos. El 4 de marzo de 1988 a las 11:00 de la noche, mi esposo, mi niño, en ese entonces de 5 años, y yo decidimos tomar camino, aunque careciendo de un rumbo fijo. Nos acostamos, mi hijo y yo, en un Volkswagen amarillo modelo 1954, el auto que poseíamos en ese entonces, en pro de no ser vistos por nadie. Constantemente éramos vigilados por la Policía a diversas horas y veíamos a muchos informantes del Ejército tratando de dar con nosotros también. Luego de atravesar la ciudad, llegamos a la terminal donde nos embarcamos en un bus con la terrible sensación de ser perseguidos a toda hora.

Con esa sensación nos embarcamos en los buses comúnmente denominados “de palito”. Alfonso vivía preparado para todo y, con el presentimiento de que podíamos ser emboscados, siempre nos ubicaba a mi hijo y a mí en la mitad del bus mientras que él se sentaba atrás, lejos de nosotros. Era su manera de protegernos. El camino fue toda una angustia hasta la altura de Sincelejo. Esta sensación se apoderaba de nosotros y no fue hasta llegar a Cartagena, a las 6:00 de la mañana, que pudimos respirar con total tranquilidad.

A Cartagena llegamos totalmente desubicados. Sin dinero, decidimos hacer uso de las tarjetas de crédito que tanto Alfonso como yo poseíamos.

Así fue como nos instalamos en un hotel a mi nombre en aras de orientarnos, saber qué rumbo tomaríamos y a su vez tranquilizarnos. Recuerdo que caminamos todo el día, entramos a iglesias y diversos sitios de la ciudad. En ese punto pensábamos a dónde podíamos irnos. Bogotá se cruzó por nuestra cabeza. Sin embargo, no sabíamos, debido a la intervención de los teléfonos, cómo contactar a mi hermana, que podía brindarnos alojamiento. En últimas, conseguí llamarla suplantando mi nombre por Carmen, pero haciéndole saber que iría hacia donde ella.

Sabía que mi hermana no se encontraba en total acuerdo ante mi visita, pero no me dijo nada. Nos fuimos en avión hacia Bogotá con la ayuda de mi tarjeta de crédito. La llegada a Bogotá también representó una travesía. Pero más allá de eso, al llegar a la casa de mi hermana, fue una situación bastante incómoda. Nadie hablaba y solo nos dedicábamos a vernos las caras, era una muerte anunciada y nadie se encontraba listo para hablar al respecto. En un acto de valentía, llamé a 2 hermanos de Alfonso que también se encontraban en Bogotá. Les relaté todo lo que estaba pasando, a lo que ellos en poco tiempo ya se encontraban con nosotros.

Tanto mi esposo como yo sabíamos que teníamos que irnos a más tardar al día siguiente y así fue. Nos dirigimos a Tunja, donde vivían los padres de él, ya unos señores de edad, quienes no dudaron ni un segundo en acogernos en su hogar. Duramos 8 días bajo su techo, se pasaban entre hacer aseo durante el día y en las tardes dirigirnos a la sede de la Unión Patriótica en esa ciudad. Sin embargo, el miedo volvía a hacer presencia estando allí. Ya se empezaba a preguntar por Alfonso y este cada vez más se hallaba inquieto.

Su inquietud se hizo más evidente la noche del 10 de marzo. Luego, en plena incertidumbre el “Cuja”, como solía llamarlo, la mañana del 11 de marzo, 2 días antes de las elecciones al Concejo, decide irse con el argumento de que, si él no se encontraba en Montería a la hora de las elecciones, la gente no votaría por él. A pesar de los intentos de disuasión por parte de su madre y de mi persona, el contradecirlo y hacerlo cambiar de opinión fue en vano. Él ya tenía el rumbo fijo y yo sabía con certeza que no lo vería más.

A las 9:30 de la mañana salía en esa época el único avión con ruta Bogotá-Montería. Alfonso salió disparado de la casa a tempranas horas sin mi hijo y sin mí, dado que no tuvimos tiempo de hacer nuestras maletas. En mi pecho sentía el sufrimiento aún más latente. No tenía cómo contactarlo,

ni mucho menos podía avisarles a mis padres que él se dirigía hacia allá, debido a que todas las comunicaciones se hallaban intervenidas. El desespero lo sentía en todo mi cuerpo, aún más vivo al conocer que él había tenido que tomar el avión destino Cartagena y luego un bus hacia Montería.

En ese momento nada era seguro, todo era terrible. En mi desespero armé las maletas lo más rápido posible y, en compañía de mi hijo, volví a donde mi hermana en Bogotá. En ese entonces, cuando había elecciones no se hallaban vuelos, por lo que me quedé estancada en la capital sin poder viajar a mi ciudad natal, donde mi compañero ya había aterrizado. Así me lo habían comunicado por teléfono, avisándome a su vez que se hallaba donde mi mamá. Gran parte de mi nerviosismo se redujo y pude tener un momento de tranquilidad.

El 13 de marzo me relató mi mamá que él se despertó un poco más tarde de lo habitual. Entre chistes y risas se hacía notar en toda la casa, haciendo sus adictivos crucigramas. Sin embargo, todos se hallaban asustados por saber lo que se veía venir, era una muerte anunciada. En ánimos de seguir con sus propósitos, Alfonso parte de mi casa en su Volkswagen amarillo a buscar a la gente para irse a votar. Es en ese momento en que lo ven y lo señalan como próximo a morir.

Sin explicación alguna, le dejan pasar ese día y en la noche Alfonso celebra su triunfo como oficialmente concejal. Elecciones que aún hoy en día son recordadas por haber sido unas de las mejores votadas en Montería hacia un cargo de concejal. Llega el 14 y también se lo dejan pasar, pero ese día Alfonso había decidido tomar trago en compañía de amigos. Entrada la noche, llega donde mi mamá un poco pasado de tragos y alegre. Recuerda mi madre cómo le dieron comida y lo acostaron aun con el miedo respirándoles en la nuca a todos nuestros familiares.

El 15 de marzo recuerdo perfectamente levantarme temprano para comprar los pasajes hacia Montería. En compañía de una de mis hermanas nos montamos en una buseta y nos dirigimos hacia donde Cecilia de Vieira, en ese entonces esposa de Gilberto Vieira. Cecilia tenía la oficina de Viajes Cosmos en la carrera 19, lugar donde todos los militantes de la Unión Patriótica hacíamos la compra de pasajes. Cuando recién me hallaba en camino hacia esta oficina, sentí un estruendo que aún hace eco en mi memoria, tal como si fuera el de una bomba en toda la buseta, como si hubieran hecho un atentado a plena luz del día. Empecé a gritar: “¡Corran,

auxilio! ¡Nos mataron!” con mi cuerpo en *shock* y temblando. Las personas a mi alrededor trataron de calmarme al igual que mi hermana, pero esto fue en vano. Nos tuvimos que bajar de la buseta y tomar un taxi porque de mi mente no se borraba aquel sonido como si de una plomera se tratara.

Luego de un par de horas tratando de ubicar al taxista hacia la casa de mi hermana debido al *shock* que aún tenía en mi mente, logramos llegar. Al poco tiempo de hacerlo, el teléfono timbra haciéndome saber por parte de la voz de mi cuñado que al viejo “Cuja” me lo habían matado. La sorpresa no tardó en llegar, pero el tener que ser fuerte por mi hijo me hizo mantener la calma. Mi hijo expresaba con angustia: “A mi papito no lo han matado, ¿verdad, mamita?”, a lo que yo respondía un rotundo no. Aún hoy recuerdo todo lo que sentí en esa buseta, como si de un aviso se tratara o como si, en cambio, lo viviera en carne propia.

El país daba la noticia a las 12:30 del día en todos los noticieros nacionales. Recuerdo que Gaviria, en ese entonces ministro de Gobierno, me llamó para notificarme que facilitarían un avión para que la familia se trasladara hacia Montería. Yo me encontraba muy afectada, aún más sabiendo que fue una muerte anunciada, que se ejecutaría antes o después de elecciones, y la cual había salido al pie de la letra. El país no tardó en pronunciarse, especialmente lo que fue Montería y Córdoba por parte de todos los dirigentes de la Unión Patriótica. Alfonso era uno de ellos y muy reconocido además por haber sido parte de la dirección nacional, lo cual le otorgó el ser merecedor de ese entierro tan grande.

El entierro se llevó a cabo mediante una caminata hasta llegar al cementerio que se encontraba bastante retirado del casco urbano. Sin embargo, los acompañantes que se encontraban ahí solo eran un rasguño de todo el rechazo que se estaba dando alrededor de, no solo la ciudad, sino del departamento y del país sobre la muerte de Alfonso. Montería concretamente estaba llena de insignias en contra de estos actos. La protesta fue tan grande que, en toda la historia de la ciudad, fue la vez que los supermercados decidieron cerrar en protección por el gran rechazo que se estaba vociferando.

Al llegar al cementerio, acompañado de discursos y palabras en honor, se llevó el entierro, pero no todo fue color de rosas. Mi mente revive el momento de cómo personas del Ejército se encontraban en el cementerio y con sus armas nos apuntaban desde helicópteros, solo esperando una orden

o un movimiento en falso. Parece que fue uno de los pocos momentos en que dicha organización se pronunció casi afirmando que no les importaba, ellos lo habían matado, ¿y qué? Fue horrible la sensación de ese momento.

A las 9 noches, como se acostumbra, se organizó una misa. En medio de esta llegó una organización parecida a lo que actualmente se conoce como el ESMAD. No pasó a mayores y de forma pacífica al terminar la misa, como la casa de mis padres queda cerca de la iglesia, nos dirigimos hacia allá. En medio de charlas y comida, nuestra tranquilidad se vio interrumpida. La Policía llegó y nos arrojó gas lacrimógeno en la vivienda donde había ancianos, niños y adultos que, debido a los estragos de este ataque, nunca se recuperaron. No solo en la parte de la salud, sino también psicológicamente.

La situación que se llevó a cabo fue un acto tenaz. En mi desespero por hacerme oír recurrí a los medios de comunicación, pero estos lastimosamente ignoraban mis llamados y testimonios por miedo. Es así que a partir de este momento empezó mi persecución. Desde la imposibilidad de tomar un carro de transporte hasta una estigmatización completa, me acuerdo de una anécdota en la cual yo me subí a un carro de un señor y a este le pregunté que si conocía a la viuda de Cujavante, a lo que él me respondió que no y que ni la quería conocer, dado que había una orden directa de no transportarla en ningún Willy o carro de servicio público. Fue en ese momento que me di cuenta de la magnitud del estigma que se estaba llevando a cabo en mi contra.

En la actualidad es ese estigma el que me ha hecho más digna. La judicialización injusta hacia mi persona solo ha sido por pensar diferente y creer que una paz con justicia social es completamente posible. Por ende, toda esa persecución que atravesé, porque me querían matar o capturar, me hizo más fuerte. En esa época cada semana mataban a alguien nuevo y cada entierro iba cargado de indignación causándole disgusto a los policías que, mediante los radioteléfonos que poseían, se comunicaban informando que yo me hallaba, como de costumbre, en los entierros. Trataban de provocarme.

A pesar de las provocaciones, yo trataba de no caer en ellas, aunque en ocasiones me sacaban de mis límites, como fue en el caso en que la policía tomó arbitrariamente unos taburetes que yo mantenía y me tocó ir donde ellos y exigirles devolución. Me les plantaba duro diciéndoles que no me iría sin mis taburetes y que además de asesinos eran ladrones,

a lo que en la mayoría de los casos ellos se reían, dado que les gustaba ese “enfrentamiento”. La situación cada vez se ponía más tensa, en ese tiempo tocaba salir a las avenidas a tomar un carro, por lo que hubo un hecho en concreto que recuerdo muy bien. Lo recuerdo muy bien porque se trataba de mí cuando fui a esperar un Willy cerca al Colegio de La Salle de Montería: a lo lejos divisé unos jóvenes en una de esas motos que nosotros ya identificamos.

Lo primero que se me cruzó por mi mente en ese instante fue que iban a matarme, por lo que mi instinto me hizo correr y esconderme. Afortunadamente, un carro paró, me subí y enseguida me dirigí a las oficinas de Avianca que recientemente habían sido cambiadas de lugar. Cuando llegué allí, había una gran fila de casi 10 personas. En ese tiempo mis habilidades para actuar eran muy rápidas, por lo que el sentir que en cualquier momento llegarían esos jóvenes me impulsó a meterme en la fila. Pero, como si mis pensamientos fueran leídos, llegaron al instante. Fue así como, acostumbrada a escabullirme, me deslicé por el piso, llegando a encerrarme en un baño. Recuerdo que todos se dieron cuenta y es aquí cuando me percaté del aprecio que muchos trabajadores me habrían podido tener debido, justamente, al trabajo sindical que muchos habían hecho con anterioridad.

Luego de que estos jóvenes se fueron creyendo que yo no estaría ahí, me venden mi pasaje, aún con el asombro por lo que hace unos instantes había sucedido. Sin malgastar tanto tiempo, decidí irme al aeropuerto para dirigirme a Bogotá. La persecución que estaba viviendo era tan fuerte que tanto la Policía como el Ejército no me dejaban vivir en tranquilidad. Hoy en día no responsabilizo, a pesar del tiempo, a más nadie que al Ejército por la muerte de mi esposo. Él fue un gran hombre que, aunque no haya logrado ser parte de la junta nacional de la Unión Patriótica, yo en su legado sí lo soy, luchando por los 2 como si aún fuéramos 1.

Aún en la actualidad, a pesar de todo lo que hemos atravesado, seguimos luchando por el esclarecimiento de muchos asesinatos y el reconocimiento de estos. Junto a la Corte Interamericana, estamos llevando a cabo audiencias para asistir a las familias y que el Gobierno se pueda pronunciar iniciando diálogos donde reconozcan, pidan perdón e indemnicen a las familias afectadas. Aquí, el trabajo de personas como Jahel Quiroga, la directora del club de abogados REINICIAR, estuvo al pie de la primera

audiencia cuidando que todos los tiempos y puntos a tratar se vieran reflejados; también Aida Bella, nuestra presidenta de la Unión Patriótica, y María Eugenia, viuda de Antequera, quienes han sido protagonistas y fieles testigos del genocidio que hemos atravesado.

A pesar de sentirme segura en la actualidad, muchas de las situaciones que se viven en el país cuestionan la verdadera seguridad. Si bien me tuve que mudar del antiguo lugar donde residía porque los nervios me atacaban —al mi cuarto dar hacia la calle— y me invadía esa angustia que no me dejaba dormir pensando que en cualquier momento sería víctima de un atentado, así mismo siento que mi hijo podría también serlo. Recuerdo que, cuando su padre cumplió 20 años de muerto, los medios lo buscaron para preguntarle cómo avanzaba el caso, a lo que él fue sincero y dijo que había completa impunidad, dado que en tanto tiempo no se había esclarecido nada. Eso le significó, en la noche de ese día, ser abordado por una moto con 2 hombres, los cuales lo amenazaron diciéndole que, si seguía hablando, su caso sería igual al de su padre.

Me ha tocado recurrir a un sistema de protección que constaba, inicialmente, de 1 hombre hasta el año 2020. Ese mismo año recibí la última amenaza por medio de un panfleto. Se nos amenazaba a diferentes líderes, acusándonos de guerrilleros, por lo que me tocó ya no tener 1, sino 2 hombres a mi disposición, los cuales velan por mi seguridad, aunque a ciencia cierta uno nunca está seguro. Me toca salir lo justo y necesario para no sobreexponerme y, a la vez, cuidar de mi salud, ya que, debido al pasar de los años y las diversas situaciones a las cuales me he visto sometida, se ha visto comprometida. Suelo sufrir de mucho insomnio por los nervios constantes de algún atentado.

Debido a este insomnio, hay días más fuertes que otros, noches donde no duermo ni un segundo. Por otro lado, hace 16 años sufro de hipotiroidismo y la diabetes también forma parte de mí. Ambas enfermedades las trato perfectamente, a diferencia de la presión que constantemente olvido registrar por preferir esperar los resultados cada vez que visito al doctor. Estos 3 padecimientos resultan controlables, al contrario de lo que representa la ansiedad en mí. Ha sido una enfermedad que me ha carcomido lentamente. Vivo en constante angustia, por lo que me refugio en una pinza, halando hebras de mi cabello y dejando espacios en blanco en mi cabeza.

Resultan muchos estragos y hechos dolorosos de toda esta persecución. Hechos tan dolorosos que han dejado en mí, pasados más de 20 años desde que empezó todo, muchas secuelas. No soy capaz de escuchar algún estruendo o balacera porque mi corazón se acelera, mis nervios se incrementan y mis gritos se hacen notar. Comprendo que muchas personas no entienden lo que he atravesado y el porqué de mis reacciones, por lo que resulta en mí el tener que explicarles. También hay momentos donde, a pesar de no saber cómo calmarme, consiguen hacerlo.

Mis hijos de 38 y 29 años han sido mi motor en todo este tiempo. A pesar de todo lo que he podido atravesar, nunca han cuestionado mi participación activa tanto en política como en cualquier otro espacio que pueda generar en mí algún incentivo para seguir luchando, dando testimonio o inspirando a nuevas personas. En toda esta vida nunca me han dicho que debo dejar de hacer algo por mi propia seguridad. Puede que quizás en algunas cosas no coincidamos, pues ninguno de ellos ha sido militante nunca, pero eso no quiere decir que van a contradecir mi manera de ser y expresarme, dado que ellos saben cuán entregada soy y cuánto amor le tengo a la Unión Patriótica.

Finalmente, el clamor de la justicia es constante en mí. Rechazo rotundamente que se vuelva a experimentar otro genocidio como el que se vivió en la Unión Patriótica. La vida y la paz son pilares fundamentales que el partido siempre ha defendido. Ansío que los líderes y lideresas sociales dejen de ser asesinados y que el pronunciamiento que hacemos sea la lucha correcta que debemos imponer. Los hechos dolorosos no deben repetirse. La igualdad y cada una de las libertades deben ser de total acceso. La vida es preciada y debe ser respetada.



Selene Sequea Valencia
*Estudiante de Ciencia Política y Relaciones
Internacionales de la Universidad Tecnológica de
Bolívar, Cartagena (2021).*



JULIETH GUZMÁN: MUJER EMPODERADA, LÍDERESA TENAZ

Por Shelsey Giovanna Álvarez Ramos

Un líder lleva a la gente a donde nunca habría ido sola.

Hans Finzel

En 1974, en la vereda Alto Kimarí, corregimiento de la Ossa, municipio de Tierralta, Córdoba, nació Julieth Guzmán Cabria, quien se define como una mujer campesina, fuerte y verraca. ¡Vaya que lo es! A pesar de haber tenido una historia de vida difícil, insiste en luchar por un cambio. Muchas de sus experiencias no fueron elegidas; sin embargo, esas mismas la llevaron a convertirse en la líderesa que es hoy para empoderar la causa de las mujeres campesinas de Córdoba.

Aunque tuvo que empezar a estudiar a la edad de 10 años, debido a que no tenía acceso a educación, se encuentra orgullosa de su formación:

Definitivamente, el motor de mi vida ha sido mi madre. Cuando nos desplazamos ella no tenía trabajo, logramos buscar y gestionar, y de esa manera es como el Bienestar Familiar le da una acogida, un hogar de bienestar y con eso ella pudo contar con un sueldito, y así empezó a comprarme las cosas que necesitaba.

Hoy Julieth es licenciada en Ciencias Naturales. Se desempeña como docente del municipio de Tierralta, Córdoba, en el Colegio 16 de Marzo, en la Cátedra para la Paz y en Ciencias Naturales. También es coordinadora de la Plataforma de Derechos Humanos y secretaria de la Mesa Técnica del Concejo Municipal de Tierralta. Así mismo, es miembro de la Corporación

Red de Mujeres, que aboga por la prohibición de violencias sobre las mujeres y trabaja para promover la paz.

Desde muy niña, Julieth fue víctima del conflicto armado. El 17 de marzo de 1989 ocurrió un hecho que marcó su vida: una estructura guerrillera fue responsable de la muerte de uno de sus familiares más queridos, su abuelo. Las autoridades no identificaron responsables puntuales, pero tal suceso se atribuyó a la Casa Castaño:

En ese momento hubo muchos asesinatos, habían asesinado ya a 3 personas, era la época de la incursión paramilitar, donde venían por el dominio del territorio. Realmente nunca hemos sabido la razón real de por qué asesinaron a mi abuelito.

Por supuesto, al hablar de dicho suceso no puede evitar revivir ciertos recuerdos:

Fue muy impactante porque en ese momento no había redes sociales y él era un abuelo que todas las tardes sacaba su silla y se sentaba afuera en la terraza, y nosotros, sus nietos, nos sentábamos con él. Había un palo de almendras y siempre nos sentábamos a su lado a compartir con él. Ver ese hecho ha marcado mi vida y ese incidente siempre lo recuerdo. Ha sido una de las luchas por llevar para que esta violencia acabe y poner un granito de arena para que muchas familias no tengan que vivir esto.

No muy lejos de este momento, a finales de 1989, fue víctima de desplazamiento forzado:

El ELN salió huyendo del Ejército con un ganado y, en esa persecución, lo dejaron regado en una finca que era de mi abuela y unos tíos. Entonces, cuando llegan las estructuras paramilitares acompañadas por el Ejército y encuentran ese ganado ahí, asumen

que somos colaboradores de la guerrilla y declaran que todos debíamos irnos de ahí. Y de una varias personas salieron de la vereda despavoridas.

A partir de este incidente, muchas de las personas que residían en la vereda donde Julieth creció tuvieron que movilizarse a otras zonas para salvaguardar sus vidas. Esta valiente mujer, junto con su familia más cercana, no pudo regresar nuevamente a su finca. La finca San José, ubicada en Alto Kimarí, no solo era un destino para festejar durante las ocasiones especiales, como Navidades y fin de año, era también la zona de producción de alimentos y abastecimiento de la familia.

Con la aparición de grupos insurgentes, muchos de los días en el territorio eran caóticos. Pese a ello, Julieth Guzmán contó con algo de suerte en una de esas noches de revuelo. Miembros de la guerrilla del ELN iban a ir por ella y su hermano. El interés en reclutar jóvenes a la guerrilla se encontraba en auge y, particularmente, centraron su atención en estos hermanos porque se destacaban en la escuela. No obstante, lograron ocultarse y evadir los intentos de reclutamiento:

Cuando los jóvenes llegaban de estudiar, los del ELN siempre visitaban las casas para hacer reclutamiento y ese día llegaron por nosotros, pero afortunadamente en la noche anterior un señor que iba en caballo nos había advertido que ellos iban a llegar por nosotros, y es así como esa noche la pasamos en el monte.

La forma en la que tales actores armados intentaban reclutar a Julieth era cortejándola. Al ser solo una niña, pretendían llegar a ella utilizando el enamoramiento forzado como estrategia para llamar su atención:

Intentaban seducirme y enamorarme, a mí me decían que eso era muy bacano, que te daban armas. Porque ellos llegaban al colegio a paralizar las clases y se quedaban ahí. Nos decían a nosotras las mujeres que eso era muy bonito y que nos daban camuflaje,

y como estábamos pequeñas, se convertía en un atractivo para muchos niños que lo veían como algo grande, no sé, como pertenecer a eso..., pero mi mamá siempre nos decía: 'No. Ustedes tienen que estudiar y tienen que salir adelante'.

Luego de pasar la noche en la zona de los montes, una vez amaneció, Julieth y su familia dejaron la vereda a las 5:00 a. m. para desplazarse a Tierralta. Al llegar al casco urbano, tomaron la decisión de no regresar más a la finca. Fue un nuevo comienzo en un nuevo territorio. Julieth se radicó entonces en el municipio de Tierralta con su familia, donde siguió con sus estudios. Sin embargo, inicialmente fue todo un reto para ella. A sus 12 años, cuando cursaba séptimo de bachillerato, su hermano trabajaba como vendedor de chances para tener ingresos económicos:

A veces nos íbamos sin merienda al colegio y me tocó como que asumir ese rol y en la casa también, ayudar a mi mamá en economizar la comida. Comprábamos media libra de carne, nos tomábamos la sopa del mediodía y guardábamos la carne para la tarde. Fui tomando conciencia como administradora de la casa y de todo lo que teníamos, me recuerdo que lustraba los zapatos del colegio con flor de bonche.

En este punto de su vida seguiría toda su formación profesional, aunque con ciertos percances, debido a sus recursos económicos limitados. Julieth siempre fue muy creativa y destacada en el colegio por ser participativa. Esa iniciativa se convirtió en una primera manifestación de su ímpetu de líderesa.

En el año 1990, su madre, quien no tenía trabajo, recibió ayuda del Bienestar Familiar y esto mismo ayudó para satisfacer y suplir las necesidades básicas de Julieth y su hermano, y por supuesto continuar con su educación:

Recuerdo que en esa época salió la Constitución Política de 1991 y el profesor de Democracia nos mandaba a hacer análisis de la Constitución, y yo les

hacia los trabajos a los compañeros y les cobraba 5 pesos, y ese dinero lo repartía para mi merienda y la de mis hermanos.

Elaborar los trabajos de sus compañeros le sirvió para costear meriendas en los recreos, pero también fue un punto clave para su posterior formación, porque llevó a cabo el primer acercamiento frente a temas políticos. En 1994, Julieth se graduó de bachiller y ese mismo año la Universidad de Córdoba llegó hasta el territorio a promocionarse con los alumnos de último año. Posteriormente, Julieth se matriculó y, gracias a su madre, pudo iniciar sus estudios en licenciatura. Ese año también tuvo la oportunidad de ser docente gracias al Convenio de Urrá en Tierralta, este fue el primer trabajo que le permitió ganar experiencia en la docencia:

A los 17 años, me tocó empezar a ser docente. De pronto no era lo que quería hacer, sino que debía hacerlo en ese momento porque no teníamos fuerza para seguir estudiando y me iba a retirar del colegio. Pero esto mismo me llevó a incursionar como líder política y me gané un cartón para ser docente.

En 1997, Julieth finalizó sus estudios. Más adelante, para seguir progresando en el ámbito profesional, decidió hacer una especialización, la cual llevó a cabo de 2012 a 2014, alcanzando el escalafón 14 en sus estudios profesionales. A esta altura, la líderesa Julieth Guzmán estaba lista para empezar a ejercer su profesión; sin embargo, vivió un hecho que la impulsó a instaurar su liderazgo para llevarlo al siguiente nivel:

En esa experiencia pues ya era madre de 3 hijos, madre soltera. Las parejas con quienes conviví, que eran los papás de mis hijos, me maltrataban mucho, vivía mucha violencia y eso me llevó a empezar a ahondar en los liderazgos.

En 2015, tuvo la oportunidad de ejercer el cargo de secretaria de Educación del municipio de Tierralta; en el transcurrir de estos años ya se

había convertido en madre. Muchas situaciones de violencia con relación a la figura de la mujer, presentadas en el municipio de Julieth, no se alejaban de su propia experiencia de violencia con su pareja sentimental, pues ella sentía que la imagen de las mujeres estaba rezagada. Mientras cumplía sus labores como secretaria, quiso empezar a combatir esto. No fue un proceso sencillo: comenzó a recibir ataques por redes sociales y a su integridad. Arremetían contra su vida íntima, familiar y personal, pronunciándole comentarios como que ella era la moza del alcalde, entre otros:

El pueblo no da para reconocer que las mujeres somos capaces de desempeñarnos, de ocupar cargos por nuestras capacidades, sino que siempre tenemos que llegar asediadas por un hombre o por un acoso sexual.

En razón de las formas de violencia mencionadas, empezó a tener desacuerdos con la pareja con la cual convivía en ese entonces. Esto le costó terminar su relación, a raíz de que Julieth no quería rendirse con su idea política. Ella quería continuar, dado que consideró que alguien debía alzar la voz y defender los derechos de las mujeres. Posterior a este escenario, en el año 2016 empezó a trabajar como lideresa de manera más formal, aterrizando a la práctica sus objetivos como constructora de paz y defensora de los derechos de las mujeres rurales víctimas del conflicto armado y de violencias sexuales.

Para el año de 2016, cuando se estaban dando las mesas de diálogo de paz en La Habana y la socialización en Bogotá, tuve la oportunidad de participar en esas mesas de trabajo y de ahí nació la Corporación Red Mujeres por la Paz en Córdoba, en la que defendemos y empoderamos los derechos de las mujeres.

Julieth es una mujer convencida de los impactos diferenciados y desproporcionados que el conflicto armado en Colombia ha tenido en las mujeres:

El conflicto ha marcado mucho a las mujeres. Este nos ha quitado la oportunidad de crecer, de ejercer nuestro liderazgo, de tener autonomía y de que las mujeres tengamos espacios de participación y representación política. Por eso estoy aquí tratando de dar a conocer cuál ha sido el papel de la mujer en Córdoba, primero, afectada por el conflicto y, segundo, dominada y sometida por una estructura machista, misógina, que realmente discrimina e invisibiliza a las mujeres.

Al hablar de las distintas tareas y actividades que ha llevado a cabo en la corporación, Julieth expone cuáles han sido los impactos en la vida de las mujeres que han tenido los actos violentos que ella lucha por erradicar:

Las mujeres que hemos atendido son mujeres a quienes la violencia ha afectado negativamente. Ellas se sienten frustradas, sus vidas destruidas, afectadas psicológicamente, emocionalmente, sienten que no valen nada, que no son capaces. A algunas la violencia les ha causado que destruyan su cuerpo, otras han optado por la prostitución, porque sienten que al ser abusadas sexualmente muchos hombres no se van a fijar de la misma forma en ellas. Muchas se han quedado silenciadas, con miedo de contar la verdad.

Con su experiencia ha podido concluir que muchos de los intérpretes de estos hechos actúan motivados por un interés en particular: buscar y mantener el poder.

Yo pienso que es una cultura violenta la de los actores armados que, precisamente, para demostrar su poder en el territorio, primero lo hacen con las personas más vulnerables, en este caso mujeres y niños.

En esta cultura violenta de los actores armados a la que se refiere Julieth, la violencia en la mujer tiene una connotación específica:

La violencia en la mujer es un símbolo de poder de los actores armados, de visibilizarse ellos. Primero, porque las abusan sexualmente, o porque las compran o porque las asesinan para demostrar su poder, para ganar territorio, pero también para ellos instaurar su cultura política.

Así, la corporación trabaja ayudando a mujeres víctimas, con el objeto de garantizar alternativas que les brinden un espacio para reivindicarse. También trabaja para que estos hechos violentos no se vuelvan a presentar y que, de cierta forma, se contribuya al proceso de reparación para la vida de las mujeres. Tal lucha ha ido ganando más fuerza y campo gracias al trabajo como organización que ofrece a las mujeres empoderamiento y fortaleza:

Las organizaciones de mujeres hemos tratado de acercarnos a estas. Primero que todo, para ayudarlas, como una terapia en la que ellas saquen todos sus dolores y se sanen internamente, a que ellas puedan reivindicar o dar a conocer su situación y visibilizar sus hechos victimizantes. Para que ellas mismas empiecen a emprender una nueva etapa de su vida, a buscar nuevos caminos y no se queden sumidas en ese dolor que las maltrata, las acaba y las invisibiliza.

Julieth hace énfasis en que los avances alcanzados son producto del convencimiento de las mujeres por sus luchas:

Hemos avanzado porque más mujeres han dejado el miedo, participan en los espacios y confían en la organización.

Sin embargo, para infortunio de las lideresas, este empoderamiento creciente tiene su oposición. En Tierralta se hallan en gran cantidad quienes pretenden acallar sus voces, ralentizar los procesos y debilitar los liderazgos. De esta manera, surge una violencia política contra las lideresas de la corporación. Se presentan ataques a sus vidas personales e íntimas, ataques verbales, psicológicos y sociales, perpetrados por exalcaldes, gobernadores e incluso líderes de partidos políticos, que sostienen un pensamiento diferente al que las lideresas promueven. Julieth y otras compañeras de lucha han sido víctimas de esta violencia política:

Los hechos de violencia que recibimos acá son verbales, psicológicos, económicos, sociales. Cuando empezamos, nos decían mujeres locas. Por redes sociales nos atacan, nos escribían de cuanta cosa. Realmente discriminan, son muchos los ataques y lo primero que temen las mujeres es que se metan con su vida personal. En el caso de la política, ninguna quiere, como dicen ellas, 'poner el pellejo', por miedo a que las ataquen.

El escenario político en Córdoba no es la excepción frente a estos ataques:

Para nadie es un secreto que en Córdoba la política está amparada por actores políticos, eso mismo se alía para entender la relación de las mujeres y los líderes políticos. Generalmente son ellos mismos quienes denigran de las mujeres, las someten, las acosan sexualmente y luego de estar con ellas las sobornan con eso.

Julieth denunció un caso concreto de violencia de género en el marco político, en el cual el alcalde de Valencia violó la Ley 581 de 2000. Aquí se puede ver cómo se presenta una falta de conocimiento de las políticas públicas y, por supuesto, una falta de capacitación:

Él inicialmente contrata a puros hombres para ejercer los otros cargos y de una otras mujeres me buscan y me comunicaron esto. Yo presenté un derecho de petición y es por eso que posteriormente nombran un número equitativo de mujeres para ejercer los cargos. Sin embargo, a estas chicas las pusieron ahí como figuras decorativas, porque sí. Muchas de ellas no sabían ni por qué estaban ahí.

Claramente, esto transformó la política de Julieth generando nuevas impresiones en su vida y su lucha. El proceso de la corporación ha sido enriquecedor, pues se ha avanzado mucho en el tema de las violencias sexuales hacia la mujer rural y en el empoderamiento de ella. No obstante, aún existen algunos obstáculos que frustran el continuo progreso del liderazgo:

El impacto ha sido fuerte porque cuando iniciamos este proceso se tenía miedo y hoy en día es muy valioso observar cómo se ha dado todo, cómo hemos salido adelante. Que ya hemos hecho acciones de formación con las mujeres, que se haya constituido una mesa de erradicación de violencia contra la mujer. Que ya los hechos de afectación a la mujer y violencia no sean invisibilizados, ni queden impunes, ha sido positivo. Lo único negativo ha sido el poco reconocimiento y valor por parte de entidades gubernamentales, quienes no siempre destinan los recursos para ejecutar programas y políticas en beneficio de la mujer.

Julieth afirma que esa intención de debilitar la imagen de las mujeres y, por ende, su lucha, por parte de los actores armados y también de referentes

del mismo cuerpo político, tiene que ver con que:

Hay algo que siempre he afirmado y es que las mujeres para gobernar somos más transparentes y menos corruptas, y esa sería una de las causas por las cuales las mujeres tenemos una persecución. En la medida en que una lideresa o mujer vaya alzando la voz o vaya visibilizándose, tratan de atacar para que las demás sientan miedo.

Así pues, se trata de un proceso, este liderazgo no va a crecer sin ayuda del Gobierno. Se hace necesario que las entidades correspondientes cumplan con sus labores de garantizar los derechos de los integrantes de la corporación. Para esta mujer empoderada, estos son los principales aspectos que el sistema debe mejorar:

Primeramente, en Colombia se debe dar una reforma electoral estructural, un cambio. Ya lo hubo con la Ley de Paridad, donde a las mujeres se les garantizaba tener esa igualdad de derechos para poder estar representadas en cargos políticos, pero aún falta mucho para que eso se cumpla. Otra de las propuestas sería el proceso de capacitación y formación en las mujeres, para que estas puedan incidir en los espacios de participación política y, así mismo, incidamos en que se desarrollen y se ejecuten los planes para prevenir las violencias contra las mujeres, pero también para cambiar esos paradigmas machistas que igualmente causan que la mujer sea violentada.

La falta de atención por parte del Gobierno hace que la labor de esta lideresa se vea obstaculizada. Hoy en día, Julieth no se siente segura, situación que viene de años atrás. En julio de 2018 recibió una amenaza mediante una llamada telefónica: las Águilas Negras la extorsionaron y amenazaron con la estadía en su territorio, su seguridad y la de su hijo. La obligaron a pagar una suma de 2 millones de pesos. Igualmente recibió

amenazas cuando quería reclamar su finca. Ella pretendía realizar un proceso de restitución de tierras, sin embargo, el hombre que la amenazó le dejó un claro mensaje: “Ni usted ni su familia van a gozar de esas tierras, así que mejor quédese quieta”.

De esta forma, no hay garantías de seguridad para ella, pues las amenazas siguen. En 2020 la intimidaron nuevamente: en una llamada telefónica se hicieron pasar por el grupo de Los Caparros y le dijeron a Julieth que, al finalizar la coyuntura de la COVID-19, ella no podía seguir viviendo en Córdoba. Los sujetos iban a estar atentos a sus movimientos y a que ella cumpliera con sus demandas.

Yo tuve amenazas el 20 de agosto de 2020, el año pasado, recibí protección inmediata por parte de la policía hasta que la UNP estudiara mi caso. Posteriormente lo hicieron, para principios de este año, 2021, más o menos el 21 de enero. Hace 15 días recibí un correo donde la UNP me decía que mi caso de violencia no ameritaba protección y que habían emitido una resolución para enviarme garantías de protección, pero hasta el momento desconozco la misma. Ni verbal, ni escrita, no me ha llegado nada. Todo eso lo he denunciado y hasta ahora no ha habido respuesta efectiva. Es por eso que las lideresas ya no quieren alzar su voz, pues no hay garantías. No ha habido respuesta positiva, solo me dijeron que mi nivel de riesgo no ameritaba protección. Como hay pocas garantías para proteger la vida, entonces los liderazgos bajan.

Muchas de las líderesas han abandonado el territorio. Julieth es, prácticamente, la única que queda y esto se debe a que no se sienten protegidas, porque no hay las suficientes garantías para su seguridad. Julieth no puede desplazarse al sector rural en donde, de hecho, la corporación trabaja activamente frente a los casos de reclutamiento, abusos a mujeres y violaciones que se siguen presentando:

A muchas líderesas que tenían esquemas de protección reforzados se los quitaron y les dejaron uno simple. Imagínese ir caminando y que detrás de usted vaya un hombre en una moto. No creo que eso sea ninguna garantía de protección. No sé si es que la UNP tiene privilegio para los hombres, pero para ellos las medidas están un poco más garantizadas, mientras que para las líderesas las medidas son blandas. Las considero obsoletas, pues las autoridades no responden inmediatamente y esas no son medidas de protección para la vida de las líderesas.

Como ha podido, Julieth ha tratado de continuar con su liderazgo. Aunque su labor se ha visto frustrada, confía en que la ayuda y la capacitación son herramientas fundamentales para que muchas mujeres que han pasado por escenarios difíciles, se superen:

Quiero hacer énfasis en que la violencia a la mujer es algo que obedece a un sistema machista, patriarcal, que realmente no garantiza los espacios ni las garantías para que las mujeres podamos seguir avanzando. Desde las mismas estructuras políticas las mujeres son discriminadas y eso ha generado la violencia y la invisibilidad de las mujeres, y que estas no puedan llegar a capacitarse en estos espacios. Esta situación está muy marcada en Córdoba y en la zona rural.

Julieth es una mujer empoderada y una lideresa combativa. Fue víctima del conflicto armado desde niña. Fue maltratada como mujer. Ha sido estigmatizada por quienes no comparten su lucha política. Por estas mismas razones, se ha llegado a encontrar en peligro o en riesgo de ser violentada. Pero pese a todo ella sigue fuerte, creyendo en su labor, propiciando espacios para la construcción de paz y enfrentando la violencia. Quiere, sobre todo, asegurarse de ayudar a muchas mujeres que han sufrido actos atroces y no han tenido atención ni protección, para que estas puedan rehacer sus vidas, crecer como personas y empoderarse tal como ella lo ha hecho.



Shelsey Giovanna Álvarez Ramos
*Estudiante de Ciencia Política y Relaciones
Internacionales de la Universidad Tecnológica de
Bolívar, Cartagena (2021).*



LA ROSA MÁS FUERTE: UNA LUCHA CONTRA EL FLAGELO DE LA DESAPARICIÓN FORZADA

Por Angiee Romero

Rosa Brito Rodríguez busca a su expareja desde hace 2 décadas, lo hace por ella y sus hijos. En el camino, se ha convertido en líder y portavoz de las personas que en Colombia viven tragedias similares y nunca logran sanar por completo.

El 24 de agosto de 2001, el horror y el dolor del conflicto armado colombiano visitaron a Rosa Brito Rodríguez. No fue en la forma de un *shock* inesperado, una bala, una bomba, una expresión de violencia que en cuestión de segundos le cambiara la vida. Se trató, más bien, de un dolor a cuentagotas, un dolor canalla. Alfredo Isaías Arévalo, su expareja, padre de 2 de sus hijas, amigo y compañero de vida, partió a realizar un servicio de viaje en un carro entre los municipios de Fonseca y Barrancas, en La Guajira, y nunca más volvió a verlo.

Claro, Rosa no sabía que no lo volvería a ver, es la hora y todavía no sabe si volverá a verlo, ya no vivo, pero siquiera muerto, si acaso los huesos... Su exesposo hace parte de la larga lista de desaparecidos en Colombia por alguno de los actores armados irregulares que operaron durante décadas a lo largo del territorio nacional, sembrando tristezas a su paso. Según un

informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, en el país, desde 1970 hasta 2018, más de 80.000 personas fueron desaparecidas en el marco del conflicto armado.

El dolor que Rosa vivía hacía parte de un contexto más amplio, un dolor que tocó a todo el país y que en La Guajira repetía, en aquellos momentos, las dinámicas que presentaba en muchos otros departamentos de Colombia, especialmente en la región Caribe. Las guerrillas, que desde la década de los 80 mantenían un control más o menos permanente de la zona — principalmente las FARC—, comenzaban a ver cómo su poder flaqueaba ante las embestidas de los grupos paramilitares que, en ese entonces, se encontraban en un momento de plena consolidación.

Desde luego, establecer un nuevo dominio no era una labor pacífica y, en medio de la polvareda de violencia que se levantaba, muchas víctimas desafortunadas sufrieron las consecuencias de un contexto de baja información en el que cualquier muerto podía servir de señal para atemorizar a posibles colaboradores del enemigo.

Precisamente, 1 año antes de que se produjera la desaparición de Alfredo Isaías, los paramilitares ya habían cometido 2 masacres en la Baja Guajira. La primera en Barrancas, el 1.º de junio, cuando miembros del Bloque Norte de las AUC asesinaron a 4 personas en la finca Los Pajales; la segunda en la vereda de Chorrera, en el municipio de Distracción, donde miembros del mismo bloque asesinaron, nuevamente, a 4 personas.

En 2001 las cosas no mejoraron, en enero se produjo la mayor masacre de indígenas wayuu acaecida en el marco del conflicto armado: 13 miembros de esta etnia fueron asesinados en el resguardo del Rodeíto - El Pozo, en Hatonuevo. Es cierto que la violencia en La Guajira para esta época mostraba unos patrones distintivos, con una intensidad menor que la que se vivía en otros municipios y una gran presencia de la fuerza pública, representada en el Ejército. Sin embargo, lo que está claro es que era muy fácil quedar atrapado en medio de las luchas de poder sin saberlo. Como le sucedió a Alfredo.

El problema con la desaparición, la desgracia en la que la vida de Alfredo había quedado atrapada, es que es como una enfermedad crónica, incluso cuando la diagnostican no es fácil dejarla atrás, clausurar el episodio, puesto que nunca es posible despedirse de los muertos. Para Rosa este es, sin duda, de los peores golpes de su vida. Tuvo que cargar con su dolor,

el dolor de la madre de Alfredo, quien murió poco tiempo después por la angustia, y el dolor de sus hijos. “Mi hija, la mayor, que para ese entonces se encontraba estudiando en la universidad, no se podía concentrar por la angustia. Se estaba hasta quedando calva por la desesperación de no saber qué le había pasado a su papá”.

Rosa no se permitió desfallecer por sus hijos y por los hijos de la nueva familia que había conformado Alfredo junto a otra mujer, quien le pidió que no la dejara sola. “Ella me fue a ver y me dijo que no la dejara sola, que la ayudara, que sin mi apoyo no iba a poder salir adelante con sus hijos”. Se mantuvo fuerte y buscó como aguja en un pajar a su expareja, aunque el proceso estuvo a punto de convertirla a ella misma en parte de las cifras de desaparecidos del país.

En 2001, los “paras” ya llevaban un par de años de haber lanzado su ofensiva para tomarse La Guajira. Desde el norte de Cesar subían las huestes de estos grupos de extrema derecha, que en 2002 se cambiarían el nombre a Frente de Contrainsurgencia Wayuu; irónicamente, esta etnia fue la que más sufrió las masacres que llevaron a cabo. En este departamento encontraron una clase política que se había acostumbrado desde hacía muchísimos años a convivir con la corrupción y las actividades ilícitas. El contrabando de toda la vida y la época de la bonanza marimbera habían dejado un terreno fértil para que los paramilitares establecieran alianzas y se convirtieran en amos y señores de toda actividad ilegal en la región.

Precisamente por esto, cuando 2 meses después de la desaparición, siguiendo una de las posibles pistas de Alfredo, se fue hasta el municipio de Fonseca, Rosa estuvo a punto de ser asesinada, como una víctima incauta de los ojos que los paramilitares tenían en todas partes. En Barrancas un hombre le dijo saber dónde estaba su exesposo. El informante le comentó que “la gente que lo tiene está en Fonseca en el Hotel Yaracuy”. Junto con este hombre, Rosa se fue a Fonseca a intentar poner fin al doloroso misterio que tenía a todos en vilo. El informante la dejó en la terraza de una casa y, aproximadamente a las 2 horas de estar esperando, la llamó y le dijo: “El carro que ha pasado 2 veces por allí vuelve a pasar y los mata a todos”. La incertidumbre siguió...

Lo cierto es que: cuando el conflicto armado toca a un colombiano, no lo suelta. Es muy difícil escapar a la memoria, cierto, pero, aún más que eso, suele suceder que las dinámicas de esta guerra siguen manifestándose en la

vida de sus víctimas de otras formas, en otros episodios. Incluso antes de la tragedia que vivió con Alfredo, Rosa ya había perdido a un ser querido, su única hermana: Edith Sofía Brito Rodríguez.

El 20 de octubre de 2021 se cumplieron —triste coincidencia— 21 años de la muerte de Edith, asesinada a manos de paramilitares, supuestamente por ayudar a la guerrilla de las FARC. Rosa tiene grabado a fuego los detalles, los golpes en el cuerpo, las marcas de tortura, el tiro de gracia. “Solo le decían, ¿dónde están las armas que le guardas a la guerrilla?”, cuenta con dolor. Después de eso, Rosa tuvo que ayudar a sacar adelante a sus 6 sobrinas.

Siempre la impulsó esa vocación impuesta por la vida de ayudar a los demás, así como la recursividad que le dio haber llegado al mundo en un hogar de padres campesinos muy humildes, que vivían bajo una economía prácticamente de subsistencia, y que la obligó a vender dulces en la calle en algún momento para ayudar con los gastos del hogar. Además, hace hincapié en que su madre le brindó un ejemplo de empoderamiento femenino un poco salido del contexto de la época. “Era una mujer muy autosuficiente que jamás aceptó ser dominada”.

Todo esto le dio fuerzas para insistir en el caso de Alfredo. Los meses pasaban a cuentagotas y Rosa continuaba en su búsqueda, hasta que un día la revelación llegó. Los paramilitares le mandaron un mensaje con un excompañero de la transportadora en la que Alfredo había laborado. “No sigas buscando a Alfredo porque él está muerto, murió sano, porque no tenía problemas con nosotros. Desafortunadamente fue un testigo que no podíamos dejar vivo”.

La respuesta de Rosa a este mensaje fue: “No me interesa por qué lo hicieron, pues ya está muerto. Lo único que necesito es saber dónde lo enterraron para sacarlo, recogerlo y darle cristiana sepultura”. La contrarrespuesta fue contundente: “No te podemos decir dónde está enterrado, porque hay mucha gente enterrada allí y no nos vamos a embalar”. Alfredo se encontraba tirado en una fosa común, condenado a no poder descansar jamás.

Después del último recado, Rosa María no volvió a tratar de contactarse con los paramilitares, pues debía preservar su vida y la de sus seres queridos. Se encomendó a Dios y a la justicia para hallar los restos de Alfredo, como les ha tocado a otros miles de colombianos en situaciones similares.

En La Guajira, campesinos e indígenas fueron víctimas durante 10 años de masacres, desapariciones y desplazamientos cometidos por paramilitares, quienes llegaron a finales de los 90, dando comienzo a “otro ciclo de violencia, que fue incluso más cruel que aquel que en su momento trajo la bonanza marimbera”, según registra el portal *Verdad Abierta*.

“Son muchas las cosas horribles que han sucedido en La Guajira, descuartizamientos con motosierras, asesinatos”, relata Rosa, haciendo énfasis en la fortuna de los colombianos que no tienen que pasar por los episodios más difíciles de este país, aquellos que tienen la fortuna de permanecer ignorantes.

A pesar de todo, Rosa ha logrado transformar las adversidades y el dolor. Hoy, aunque siguen extrañando al papá, esposo y amigo, Rosa cuenta que tiene una familia grande, fuerte y unida:

Nos unimos tanto que los hijos de la mujer de Alfredo son como si fuesen míos y los míos son como si fuesen suyos. Mis hijos van allá, los de ella vienen, ella viene o yo voy, ahora somos una sola familia.

Rosa sigue buscando a su ser querido a través de la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas. Aunque aún no hay mayor avance en la investigación del paradero de Alfredo, ella sigue esperando poder salvar su cuerpo del final vacío al que lo condenaron y está convencida de poder hacerlo porque, en sueños, su exesposo le ha dicho: “Rosa, búscame que tú me encuentras”.

A pesar de lo que ha vivido, de haber sido amenazada de muerte y tener que vivir su día a día con un esquema de seguridad por parte del Estado, Rosa sigue en la lucha levantando su voz en la defensa de los derechos de hombres y mujeres en este país. Hace parte de las 16 mujeres que conforman la Instancia Especial de Mujer y Género, uno de los espacios que surgió del último acuerdo de paz, y de otro importante número de organizaciones de sociedad civil enfocadas en la mujer y el departamento de La Guajira.

El dolor canalla de la desaparición forzada es muy difícil de superar, es un dolor cuyas heridas se caracterizan por nunca cicatrizar. Pero Rosa

piensa que esto también puede servir, que, si el dolor nunca pasa, su lucha tampoco lo hará, que seguirá alzando su voz y ayudando a los demás. Aun así, no deja de esperar que un día Alfredo aparezca, no tanto por ella, sino por los hijos que dejó, para que puedan tener otros sueños, además del de encontrar a su papá.



Angiee Romero
*Estudiante de Comunicación Social de la
Universidad Autónoma del Caribe, Barranquilla
(2021).*



ANA ROSA PEREA: CUANDO EL DOLOR SE TRANSFORMA EN RESISTENCIA

Por Alejandra Peña Theus

No nos damos cuenta del potencial que tenemos como mujeres. Si nos unimos todas a apoyar y acompañar la consecución de ese sueño, de estar en espacios de toma de decisiones, todas construyendo y creando las estrategias para lograrlo, podríamos debilitar a esos grupos que otras personas colocan ahí, que son los que pueden estar en esos espacios.

Estas son palabras de Ana Rosa Perea, una lideresa afrodescendiente e integrante de la Red de Mujeres del Caribe y la Red de Mujeres Afrocaribe (REMA) desde 2009, que contó su experiencia como mujer negra y activista en Baranoa, Atlántico. La violencia política es parte de la extensa y compleja historia de esta mujer. A pesar de las injusticias en un mundo dominado mayoritariamente por hombres, en el que la guerra y la violencia prevalecieron por mucho tiempo, ella pudo salir adelante usando sus experiencias para luchar por una comunidad más equitativa.

Ana Rosa nació en Medellín, en una de las muchas comunas que componen esa ciudad. Sus memorias evocan situaciones dolorosas que dejaron un impacto en ella por el resto de su vida. Su madre quedó embarazada y fue abandonada por su pareja. Santo Domingo Sabio fue el barrio donde esto ocurrió, uno de los tantos en donde la violencia urbana fue ejercida por bandas delincuenciales.

Poco después, a su madre le ofrecieron un trabajo como empleada doméstica. Ella lo rechazó y, en su lugar, propuso a Ana Rosa para que no creciera en el contexto de su barrio. Entre lágrimas recuerda esa época: “Yo estudiaba de noche y trabajaba de día, pero al mismo tiempo añoraba la oportunidad de jugar como niña”.

Ella sabe de los muchos sacrificios que asumió desde su edad más temprana. No fue una niña feliz de juguetes y sueños. Al contrario, fueron muchas las privaciones y las responsabilidades asumidas.

No gozaba yo de tantas cosas, no tuve la oportunidad de tener una juventud como hoy en día yo veo a mis hijos, como veo a mi nieta, que está en su etapa que estudia, uno la acompaña, está uno pendiente de sus estudios, estuve yo pendiente de mis hijas, eso yo no lo viví.

Con voz temblorosa y haciendo un esfuerzo para no llorar, Ana Rosa recuerda haber sido detenida por unos vecinos en medio de la calle, quienes le dijeron que su mamá estaba grave, que la llevarían a visitarla. Ella, sin embargo, sabía mucho antes de llegar que su madre había muerto. En ese momento, le faltaban 2 semanas para cumplir 15 años. Después de esta situación, vivió sola en la misma casa y siguió trabajando como empleada doméstica hasta los 19 años. Fue allí cuando se enamoró y quedó por primera vez en embarazo: “Mi pareja no era una pareja ideal, sufrí mucho, sufrí violencia de género, fui maltratada. Me tocó pedir para comer, fueron tiempos muy difíciles”.

Su expareja, al pertenecer a bandas delincuenciales, fue asesinada y Ana Rosa es echada de la casa de su suegra. Empezó otra vez a trabajar en casas de familia, se devolvió a Santo Domingo Sabio y dejó a su hijo al cuidado de amigas que la apoyaron en medio de las circunstancias. Mientras tanto, ella luchaba para sobrevivir:

Enfrentarme a la vida sin mi mamá, sola, con un hijo, sin el apoyo del padre, fue una etapa muy difícil. Aprender sola a ser mamá y a criarlo, a tener esa responsabilidad de entregarle todo cuando yo

tampoco tenía nada. Era como una repetición de la historia.

Además de lo anterior, Ana Rosa vivió uno de sus momentos más difíciles como mujer. Su liderazgo y activismo crecieron, como creció también la empatía con las mujeres víctimas de violencia sexual. Era una de ellas:

Yo estaba haciendo una diligencia tarde-noche. Quería salir de la casa de familia y me fui sola, por un camino muy largo y un tipo me amenazó con un revólver, con un cuchillo. Me robó mis zapatos, unos tenis amarillos bonitos que me regaló mi patrona en esa época, y me violó. Él me estaba amenazando, abusó de mí. Por eso, cuando yo comienzo, yo digo que son muchos hechos que callé, muchos hechos que oculté durante muchos años, tanto la violencia intrafamiliar y sexual. Esta experiencia me impactó, me decía que estaba sucia, me bañaba y me bañaba, eso quedó en mi mente y fue una experiencia muy fea.

La experiencia vivida le permitió identificarse con mujeres víctimas de violencia sexual y “sumergirse en la rabia e impotencia que estas sienten”. También le significó empatizar con ellas, acompañándolas y alentándolas a soltar la culpa que esta violencia les deja. Ana Rosa entendió que el compartir experiencias y apoyar a otras mujeres abre oportunidades para sanar individual y colectivamente. Ella reconoce, desde su propia experiencia, que la culpa está puesta sobre las víctimas, incluso de parte de quien vivió la violencia. Al reconocer que esa culpa no les pertenece, se abren caminos que permiten tejer redes para exponer la verdad y aportar a la deconstrucción de los prejuicios que rodean este tema.

Mi percepción de esto es soberbia [la del responsable], la idea de que con las mujeres se puede hacer lo que se les da la gana... esa persona me despojó de todo, de algo muy íntimo; yo digo que lo hacen como un castigo a la mujer.

A los 23 años, la madrina de su hijo le propuso irse a Barranquilla, donde fue acogida por una familia en el barrio Nueva Granada. Trabajó como empleada doméstica y vendió los productos que esta familia comercializaba, que era ropa íntima. Esto le permitió conocer diversos municipios en el Atlántico, hasta que se radicó en Baranoa en 1998.

Las canciones de Diomedes que escuchaba, más el trabajo intenso y su vida alrededor de los amigos y viajes por el Atlántico, son sus memorias de esta época. A los municipios del departamento y a los barrios de Barranquilla llegó vendiendo productos, conoció gente y tejió redes de amistad en la ciudad. Por ese tiempo también llegaron su segunda hija y un nuevo compañero de vida.

Instalada en Baranoa, emprendió ese mismo año su “camino hacia un trabajo social”, como ella misma expresa. Se convirtió así en representante del comedor infantil de San Cayetano ante Bienestar Familiar. Empezó a pagar las matrículas de sus hijos con el dinero que ganaba haciendo aseo por días en un conjunto de la ciudad de Barranquilla. Al mismo tiempo, terminó sus estudios con ayuda de las profesoras de la Escuela Mixta San Cayetano del municipio. En el año 2000 llegó al territorio una organización social llamada APRODEFA, que empezó a capacitar a lideresas en torno a los derechos humanos y el desarrollo social. Ana Rosa fue una de las que recibieron estas capacitaciones y esto la impulsó —junto a otras compañeras— a ser candidata en el año 2004 para ser elegida ante el Concejo Municipal.

Ella conocía las necesidades de Baranoa, así como los cambios que la comunidad requería. Sin embargo, el alcalde de turno le pidió que declinara, debido a que su candidatura “estaba afectando a la otra compañera”. La discriminación por ser mujer, negra, no profesional y pobre marcó igualmente este capítulo de su vida. “Te acabaste, cabo’e vela”, “tu marido debe estar aburrido porque pasas en la calle”, le gritaban públicamente, algunos políticos se reían y decían que era una “falta de respeto” su candidatura. Ana Rosa reconoce el machismo y los prejuicios interiorizados en la comunidad, los cuales afectan la percepción y participación de mujeres en espacios de poder. Nada de esto la detuvo y siguió hasta que se acabó la contienda; perdió solo con 100 votos de diferencia:

Yo, Ana Perea, con los escasos recursos económicos y escaso tiempo, hago acciones. Quien las hace es Ana

Perea, una negra no hija de Baranoa, una negra que hace bulla. Cuando alguien en la calle dice: '¡Señora Ana, gracias a usted tal cosa...!', me siento orgullosa y contenta, y busco espacios para que se sepa que se está haciendo algo.

Más allá de la tenacidad y resistencia del activismo de Ana Rosa, la violencia e injusticia producto del conflicto armado colombiano siguieron en su camino. El 3 de enero de 2005 asesinaron a Luz Dary Duncan, compañera de lucha y una de las que lideraban el programa de Más Familias en Acción. Creció el miedo cuando circularon panfletos en los que se amenazaba a los líderes sociales. "Aliste los cajones porque en Baranoa habrá una cantidad de muertes", decían los mensajes que llegaban hasta la funeraria del municipio. Entonces, el acecho y el hostigamiento inundaron Baranoa y las poblaciones cercanas.

El 12 de octubre de ese mismo año, Día de la Raza, Ana Rosa recibió la primera amenaza directa por teléfono. Descubrió, tiempo después, que esta provenía de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). El hostigamiento provocó un constante miedo en Ana Rosa y afectó su rutina, temía salir de su casa. El 3 de enero de 2006 recibió una llamada a su celular en la que nuevamente la amenazaron. El 5 y el 6 ocurrió lo mismo. En la tarde del 6 de enero, luego de una valoración de riesgo en un Consejo de Seguridad, salió desplazada para la ciudad de Barranquilla con 2 de sus hijas. Fue así como con ayuda de la Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz (IMP) se empezó a documentar el caso y establecer rutas de protección hacia ella:

Era una vida pagando arriendo, viviendo de acá, teniendo mis hijos compartidos, nos unimos y empezamos a vender cosas, pero siempre moviéndome con mis compañeras, siempre buscando. Mi pareja trabajaba 1 día, 2 días, no era mucho. Duré 10 años en Barranquilla, tuve la oportunidad de trabajar de puerta a puerta con la empresa Corona en un proceso social a través de organizaciones, pero mi situación de vivienda era cada día caótica porque lo poco que entraba, ¿cómo lo íbamos a pagar?,

¿a sobrevivir? Ya 6 personas, mi hija teniendo su hija,
se complica todo.

El panorama, sin embargo, no era del todo desolador. El activismo por la defensa de los derechos de las mujeres motivó a Ana Rosa a continuar participando en espacios institucionales, sociales y académicos que permitían seguir visibilizando la situación de violencia a la que se enfrentaba. Las adversidades y la tristeza se llevan mejor por su resistencia. Su voz y actitud se transforman cuando habla de lo que le apasiona. De este lado, no queda nada más que escuchar, atender y aprender.

Su trayectoria de activismo social le permitió, junto con otras activistas, sumarse a la Red de Mujeres del Caribe en el año 2000. En esta se buscaba regionalizar apuestas en torno a la autonomía económica y el trabajo de las mujeres negras. Tiempo después, Ana Rosa, junto con Juana Palencia, Ana Narváez, María Victoria Herrera y Audes Jiménez, decidió, a partir del 2008, promover una organización que involucrara a mujeres negras del departamento del Atlántico. Entre ellas idearon una estrategia para crear una ruta en el departamento que incorporara a mujeres negras de otros municipios. Esto dio paso a que se inaugurara en el año 2009 una Escuela de Formación Política, en la que se estudiaban la Ley 70 y la Constitución del 91; también se les hacía seguimiento a los planes de desarrollo de municipios de los departamentos Atlántico, Magdalena y Bolívar para identificar si tenían enfoque de género y étnico. El proyecto se llevó a cabo con el apoyo de USAID hasta 2011.

La escuela también profundizó alrededor de las identidades de las mujeres racializadas, se hablaba sobre la autoestima y los legados de las ancestras y sus raíces. Gracias a estas iniciativas, surgió en 2009 la Red de Mujeres Afrocaribe (REMA). Fue así como se constituyó Apolonia, organización de base y red donde Ana fue elegida como representante legal, y cuyo objetivo es la incidencia política de la mujer negra.

Ana se enamoró del proceso. Desde 2009 hasta la fecha, ayuda con entusiasmo a la creación de estatutos y aporta a la creación de una agenda de incidencia de mujeres afrodescendientes en lo local, departamental y nacional. Con lo anterior, se ha consolidado una organización que tiene mujeres representantes en cada municipio y se dedica a empoderar a las mujeres negras. Durante este periodo, Cambirí, una organización

afrodescendiente de segundo nivel con sede en Cali, le dio la bienvenida a Ana Rosa para explorar su ancestralidad y espiritualidad.

Las mujeres, sobre todo cuando se reúnen y comparten, recobrando la espiritualidad de las ancestras, confluyen y generan energías, nos dice Ana Rosa. Contrario a lo enseñado por la sociedad, para Ana Rosa las mujeres son más fuertes cuando irrigan energías a sus procesos sociales. También son más fuertes cuando se les respeta el derecho a la educación, utilizándolo como una herramienta para que tengan agencia sobre ellas mismas y las comunidades.

En el mismo 2009, gracias al impacto de este proceso, llegó a participar en la Red de Mujeres Afrolatinoamericanas y de la Diáspora del Caribe. Al mismo tiempo, Ana Rosa empezó a estudiar Psicología Social en la Universidad Reformada. Cursó 4 semestres. Pese al estrés, sumado a su situación familiar y sus actividades de liderazgo, pudo seguir formándose y luchando.

En el año 2014 Ana Rosa y su familia se devolvieron a Baranoa. A pesar del temor, decidieron retomar su vida en el lugar en que se sentían más estables. Ana Rosa se dedicó a poner en práctica lo aprendido con organizaciones y trabajó con población víctima. En 2015 ingresó a la Mesa Municipal de Víctimas como representante de la población víctima de mujeres afro. En el periodo del alcalde Lázaro Escalante (2016-2018) fue una voz que cuestionó la no inclusión de la comunidad afro en el plan de desarrollo, con el fin de que este tuviera planes para este sector poblacional.

Ana Rosa es una mujer incansable. Sus días parecen de 48 horas y sus semanas de 14 días. Quizás eso explica su participación en distintos espacios de incidencia social y política¹. Ana Rosa es resistente y ya casi no tiene miedo. Lucha y dirige. Sueña y participa. Y es, desde luego, una mujer empática.

Hay otras mujeres que han sufrido los impactos de la violencia. Por estas mujeres, vale la pena seguir aquí, seguir trabajando, haciendo réplica de la defensa de los derechos. Nos encontramos, hablamos y se hacen

¹ Así como su presencia en ASCAFROB, donde apoya la visibilización y el reconocimiento de las voces de mujeres negras y hombres negros víctimas de violencia sexual y violencia a causa del conflicto.

actividades en ese marco. Y si tengo la oportunidad de contactarme con compañeras de Barranquilla, les digo: 'Tengo a este grupo para fortalecerlo a nivel psicosocial'. Se hace una planificación y se hace ese trabajo. A veces a mi familia no le gusta lo que hago, por lo que me pasó, y me dicen que por qué hago esto. A mí me gusta y yo digo: 'Algún día, si por estar en las luchas me toca partir, pues tocará'.



Alejandra Peñata Theus
*Psicóloga de la Universidad Tecnológica de Bolívar,
Cartagena (2021).*



MELVIS ARIZA: "SER LÍDER SOCIAL ES ALGO QUE SE LLEVA EN LA SANGRE"

Por Álvaro Ortiz Cera

Melvis Ariza Mercado aún no había nacido y ya el destino parecía depararle que viviría sus primeros 20 años en medio del miedo: inmerso en el conflicto armado colombiano, rodeado del sonido de balas disparadas, paramilitares, fusiles, guerrilleros, dolor y, sobre todo, con la zozobra permanente de nunca saber si correría con la mala suerte de ser el próximo muerto que se contaría en los Montes de María.

"Yo nací viendo el conflicto", recuerda Melvis, con un dejo de tristeza por haber crecido en medio del fuego cruzado. Este hombre, de piel negra y cabello largo que lleva siempre recogido, es el representante legal del Consejo Comunitario de Comunidades Negras Eladio Ariza, del corregimiento de San Cristóbal en San Jacinto, Bolívar. Melvis, además de licenciado en Etnoeducación, es la cara visible de una lucha de décadas por recuperar un territorio que la guerra les arrebató a él y a su comunidad.

En un letrero que resiste la maleza y las ramas de árboles que a lado y lado lo abrazan, a la orilla de un camino destapado, en letras negras se lee: "Nuestro territorio no está en venta, campaña por la defensa del territorio" y remata "Ley 70 de 1993". No solo es la entrada al corregimiento de San Cristóbal es, además, una advertencia y un reclamo de tierras, despojadas por paramilitares y guerrilleros en el marco del conflicto armado.

Hasta ese remoto lugar, ubicado a 5 horas a pie del municipio de San Jacinto, llegaron, a principios de la década de los 90, los frentes Jaime

Bateman Cayón del ELN, el Frente 37 - Benkos Biohó de las FARC-EP y la estructura El Guamo de las AUC. Amedrentando, amenazando, despojando de tierras y matando a todo aquel que no estuviera de acuerdo con su ley: la del "yo digo qué se hace".

Así, San Cristóbal dejó de ser el centro de intercambio comercial de la zona, punto de paso obligado si se quería ir del norte al sur de Bolívar, y se convirtió en campo de batalla. Sus habitantes, niños, niñas, ancianos, mujeres y hombres, se tornaron en escudos de guerra. Los tiempos de bonanza de esta comunidad habían llegado a su fin. A San Cristóbal ya nadie quería llegar. Nadie quería tropezarse por el camino a uno de esos personajes que llevaba el fusil echado al hombro.

Mientras los habitantes huían, en medio de las amenazas y matanzas, los Ariza resistieron. La familia de Melvis no iba a permitir que unos intrusos los obligaran a dejar una tierra de más de 275 años de historia, forjada por negros cimarrones escapados de Cartagena, que ya antes habían luchado al huir de la esclavitud. La historia de sus ancestros se repetía, pero con un tono de ironía: ahora tenían que escapar del territorio que les había dado libertad por 2 siglos.

"Más del 75 % de la población se desplazó a otras ciudades o a otros municipios", afirma Melvis. Sin embargo, Eder Ariza y Orenis Ariza, padres de Melvis, no se fueron, tuvieron que mal vender sus animales, eso sí, y las 8000 o 10.000 matas de ñame espino que sembraban se redujeron a 0. Pérdidas de las que aún no se recuperan. La rutina dejó de ser levantarse, arar la tierra y arrear el ganado. Ahora era levantarse, tratar de sobrevivir con lo poco o nada que encontraban e irse a la cama con el miedo incrustado hasta en los huesos.

Con la arremetida militar del Plan Nacional de Consolidación Territorial entre los años 2006 y 2007, adelantado por el Gobierno de Álvaro Uribe, los grupos armados que invadieron San Jacinto y San Cristóbal emigraron de esos territorios. Sin embargo, aunque parecía que la anhelada paz se acercaba, el calvario de esta comunidad negra estaba lejos de terminar.

Creyeron sentirse a salvo con la llegada del Ejército y la Armada, sin embargo, dice Melvis: "Llegaron a maltratar a la gente y a decirles que pertenecían a esos grupos delincuenciales. Se las llevaron, asesinaron personas". Según relata este líder comunitario, la Fuerza Pública señaló a varias personas de ser parte de grupos subversivos y, por el peso enorme de las sospechas y el temor, las ejecutaron. Al día de hoy todavía no se tienen

cifras exactas de cuántas personas pudieron haber conocido este destino. Lo cierto es que hasta con quienes debían protegerlos sentían ese mismo dolor y miedo con el que Melvis creció.

La hostilidad del mundo con la que este líder social convivió desde pequeño no era un simple capricho del destino, al menos no del todo. La ubicación estratégica de los Montes de María para el tránsito desde el interior del país hacia la costa Atlántica ha sido, desde los albores de la historia del país, una virtud que, con el tiempo, se convirtió en maldición para los habitantes de la región. Dado el gran valor de la tierra, el desplazamiento forzado pronto estuvo a la orden del día. La baja capacidad del Estado para imponer el imperio de la ley, así como la falta de normas claras para la formalización de la propiedad privada —y la protección de esta—, hicieron que muchos de los pequeños campesinos de la zona fueran constantemente sacados de sus tierras a costa de los intereses de hacendados más grandes.

Este proceso no haría más que incrementarse con el pasar del tiempo, especialmente cuando el narcotráfico tomó fuerza en el país hacia finales del siglo XX y los barones de la droga se desplazaron hacia muchas zonas de la región Caribe. Esta región era un lugar de extrema importancia para controlar las rutas por las que la droga era transportada para ser embarcada hacia sus destinos finales, además de ser vital para garantizar la libre movilidad de combatientes para los grupos armados. Por esto, muy pronto, después de que el modelo paramilitar empezó a consolidarse en Colombia, las autodefensas hicieron acto de presencia en la zona.

Más específicamente, las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá interrumpieron el orden social al que se habían acostumbrado las humildes personas de la zona. Como recoge un informe elaborado por la Comisión Colombiana de Juristas y el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo, entre 1996 y 2003 los grupos paramilitares perpetraron 42 masacres contra la población civil de la región.

No obstante, para comprender a profundidad lo que los pobladores de los Montes de María experimentaron en la década de los 90 del siglo pasado, es necesario entender, como ya se ha mencionado, que en esta zona hacían acto de presencia otros grupos armados irregulares, además de los paramilitares. Las guerrillas comunistas —FARC y ELN, principalmente— se encontraban allí desde antes. Sería, más bien, la incertidumbre provocada

por la confrontación entre diversos bandos lo que engendraría el desorden, el caos, exacerbaría la violencia y la volvería indiscriminada. Una dinámica típica de conflictos armados internos, dinámicas que son muy difíciles, aún al día de hoy, de explicar satisfactoriamente. La dificultad de Melvis para entender las causas del dolor que vivió están apenas justificadas.

SAN CRISTÓBAL YA NO ERA EL MISMO

Luego de esto, ya con la polvareda del conflicto empezando a asentarse, los habitantes de San Cristóbal pudieron pararse a observar la realidad de lo que quedaba de su corregimiento: un San Cristóbal sumido en la desolación, con familias sin tierras e incompletas, porque muchos de sus miembros habían huido o yacían en el cementerio. Todo el dolor atiborrado en el pecho durante tantos años se asomaba en el llanto de las madres a quienes les reclutaron a sus hijos y en el de las familias que ahora podían llorar a sus muertos.

"Son cosas difíciles de contar", dice Melvis, dudando en responder cuando se le pregunta por lo que sucedió. "Pero bueno, fueron afectaciones racistas, ambientales, a las viviendas, a la salud, a la educación, a la movilidad, a la comunicación, a la cultura. Hubo despojo de tierras, desplazamiento masivo y selectivo, torturas, secuestros". En fin, es una lista interminable.

En San Cristóbal habían quedado unos cuantos y a la deriva, sin un salón donde dictar una clase, incomunicados con los municipios y corregimientos cercanos, sin un puesto de salud a donde acudir y sin tierras donde sembrar el arroz palanquia'o, la yuca, el ñame o el maíz.

Melvis, al ver en lo que había quedado sumido su corregimiento, decidió que algo tenía que hacer para tratar de reparar las consecuencias de décadas de guerra. Una guerra que ellos no habían comenzado, pero nadie les iba a solucionar porque, además de la desolación que les había dejado el conflicto, también debían lidiar con el abandono estatal. Así, tomó la batuta de esta comunidad afro y empezó a trabajar por su reconstrucción.

"Empecé a investigar, a buscar las posibilidades que teníamos nosotros como pueblo negro", recuerda Melvis. Fue así como nació el 2 de noviembre de 2008 el Consejo Comunitario de Comunidades Negras Eladio Ariza para "defender a capa y espada los derechos constitucionales y étnicos".

Lo bautizaron Eladio Ariza en honor al primer profesor y líder comunitario que tuvo San Cristóbal. Eladio no era de Colombia, sino de origen panameño. Llegó a El Trozo —el nombre de San Cristóbal por esa época— en 1930, luego de que el ingenio azucarero para el que trabajaba, conocido como el Batey, decayera.

Eladio era hermano de Gregorio, el bisabuelo de Melvis, por eso asegura que “eso del liderazgo no es algo que se hace, eso va en la sangre”. Ciertamente, parece que el aporte social y el trabajo comunitario son su herencia genética. Mientras Eladio enseñaba a leer o a escribir, Melvis se dedica a la defensa de su territorio y al fortalecimiento de la identidad étnica y cultural como forma de reparación colectiva por los daños ocasionados por el conflicto armado.

Aunque están organizados y son reconocidos por el Ministerio del Interior, la lucha de Melvis y la del consejo comunitario no han sido fáciles. Culpa al sistema institucional del país por lo poco que han avanzado en la reparación, razón por la que advierte que son “víctimas históricas de unos gobernantes que no tienen sentido de pertenencia. No hay un interés político en tener una visión territorial para que podamos etnodesarrollarnos en nuestras comunidades”.

Han sido muchos los tropiezos, muestra de ello es el lento proceso de restitución de tierras. Desde 2010 reclaman 1818 hectáreas que los campesinos del corregimiento se vieron forzados a vender entre 2001 y 2007. En 2014, iniciaron la etapa de caracterización de daños en el proceso de restitución de derechos territoriales; sin embargo, les dijeron que solo les adjudicarían 600 de las hectáreas que reclamaban.

Demandaron esta decisión, que en 2016 fue admitida en un juzgado especializado del Carmen de Bolívar. No obstante, en 2017 la demanda fue retirada porque la Unidad de Restitución de Tierras no cumplió con lo que el juzgado le pidió en términos de georreferenciación de los predios que conforman el territorio ancestral. Una porción de esas tierras que reclaman se encuentra cultivada por monocultivos de piña y de palma de aceite, por agroindustrias que intentan cambiarles sus tradiciones agrícolas y culturales sobre un territorio ancestral. Advierte que esto se debe a que “muchos funcionarios no tienen la capacidad para atender estos casos y son los jueces de restitución los que tienen el proceso estancado” e insiste en que “la institucionalidad hace lo que mejor le conviene o lo que mejor le parezca”.

Reclamos como esos le valieron a Melvis ser incómodo para muchos. El 2 de diciembre de 2008, luego de unas manifestaciones que hicieron para reclamar vías de acceso al corregimiento, recibió una llamada de una persona que se identificaba como miembro de las Autodefensas Gaitanistas de Colombia (AGC), amenazándolo y dándole datos pormenorizados de él, de su familia y de su ubicación. Por eso interpuso una demanda en la Fiscalía y hoy, 13 años después de esa intimidación, todavía está a la espera de que su proceso arranque en la Unidad Nacional de Protección (UNP).

Huyó por unos días por el temor, sin embargo, su obstinación al poco tiempo lo hizo regresar a casa, incluso con lo peligroso que eso era, para continuar con la defensa de los derechos de su comunidad. Ni las amenazas han logrado amedrentarlo, por el contrario, han sido combustible para seguir con su lucha acérrima de resistencia y liderazgo en San Cristóbal. Como él mismo afirma, "cuando son cosas que van en la sangre, muy difícilmente uno las deja. Esto me da mucha más fuerza para seguir luchando por la defensa del territorio".

A esta comunidad afrodescendiente aún no le reconocen los cientos de hectáreas de territorio que le fueron arrebatadas durante años. El pleito jurídico continúa en los juzgados del Carmen de Bolívar. De las decenas de familias que resultaron desplazadas en los años de la incursión de las FARC, el ELN y los paramilitares, muchas aún no han regresado al corregimiento.

Melvis Ariza lucha por mantener la herencia ancestral e identidad cultural de San Cristóbal vivas. A pesar de todos los atolladeros a los que se ha tenido que enfrentar, sin temor en su voz asegura que no descansará hasta que este corregimiento vuelva a ser el mismo que un día su ancestro ayudó a construir. La sangre de Eladio, que corre también por sus venas, le temple la voz cuando habla sobre el pedazo de tierra por el que su comunidad lleva tantos años luchando. "Para mí el territorio es todo y yo quiero morir por él", remata, esperando que el país no lo obligue a hacer un sacrificio del que, por liderazgo, persistencia e incluso obstinación, no se podría apartar.



Álvaro Ortiz Cera
*Estudiante de Comunicación Social de la
Universidad Autónoma del Caribe, Barranquilla
(2021).*



LEOVIGILDO VIVANCO: "POR LA VIDA HAY QUE DAR HASTA LA VIDA MISMA"

Por Rafael Pabón

Este líder social, nacido en el municipio cordobés de San José de Uré, describe la dificultad de las comunidades afro de Colombia para intentar cambiar su futuro. Una lucha por el derecho a vivir tranquilos, cuyos fracasos se encuentran cincelados en el ADN del país y que va más allá del simple hecho de sobrevivir a la violencia de las balas.

El 25 de junio de 2021 las calles de San José de Uré se transformaron en turbios riachuelos cargados de barro. Después de lluvias intensas, que arreciaron durante toda la noche, la quebrada del río San Jorge, en el departamento de Córdoba, se desbordó. Más de 200 personas resultaron damnificadas, casas anegadas, cultivos inundados, bienes materiales irremediablemente perdidos. Un año habitual en esta región del país, en la que, por increíble que parezca, no hay forma de escapar a la sencilla tragedia de llover. El problema se repite todos los años, literalmente. Desde 2017 no ha habido una sola temporada de lluvias en la que estas comunidades no hayan tenido que convivir con el agua a la altura de las rodillas.

Hay en Colombia una tendencia trágica a la repetición. La conjura sencilla del romántico empedernido, que observa fascinado la obstinación con la que los colombianos rehacen sus vidas después de cada adversidad, es decir, somos un pueblo resiliente, aguerrido. Los aguerridos, no obstante, quisieran descansar. Leovigildo Vivanco, líder social afro nacido

en el municipio de San José de Uré en el año 1972, ha dedicado la mayor parte de su vida adulta a lograr este cometido: que su pueblo resiliente pueda descansar.

En los 90 estudió Filosofía con los misioneros de Yarumal. A través de la vida religiosa, que eventualmente abandonaría, fue conociendo la lucha social de su pueblo, esto le llevó a integrarse al Movimiento Nacional Cimarrón. En el año 1995, asistió a la Segunda Asamblea de Organizaciones Afro en Cali. "Fue algo que me conmovió mucho. Yo estaba muy joven cuando eso, tenía como 23 años, y decidí regresar a Uré con unos compañeros". Así, crearon la primera sede del movimiento Cimarrón en Córdoba. Sería solo el comienzo de una larga trayectoria de trabajo social por lograr el reconocimiento de la comunidad de Uré como un pueblo ancestral, con particularidades específicas en los ámbitos social y cultural.

A lo largo de su carrera, Leovigildo ha contribuido a la creación de diversas organizaciones de sociedad civil, formales e informales, como el Círculo de Estudio Afrocolombiano Manuel Saturio Valencia, la Oficina de Asuntos Afrocolombianos de la Alcaldía de Montelíbano, la Organización Afrocolombiana Anastasio Sierra o, incluso, el primer consejo comunitario de Córdoba: Consejo Comunitario de Comunidades Negras de Uré.

No ha hecho todo esto porque se sienta un libertador, un héroe, un revolucionario. En sus palabras no hay romanticismo ingenuo, sino una cierta comprensión infinita de todas las cosas —las que le preguntan y las que no—. Explica, de la forma más sencilla, que "nosotros, simplemente, lo que queremos es poder vivir, poder vivir y vivir tranquilos". Que a uno lo admiren por resiliente, o enmarquen su lucha en libros y textos, no sirve de nada si al final todo sigue igual.

El problema es que lo que a ellos les daría tranquilidad, lo que les permitiría descansar, para otros suena a cambio social, a desarrollo económico. En un país con tanta inercia, la prosperidad es radicalidad. Según Indepaz, desde la firma de los acuerdos de paz hasta junio de 2021, en Colombia han asesinado más de 1200 líderes sociales como Leovigildo, porque a la radicalidad/prosperidad se responde con violencia, eso parece estar en el ADN nacional.

Hay varios tipos de violencia contra los pueblos afro. Una es una violencia ejercida por los grupos armados, que más o menos la gente conoce sus dinámicas. Y otra cosa es la violencia soterrada ejercida por los agentes del Estado y las multinacionales.

La violencia en el orden de las cosas. Sobre lo primero, lo cierto es que el conflicto lleva mucho tiempo arraigado en Uré. Ahora hay bacrim y antes hubo autodefensas; y antes de ellas estuvieron las FARC, con las que los paramilitares se disputaron el territorio a sangre y fuego hasta el último día de su desmovilización. Incluso, se puede ir más atrás, a esos tiempos en que los que caminaban en el municipio, cobraban extorsiones y se llevaban la producción de ganaderos y agricultores eran los del Ejército Popular de Liberación (EPL). "La verdad, mi memoria no tiene un espacio en el que no hayan estado grupos armados", asegura Leovigildo, sin exagerar.

Las circunstancias de Uré no son el producto de los designios de un ente omnisciente, pero cruel, un demiurgo con un negro sentido del humor, o uno más de los tantos caprichos del azar. El municipio de ancestralidad afrodescendiente —y prácticamente toda la subregión del San Jorge— ha sido víctima de los intereses estratégicos, económicos y militares de los grupos ilegales que pululan por sus tierras. El río por el que la zona recibe su nombre baña los departamentos de Sucre, Córdoba y Bolívar. Ya en 2009 el Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos señalaba que la zona era un caldo de cultivo para "la instalación de campos de entrenamiento, la comunicación y movilización a través de los departamentos de Córdoba, Antioquia y Bolívar y con el océano Atlántico".

Así, sus habitantes conviven con la violencia y la violencia los va arrinconando para engendrar más violencia. Se puede hablar de 2 momentos más o menos diferenciados en su historia, en todo caso. El primero: la llegada de las guerrillas campesinas, especialmente el EPL, que se "ancló a los movimientos agrarios de nuevo tipo, a través de las Juntas Patrióticas Populares"; los miembros de estos grupos eran una mezcla de jóvenes urbanos y campesinos veteranos combatientes de las guerrillas gaitanistas, descontentos por las restricciones políticas del Frente Nacional. El segundo momento se caracterizó más bien por las dinámicas del narcotráfico.

Como paso obligado de las rutas de la droga, cada vez que un grupo armado ilegal se desarma o desaparece a la sombra de cualquier nuevo acuerdo de paz con el Gobierno, surge una nueva organización para tomar su lugar, porque los grupos pueden desmovilizarse, pero no el negocio. Tanto es así que, hoy, San José de Uré y su municipio progenitor, Montelíbano, continúan viviendo las dinámicas de conflicto como las vivían hace 10, 20 o 30 años. Ratos de tranquilidad que se entremezclan con picos de violencia y sangre. Esos picos de violencia hoy los encarnan las bandas criminales (bacrim), escindidas de las extintas autodefensas, que continúan asesinando a miembros de la sociedad civil y protagonizando enfrentamientos contra la fuerza pública.

Por eso el pueblo se inunda todos los años y las comunidades afro del sur de Córdoba viven como congeladas en la edad feudal, cuando la única herramienta del hombre contra las adversidades era rezar. El mito del emprendimiento, del ser "echa'o pa'lante", de ponerle una sonrisa a los problemas, nunca se pensó para las personas a las que las certezas les duran medio año y menos para aquellos cuya única certeza es el círculo vicioso de la guerra interna.

Con este tipo de cosas la gente cambia sus horarios, deja de madrugar, ya no puede salir. La dinámica productiva se deteriora porque a la gente le toca abandonar las fincas, muchos compradores se van, las cosas caen de precio.

Un principio básico en economía es que sin certidumbre no hay crecimiento y, como describe Leovigildo, Uré es un laboratorio empírico que lo comprueba. Al individuo le cuesta mucho hacer proyectos para el futuro porque no sabe si los que lleguen mañana se los quitarán, los destruirán o los obligarán a irse. Así pasó en 2020: les dieron 2 horas para agarrar sus cosas e irse a muchas personas. "¿Pa' qué le sirve a uno negociar con alguien que uno no sabe en qué momento lo cambian?, no sirve para nada".

El problema, en todo caso, no es solo lo que le pasa al individuo, sino también lo que le pasa al grupo. La perenne violencia engendra desconfianza y la desconfianza mata cualquier posible intento de organización. A su llegada, los grupos armados castigan con fiereza al que

se desvía de sus reglas. En esas circunstancias, explica Leovigildo, cuando alguien pierde su beneplácito y es amenazado, "reina el silencio, si acaso recibe un buen consejo". El vecino deja de ser alguien con quien trabajar para montar una empresa, arar la tierra, salir a pescar, y se convierte en un posible informante.

Por si fuera poco, resulta que la vida es compleja —aunque tantas personas todavía no lo entiendan—. Los miembros de los grupos, de tanto vivir en el pueblo, "consiguen novias, se casan, tienen hijos", explica el líder social afro. Cuando vienes a ver, todo el pueblo está emparentado de alguna forma con el conflicto, a veces desde orillas opuestas. "Cada familia tiene su propia forma de contar la historia dependiendo de cómo le haya ido, con quién se haya relacionado...", lo que queda es un tejido social desfigurado.

Así, aunque se hable y se hable de la violencia, la muerte y las injusticias, los relatos salen más bien como gritos apagados. La gente de la zona cuenta, pero no cuenta todo, o evita lo que enlace al pasado con el presente, porque la desconfianza persiste y, sobre todo, el miedo. Un ejemplo de esto es el número de desaparecidos de los que da cuenta el Centro Nacional de Memoria Histórica en las aguas del río San Jorge. Entre 1992 y 2009, las vidas de unas 16 personas habrían sido extinguidas sin dejar algún rastro de lo que pasó con ellas, sin embargo, quienes viven en la zona aseguran que son muchas más. Probablemente lo sean y se sigan acumulando. En octubre de 2021, por ejemplo, un joven de 25 años fue encontrado flotando muerto en el río, escenas que no cambian.

Este es, quizá, el flagelo más grande que la violencia de la guerra civil y el narcotráfico le han dejado a este país, algo que va mucho más allá de buenos o malos: se trata de un tejido social deformado por el temor. Los líderes sociales como Leovigildo intentan reconstruir y dar propósito a una estructura que, de por sí, nunca ha tenido la oportunidad de funcionar bien. Cuando matan a uno, matan la esperanza y la gente se encierra más en sí misma.

La resiliencia se convierte, entonces, en la lucha incansable por poder dejar de ser resiliente. Cuando, a pesar de los asesinatos, del conflicto eterno, de la desconfianza y la falta de certezas, el pueblo logra organizarse para hacer algo, debe enfrentarse contra otro tipo de violencia: la violencia del Estado. "Una violencia que no se puede medir, pero que el impacto es profundo, permanece en el tiempo", acota Leovigildo.

En este punto el líder es muy cuidadoso en aclarar que no habla simplemente de la violencia que puede ejercer la fuerza pública, "me refiero a los alcaldes, me refiero a los gobernadores, me refiero a los miembros del Estado que invisibilizan lo que hacen los pueblos afro". A pesar de que el conflicto en Colombia no ha sido alimentado por agravios raciales, la ineficiencia del Estado colombiano termina siendo una forma de racismo, porque afecta más a las comunidades vulnerables, que tienden a ser minorías raciales.

Las instituciones no llegan o, cuando llegan, llegan viéndonos como mendigos a los que hay que ayudar, pero no se les puede dar libertad para que manejen sus recursos. Es racismo estructural creer que los negros no saben manejar la plata porque son negros.

Entonces la entidad del orden nacional de turno, con sus burócratas de turno o, peor, el político local que está completamente desconectado de la gente, agarran el esfuerzo organizacional de comunidades como la de San José de Uré, lo relevan y lo empiezan a administrar. Captan todo el dinero que sea posible capturar desde el Estado central, ejecutan a medias y mal, y todo, como siempre, queda igual. A mitad de año el pueblo se vuelve a inundar.

Leovigildo recuerda las múltiples veces que su comunidad ha tenido que lidiar con la inutilidad del sistema. "Hace unos años la Corte Constitucional le exigió a la mina de Cerro Matoso que indemnizara a las comunidades afrodescendientes por daños al medio ambiente... hicieron una estatua de 1000 millones de pesos", por si esto no fuera poco, al final el fallo de la Corte Constitucional fue revertido por la misma institución.

Recuerda también que hace 12 años empezaron a trabajar para poner en marcha un proyecto de siembra de caucho natural con la Corporación Autónoma de los Valles del Sinú y San Jorge, auspiciado por el Banco Mundial. "Más de 3 millones de dólares. Empezamos a trabajar para hacer que los campesinos cambiaran los cultivos de coca, persona por persona... Al final la institucionalidad se quedó con el 40 % de los recursos...".

El Estado ganó sin hacer y hoy el precio del caucho se cotiza a menos de un tercio de lo que valía al momento de empezar el proyecto. "Eso es violencia", dice Leovigildo con énfasis. Una violencia inescapable, porque

del Estado no se puede huir como se huye de las balas. Pero no pasa nada, porque ellos son resilientes.

Leovigildo no ha pensado jamás en dejar de liderar, intentar organizar, pero tampoco se quiere morir. En el 2020 hubo múltiples masacres y asesinatos de líderes sociales en Uré. Si tiene que quedarse callado un rato, lo va a hacer, porque "por la vida hay que dar hasta la vida misma, ¿no?", dice con una resignación sin tristeza, más bien irónica. Es mejor abandonar lo que ha hecho siempre, su lucha, que convertirse en otro mártir de noticiero de la tarde, seguir alimentando el mito del país indolente que se maravilla con el espíritu incansable de los condenados a tener que luchar sin poder rendirse.



Rafael Pabón
*Docente de la Universidad Autónoma del Caribe,
Barranquilla.*



DAYRO CARRASQUILLA: MANDELERO POR DETERMINACIÓN, ARTISTA POR VOCACIÓN

Por Luisa Fernanda Guerra Carrera

En su perfil de WhatsApp, Dayro Carrasquilla se define a sí mismo como Nelson Mandelero. A pesar de haber nacido en el barrio Nuevo Bosque de Cartagena, a sus 14 años llegó por primera vez a Nelson Mandela, en compañía de sus padres y hermanos, producto de la difícil situación económica por la cual estaban pasando. Fue así como llegaron a fundar, en 1996, el sector Francisco de Paula 1 de este barrio.

Dayro no se considera víctima del conflicto armado. Afirma que es un desplazado del modelo económico predominante. Sin embargo, en este desplazamiento arribó a esta invasión, que hoy en día es considerada un barrio, constituido en su mayoría por desplazados de todo el país. Sus mismos habitantes lo denominan “una Colombia pequeña”, porque reúne culturas e identidades de todos los rincones del país. De hecho, él asegura que estas diferencias muchas veces les impiden cohesionarse al momento de tomar decisiones como barrio.

Este artista plástico de 40 años, a través de sus obras, muestra una realidad de Nelson Mandela que no todos conocen y que, a la luz de los medios de comunicación, es tratada como pandillismo o sicariato. Más allá de ser el foco de recepción de desplazados en Cartagena, este barrio padece, desde sus inicios, el fenómeno del paramilitarismo.

Su trabajo ha sido un mecanismo de afrontamiento que le ha permitido, al mismo tiempo, visibilizar lo que él y sus vecinos viven diariamente.

Desde su propia experiencia, asegura que son muchos los artistas que con sus obras muestran las realidades del conflicto en los contextos rural y urbano. Sin embargo, de su trabajo se destaca la capacidad de construir una línea de tiempo que explique, desde sus inicios, una historia como esta. De hecho, de sus 24 obras producidas hasta 2019, 14 hablan de la realidad mandelera. Con esta trayectoria, Dayro afirma que Nelson Mandela no es un territorio violento, sino violentado y que es precisamente esto lo que ha desatado otros tipos de violencia. Por ello, a través de sus obras, intenta resignificar el barrio, dándoles voz a todos aquellos que han sufrido por estos padecimientos.

Su primera obra, *Callejón con salida* (2005), fue una instalación producida en medio de todo tipo de dificultades operativas en la casita de una de sus vecinas. Representa la creación de una memoria colectiva sobre hechos victimizantes presentes en el barrio Nelson Mandela, producto de la limpieza social que se desplegaba por esos días. Al escribir de abajo hacia arriba con carbón sobre fragmentos de paredes de madera de una habitación dividida por horcones, se refleja el anhelo de no ser revictimizados en el barrio.



Callejón con salida (2005)

En 2007 produjo *Ofelia*: una fotografía de un acontecimiento real de una vecina que sufrió daños psiquiátricos producto de los embates de su realidad. Esta señora se bañaba en el agua putrefacta de los canales que se formaban en Mandela. Es una metáfora con el personaje del mismo nombre de la tragedia de *Hamlet*, obra de Shakespeare. El nombre Ofelia proviene del griego *he ofeleía*, que traduce el socorro, la ayuda. Representa la indiferencia de las personas desencadenada en este estado deshumanizante.



Ofelia (2007)

En 2008 produjo una de las obras que más le significó riesgo en su barrio. *Territorio de pa-zzz* es una intervención digital fotográfica sobre techos de casas en Mandela. Los espacios entre una casa y otra representan los vacíos y truncamientos de una zona donde callar es el único derecho para una sana convivencia. La sílaba *pa* alude a las 2 primeras letras de la palabra paz, pero también es una manera silenciosa de nombrar a los actores paramilitares que predominaban en ese momento en la zona. Producto de esto, se sintió en riesgo al ponerse en evidencia frente a ellos a través de su obra, por lo cual tuvo que cambiar su técnica a intervención digital.



Territorio de pa-zzz (2008)

En 2009, cuando se graduó como administrador de servicios de salud y como maestro en Artes Plásticas, produjo su obra *Anónimos*. Es una serie fotográfica de los postes de luz ubicados en las calles del barrio donde diariamente aparecían panfletos y listas negras provenientes de los grupos paramilitares asentados allí. Lo curioso es que la mayoría de estos postes permanecían fuera de servicio producto de las dinámicas que se daban en este contexto. Era así como se vivía en un ambiente constante de penumbra y paranoia, en el que los postes eran una figura de terror.



Anónimos (2009)

Más adelante, en 2011, produjo *Torcidos*, que alude al imaginario colectivo que se construyó del barrio. Hace referencia a cómo las personas que no viven ahí se crean una percepción errónea cargada de exclusión, estigmatización y rechazo, que provoca siempre estar a la defensiva de sus habitantes. Una vez materializada la obra, se intervino la imagen procurando que la que se produce dentro del retrovisor se reproduzca a mayor velocidad que la normal y que, la de afuera del retrovisor, se reproduzca a una menor velocidad. Esto representa la realidad construida a partir de la gran cantidad de pensamientos creados en poco tiempo en una mente humana, desde este imaginario colectivo, en contraste con la verdadera realidad del barrio.



Torcidos (2011)

Esta última, se conecta con una de sus obras más recientes: *Nelson Mandela, territorio de resistencia*. Es una apuesta por la resignificación del territorio desde la reconstrucción de la memoria a través de microgestos sensibles. Precisamente por medio de uno de los elementos de esta obra se transmite el condicionamiento mental de que los mandeleros están dispuestos a servir a los de afuera, pero que los de afuera no les pueden servir a ellos. Esta reconstrucción generó en los mandeleros acciones de dignificación, girando en torno a la experiencia en y con la calle, la casa, el barrio, los espacios comunes y los saberes ancestrales de medicina natural.



Nelson Mandela, Territorio de resistencia (2016)

En 2016 produjo la intervención corporal *Mandela*. Es la obra donde ha tenido la mayor participación por parte de los mandeleros. De hecho, permitió la reconstrucción de la memoria del barrio a través de encuentros entre madres, padres, hijos, adultos mayores, líderes comunitarios, gestores sociales, gestores culturales y la comunidad LGBTI. Fue una iniciativa de búsqueda del perdón y la reconciliación como mecanismos de liberación. La obra se materializó mediante la escritura de testimonios sobre la piel que representaba la metáfora de marca tatuada y la imposición de modelos de comportamiento a la que los mandeleros se han tenido que enfrentar.

Cabe destacar que fue hasta 2017 que logró su primera exposición individual en el Museo de Arte Moderno de Cartagena a través de estas obras. Hasta entonces solo había accedido a participar en exposiciones colectivas como mecanismo de autocuidado.

Al conversar con él queda en evidencia la sensibilidad no solo de sus obras, sino también de su personalidad. Hoy por hoy es magíster en Artes Plásticas, su tesis fue laureada por la Universidad Nacional de Colombia. Ha sido docente en colegios y universidades de Cartagena. Su trabajo ha llegado hasta Francia y Perú. Ha obtenido numerosos reconocimientos de talla nacional e internacional, como el Premio Sara Modiano en 2016 y el primer puesto en la convocatoria Premios y Becas a la Creación Artística y Cultural del Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena. Aspira a continuar construyendo su legado para que su trabajo no sea solo de contemplación, sino que deje un mensaje en la sociedad. Finalmente afirma que, viviendo lo que ha vivido, el arte tiene que servir para algo.



Luisa Fernanda Guerra Carrera

*Analista de Diálogo Social en la Territorial
Atlántico, norte de Bolívar y San Andrés. Comisión
para el Esclarecimiento de la Verdad (CEV).*

Hilando Resistencias, Crónicas para una Paz Grande es una herramienta para la no repetición del conflicto armado interno, para que cese el uso de la violencia contra las mujeres y las comunidades negras, afrodescendientes, raizales y palenqueras, y también contra las comunidades, los sectores poblacionales y los pueblos étnicos en general del Caribe colombiano. Es fruto del trabajo colaborativo de la CEV, la Heinrich Böll Stiftung (HBS), las universidades Autónoma del Caribe, Tecnológica de Bolívar y Popular del Cesar, y de 14 sobrevivientes del conflicto armado interno (sus nombres se encuentran en cada una de las crónicas).

Esta publicación tiene el propósito de continuar difundiendo una parte del legado de la CEV, en especial los diálogos sociales de Ágora de Mujeres y Ruta del Cimarronaje, y también el diálogo social desarrollado con la Asociación de Familias Unidas por un Solo Dolor (AFUSODO).

Con la consulta y el uso de esta publicación, además de visibilizar las problemáticas sociales, económicas, políticas, ambientales y culturales, y los impactos del conflicto armado en las mujeres y poblaciones étnicas, negras, afrodescendientes, palenqueras y raizales, se busca que los espacios educativos formales e informales del Caribe se apropien de estas conmovedoras e inspiradoras crónicas. Esto con el fin de que propicien la reflexión y el diálogo dentro de las comunidades educativas y, en especial, que puedan contribuir a la incidencia de organizaciones sociales para la materialización de las recomendaciones emitidas por la CEV relacionadas con los hechos victimizantes que aquí se relatan.